

PADRES DA IGREJA

Afraat
Alexandre
Amônio de Alexandria
Anastácio Sinaíta
André de Creta
Anfilóquio de Icônio
Apolinário de Laodicéia
Aristides
Arnóbio de Sica
Arsênio
Atenágoras de Atenas
Bento da Núrsia
Cassiodoro
Cesário de Arles
Cipriano
Clemente de Alexandria
Cromácio de Aquiléia
Dâmaso I
Dídimo, o Cego
Diodoro de Tarso
Dionísio de Alexandria
Dionísio Areopagita
Dionísio de Roma

Epifânio de Salamina
Eusébio de Cesaréia
Evágrio Pôntico
Fausto de Riez
Firmiliano de Cesaréia
Frutoso de Braga
Fulgêncio de Ruspe
Germano de Constantinopla
Gildas da Bretanha
Gregório de Nissa
Gregório Taumaturgo
Gregório de Tours
Hexíquio de Jerusalém
Hipólito
Ildefonso de Toledo
Inácio de Antioquia
Irineu de Lião
Januário
João de Bícara
João Cassiano
João Damasceno
João IV
João Mandakuni
Justino
Justo de Urgen

Lactância
Leandro de Sevilha
Luciano de Antioquia
Martinho de Braga
Máximo, o Confessor
Máximo de Turim
Metódio
Minúcio Félix
Nilo, o Velho
Optato de Milevo
Orígenes
Pacômio
Panfílio de Cesaréia
Paulo de Samósata
Paulino de Nola
Pápias de Hierápolis
Pedro de Alexandria
Policarpo de Esmirna
Romano, o Cantor
Salviano de Marselha
Santiago de Sarug
Sofrônio de Jerusalém
Urbano I

Taciano, o Sírio
Teodoreto de Ciro
Teodoro da Mopsuéstia
Teódoto de Ancira
Teófilo de Antioquia
Tertuliano
Vicente de Lérins
Vitorino de Petávio
Zeferino
Zenão de Verona

Afraat

El Padre más antiguo de la Iglesia siria es Afraat, que entre el 337 y el 345 escribió 23 tratados que vienen a resumir toda la vida cristiana.

Alexandre

Patriarca de Alexandria, data de nacimiento incerta; morreu em 17 de Abril de 326. Descontada a sua própria grandeza, ele é proeminente pelo fato de sua indicação para a Sé dos Patriarcas ter excluído o heresiarca Ário do posto. Ário começou a ensinar suas heresias no ano 300 quando Pedro, por quem Ário foi excomungado, era Patriarca. Foi reinstalado por Achillas, o sucessor de Pedro, para ser feito Bispo. Quando Achillas morreu, Alexandre foi eleito, e depois disso Ário tirou seu disfarce. Alexandre lhe era particularmente repugnante, embora tenha sido tão tolerante com os primeiros erros de Ário que o clero mais próximo se revoltou. Finalmente, a heresia foi condenada em um Concílio realizado em Alexandria, e mais tarde, com ficou conhecido, no Concílio geral de Nicéia, cujas Atas acredita-se terem sido escritas por Alexandre. Um mérito adicional desse grande homem é que durante seu sacerdócio ele passou por sangrentas perseguições de Galério, Maximinus, e outros. Foi enquanto seu predecessor Pedro estava na prisão, esperando pelo martírio, que ele e Achillas foram bem sucedidos em retomar o pontificado, e intercederam pela reabilitação de Ário, que Pedro recusou inteiramente, declarando que Ário estava condenado à perdição. A recusa evidentemente teve pouco efeito, pois quando Achillas sucedeu Pedro, Ário tinha sido feito padre; quando Alexandre, por sua vez, chegou à Sé, a heresia já era tolerada. Vale recordar que o grande Atanásio sucedeu Alexandre e que o pontífice moribundo compeliu o futuro doutor da Igreja a aceitar o posto. Alexandre é descrito como “um homem tido na mais alta honra pelo povo e o clero, magnificente, liberal, eloqüente, justo, que amava a Deus e ao homem, devoto aos pobres, bom e doce para com todos.” Sua festa é realizada no dia 17 de Abril.

Fonte: <http://www.newadvent.org/cathen/01296a.htm>

Amônio de Alexandria

Amonio de Alejandría, filósofo cristiano que no hay que confundir con su homónimo Amonio Saccas. Se dedicó a crear un sistema de división de los Evangelios, llamado Partes de Amonio (latín *ammonius quidam*). Eusebio de Cesarea en su *Historia de la Iglesia* 6, 19, manifiesta, seguido por San Jerónimo, que nació cristiano y que permaneció toda su vida fiel al Cristianismo. Nos ha legado dos obras y también han llegado fragmentos.

Anastácio Sinaíta

Monje y sacerdote en el monasterio del Monte Sinaí, San Anastasio murió poco después del año 700. Es, por tanto, uno de los últimos escritores orientales a quienes se reconoce el título de Padre de la Iglesia.

Testigo y defensor de la fe, San Anastasio Sinaíta dejó con frecuencia su retiro para refutar las herejías, especialmente el monotelismo—muy desarrollado en Oriente por aquellos años—, que negaba la existencia de una voluntad humana en Jesucristo.

Entre sus homilías más conocidas se encuentra el Sermón sobre la Santa Sínaxis, donde resume la doctrina sobre la Eucaristía y exhorta a los cristianos a comulgar dignamente.

Precisamente la mayor parte de su actividad literaria—poco estudiada aún—se concentró en esta polémica, a la que sólo pondría fin, en el año 681, el Concilio III de Constantinopla. Compuso, además, una pequeña historia de las herejías y de los sínodos eclesiásticos, un comentario al relato bíblico de la Creación, varias homilías y un volumen de preguntas y respuestas sobre cuestiones predominantemente morales.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Fonte :
http://www.mercaba.org/TESORO/san_anastasio_sinaita.htm

André de Creta

Nacido en Damasco a mediados del siglo VII, abrazó la vida monástica en un convento de Jerusalén, por lo que también es llamado Andrés Jerosolimitano. Como legado del Patriarca de la Ciudad Santa, asistió al III Concilio de Constantinopla, que condenó la herejía del monotelismo (año 681). Más tarde, consagrado obispo de Creta, defendió la legitimidad del culto a las imágenes. Murió hacia el año 720.

San Andrés de Creta fue un excelente compositor de himnos sagrados, hasta el punto de que la Iglesia oriental ha incorporado algunos a su liturgia. Además se conservan veintidós homilías suyas. Las que se refieren a la Virgen gozan de particular importancia, pues constituyen un testimonio muy elocuente de la fe en la Inmaculada Concepción y en la Asunción corporal de María al Cielo.

Con toda la Tradición de la Iglesia, San Andrés expone que la Concepción de Nuestra Señora es el inicio de la renovación de la naturaleza humana, herida por el pecado original. La Virgen María, preservada por Dios de toda culpa, trae al mundo «las primicias de la nueva creación», siendo—como canta la liturgia—lirio que florece entre espinas y paraíso espiritual donde Jesucristo, el nuevo Adán, establece su morada.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_andres_de_creta.htm

Anfilóquio de Icônio

Anfiloquio de Iconio, que murió después del 394, era primo de Gregorio de Nacianzo y amigo de los tres Padres Capadocios. Estudió en Antioquía, practicó la abogacía en Constantinopla, y en el 373 fue hecho obispo de Iconio; luchó contra el arrianismo y contra diferentes sectas derivadas del maniqueísmo. Se conservan algunas de sus obras: unas homilías sobre fiestas litúrgicas y una obra en verso, en la que se incluye una relación de los libros inspirados.

Apolinário de Laodicéia

Apolinar de Laodicea, contemporáneo de San Cirilo de Jerusalém, fue un gran amigo y colaborador de Atanasio, al que apoyó con todas sus fuerzas en su lucha contra el arrianismo. Había nacido en Laodicea, en Siria, alrededor del 310; su padre era presbítero y gramático. Hacia el 361 fue consagrado obispo de la comunidad nicena de Laodicea. Tenía un buen conocimiento de los clásicos, y San Jerónimo fue alumno suyo durante un tiempo. Murió hacia el 390.

A pesar de su profundidad y rigor de pensamiento, su mismo empeño en luchar contra los arrianos le llevó a caer, sin darse cuenta y sin malicia, en el primer error que jalonaría la historia de las controversias cristológicas posteriores. Decidido a mostrar claramente la divinidad de Jesús y la unión profunda de esa divinidad y de la humanidad en Cristo, y considerando que la enseñanza de la escuela de Antioquía podía llevar a entender una doble personalidad en Cristo, concibió una nueva explicación: de los tres elementos que según Platón integran el hombre, el cuerpo, el alma animal y el alma racional, el tercero no existiría como tal en Cristo, y su lugar y función serían desempeñados por el Logos de Dios.

Al principio, esto satisfizo a muchos, pues se explicaba con sencillez, por ejemplo, la impecabilidad de Cristo. Pero luego se advirtió que estaba en contradicción con la enseñanza tradicional de la Iglesia, según la cual la humanidad de Cristo es completa y perfecta. Tanto San Atanasio como los Capadocios y Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia, de los que enseguida hablaremos, escribieron tratados en contra de esta doctrina de Apolinar, que fue luego condenada explícitamente en el concilio de Constantinopla (381).

Esta condenación es responsable de la práctica desaparición de los escritos de Apolinar, de los que nos han llegado sólo los que fueron equivocadamente atribuidos a autores ortodoxos. Los fragmentos existentes de sus obras exegéticas, que según San Jerónimo eran numerosísimas, nos muestran que no se inclina por el método exegético de Antioquía ni por el de Alejandría; de sus obras apologeticas, la más celebrada fue la dirigida contra el filósofo neoplatónico Porfirio; otra de ellas iba dirigida al emperador Juliano, para demostrarle que los filósofos paganos iban muy equivocados en sus ideas sobre Dios; hay también noticia de varias de sus obras antiheréticas y de sus obras dogmáticas, y se conservan dos cartas suyas a Basilio el Grande.

Es interesante mencionar que cuando el emperador Juliano prohibió que los cristianos asistieran a las escuelas públicas y que estudiaran la literatura griega (362), Apolinar, ayudado por su padre, acometió la tarea de escribir poemas épicos basados en los primeros libros de la Biblia para así reemplazar en cierto modo los libros de Homero; escribió también numerosas comedias y tragedias, a imitación de las clásicas pero con argumentos bíblicos, e incluso diálogos cristianos a la manera de los de Platón. Se ha perdido toda esta literatura, a excepción de una Perífrasis de los salmos, que además no es seguro que sea de Apolinar. Por último, con el mismo afán de fortalecer la fe de los cristianos, compuso canciones, que los hombres cantaban en sus banquetes (...) y las mujeres mientras tejían, e himnos litúrgicos, de todo lo cual no nos ha llegado nada.

ENRIQUE MOLINÉ

Aristides

Apologeta cristão que viveu em Atenas durante o segundo século. Segundo Eusébio, o Imperador Adriano, durante sua estadia na Grécia (123-127), se iniciou nos Mistérios Eleusínicos. Uma perseguição aos cristãos locais se seguiu, segundo é verossímil, por uma revivescência do zelo pagão perpetrada pelo ato do Imperador. Duas apologias do Cristianismo foram compostas na ocasião: a de Quadratus e a de Aristides, que o autor apresentou a Adriano em Atenas em 126 (*Eus. H.E, IV, iii, 3, e Chron. II, 166*). São Jerônimo, em seu famoso escrito *De viris Illustribus*, xx, chama-o o *philosophus eloquentissimus*, e em sua carta à Magnus (n. LXX), diz do ‘*Apologeticum*’ que foi um *contextum philosophorum sententiis*, mais tarde imitado por São Justino Mártir. Afirma ele, mais adiante (*De vir ill., loc.cit.*), que a Apologia foi muito lida em sua época, e, seguindo Eusébio (*loc. cit.*), no quarto século, assevera que ela teve ampla circulação entre os cristãos. A ela se refere, no século nono, Ado, Arcebispo de Viena, e Usuard, monge de St. Germain. Depois disso, foi perdida de vista por mil anos, até que em 1878, os monges mequitaritas de San Lazzaro, em Veneza, publicaram uma tradução em Latim de um fragmento em armênio da Apologia e de uma homilia em armênio, com o título de “*S. Aristidis philosophi ateniensis sermones duo.*” Em 1889, o Professor J. R. Harris, de Cambridge, descobriu uma versão siríaca da Apologia na íntegra no Convento de Santa Catarina do Monte Sinai, e a traduziu para o Inglês (*Texts and Studies, Cambridge, 1891, I, i*). O professor J. A. Robinson descobriu que a Apologia estava contida na “Vida de Barlaam e Josaphat”, uma lenda budista falsamente atribuída a São João Damasceno. Foram feitas tentativas de restaurar as verdadeiras palavras de Aristides.

Mesmo para a data e ocasião da Apologia há divergência de opiniões. Enquanto alguns críticos sustentam, como Eusébio, que ela foi apresentada a Adriano, outros afirmam que foi escrita durante o reinado de Antoninus Pius (138-161). O objetivo da Apologia é mostrar que apenas os cristãos têm a noção correta de Deus. Tendo afirmado que Deus é o “Ser que é sempre o mesmo, Quem primeiro estabeleceu e agora controla o universo”, Aristides aponta os erros dos Caldeus, Gregos, Egípcios, e dos Judeus concernentes à Divindade, faz um breve sumário da crença cristã, e enfatiza a retidão da vida dos cristãos em contraste com as práticas corruptas do paganismo. O tom é elevado e calmo, e a razoabilidade do cristianismo é mostrada mais pelo apelo aos fatos do que pela argumentação sutil. É interessante notar que durante a Idade Média, a “Vida de Barlaam e Josaphat” foi traduzida em mais de vinte línguas, incluindo o Inglês, e o que era na realidade uma história de Buda se tornou em veículo da verdade cristã em muitas nações.

Fonte: <http://www.newadvent.org/cathen/01712d.htm>

Arnóbio de Sica

Arnobio de Sicca, natural de esta ciudad, en Numidia, escribió durante la persecución de Diocleciano. Era profesor de retórica y detractor del cristianismo, al que se convirtió luego por una visión que tuvo. Es conocido por su obra *Adversus nationes*, en que defiende el cristianismo, con un esquema no muy distinto al usual en las apologías, pero con pruebas de poco valor; si su conocimiento de los muchos filósofos que cita provenía únicamente de los manuales entonces en uso, el que tenía de la doctrina cristiana era aún rudimentario, pues consideraba que los dioses paganos tal vez existían, aunque en este caso serían dependientes absolutamente de Dios Padre, y pensaba que Cristo era un Dios de segundo orden; el alma podía hacerse inmortal mediante la ayuda del Dios de los cristianos.

Arsênio

Arsenio significa: fuerte, valeroso, valiente. San Arsenio fue uno de los monjes más famosos de la antigüedad. Sus dichos o refranes fueron enormemente estimados. Las gentes hacían viajes de semanas y meses con tal de ir a consultarle y oír sus consejos.

Cuando el emperador Teodosio, el Grande buscaba un buen profesor para sus dos hijos, el Papa San Dámaso le recomendó a Arsenio, que era un senador sumamente sabio y muy práctico en los consejos que sabía dar. Y así durante diez años tuvo que estarse en el palacio imperial tratando de educar a los dos hijos del emperador, Arcadio y Honorio. Pero se dio cuenta de que el uno era demasiado atrevido y el otro demasiado apocado, y desilusionado de ese fracaso como educador de los dos futuros emperadores dispuso dedicarse a otra labor que le fuera de mayor utilidad para su santificación y salvación.

Y estando un día orando, en medio de una gran crisis espiritual, mientras le pedía a Dios que le iluminara lo que debía hacer para santificarse, oyó una voz que le decía: “Apártese del trato con la gente, y váyase a la soledad”. Entonces dispuso irse al desierto a orar y a hacer penitencia con los demás monjes de esa soledad.

Cuando llegó al monasterio del desierto, los monjes, sabiendo que había estado viviendo tanto tiempo como senador y como alto empleado del Palacio imperial, dispusieron ponerle algunas pruebas para saber si en verdad era apto para esa vida de humillación y mortificación. El superior lo recibió fríamente, y al llegar al comedor, no lo hizo sentar a la mesa sino que lo dejó de pie, junto a su mesa. Luego en vez de pasarle un plato de comida, le lanzó una tajada de pan al piso, y le dijo secamente: “Si quiere comer algo, recoja eso”. Arsenio se inclinó humildemente, recogió la tajada de pan y se sentó en el suelo a comer. El superior, al observar este comportamiento admirable, lo consideró lo suficientemente humilde como para ser recibido como monje y lo aceptó en el monasterio, diciendo a los demás religiosos: “Este será un buen hermano”.

Arsenio había pasado toda su vida en el alto gobierno y en lujosos palacios, tratando con gente de mundo, y conservaba algunas costumbres mundanas que los otros monjes no hallaban como corregírselas, porque le tenían mucho respeto. Entonces dispusieron irlo corrigiendo indirectamente, y poco a poco. Así por ejemplo, él acostumbraba montar la pierna, mientras estaba rezando en la capilla. Y los demás para quitarle la tal costumbre, le dijeron a un monje joven que mientras rezaban tuviera la pierna montada, y que ellos le llamarían la atención por eso. Y así lo hicieron, regañando fuertemente al joven por esa actitud. Arsenio

entendió muy bien la lección y se corrigió.

San Arsenio se hizo famoso por sus penitencias extraordinarias. Un día llegó un alto empleado del imperio a llevarle un documento en el cual se le comunicaba que un senador riquísimo le dejaba en herencia todas sus grandes riquezas, y que se fuera a reclamarlas. El santo exclamó: “Antes de que él muriera en su cuerpo, yo morí en mis ambiciones y avaricias. No quiero riquezas mundanas que me impidan adquirir las riquezas del cielo”. Y renunció a todo esto en favor de los pobres.

Con frecuencia pasaba toda la noche en oración. Los sábados al anochecer empezaba a rezar de rodillas con los brazos en cruz y permanecía así hasta que caía por el suelo desmayado. Tenía 40 años cuando abandonó el palacio imperial donde tenía todas las comodidades, para irse a un tremendo desierto, donde todo faltaba. Desde los 40 años hasta los 95 años estuvo orando, ayunando y haciendo penitencias en el desierto, por la conversión de los pecadores, la extensión de la religión y el perdón de sus propios pecados.

Como hombre de mundo y de política que había sido, sentía una gran inclinación a tratar con la gente y a charlar con los demás, y en cambio hacía todo lo posible por retirarse del trato con todos, y vivir en la más completa soledad. Cuando un día el superior le llamó la atención porque no se prestaba a quedarse a charlar con las numerosísimas personas que iban a consultarle, le respondió: “Dios sabe que los quiero con toda mi alma y que gozo inmensamente charlando con ellos, pero como penitencia tengo que abstenerme lo más posible de las charlatanerías. El Señor me ha dicho que si quiero santificarme tengo que hacer la mortificación de apartarme del trato con las gentes”. En verdad que a cada persona la lleva Dios a la santidad por caminos diversos. A unos los hace santos haciendo que se dediquen totalmente a tratar con los demás para salvarlos, y a otros les ha pedido que con el sacrificio de no tratar tanto con la gente, le ganen también almas para el cielo.

Por muchos siglos han sido enormemente estimados los dichos o frases breves que San Arsenio acostumbraba decir a las gentes. Desde remotas tierras iban viajeros ansiosos de escuchar sus enseñanzas que eran cortas pero sumamente provechosas. Recordemos algunos de sus dichos:

“Muchas veces he tenido que arrepentirme de haber hablado. Pero nunca me he arrepentido de haber guardado silencio”. “Siempre he sentido temor a presentarme al juicio de Dios, porque soy un pecador”.

El religioso debe preguntarse frecuentemente: “¿Para qué abandoné el mundo y me hice religioso? y responderse: Me hice religioso porque quiero santificarme y salvar mi alma. Si esto no lo consigo, he perdido totalmente mi tiempo” (Esta frase ha conmovido a muchos santos. Por ej. San Bernardo la tenía escrita así en su habitación: “Bernardo: ¿a qué viniste a la vida religiosa? - Quiero salvar mi alma y santificarme”).

San Arsenio pedía consejos espirituales a monjes que eran muchísimo más ignorantes que él. Le preguntaron por qué lo hacía y respondió: “Yo sé idiomas, literatura, filosofía y política, pero en lo espiritual soy un analfabeta. En cambio estos religiosos que no hicieron estudios especiales, son unos especialistas en espiritualidad y de ello saben mucho más que yo”.

Un religioso le preguntó por qué los sabios del mundo que conocen tantas ciencias y han leído muchos libros son tan ignorantes en lo que se refiere a la santidad, y en cambio tanta gente ignorante progresa tan admirablemente en lo espiritual, y el santo respondió: “Es que la ciencia infla y llena de orgullo, y en un corazón orgulloso Dios no hace obras de arte en santidad. En cambio los humildes conocen su debilidad, su ignorancia, y su insuficiencia, y ponen toda su confianza en Dios, y en ellos sí hace prodigios de santificación Nuestro Señor”.

Arsenio era muy conocido por su presencia venerable. Alto, flaco, bien parecido, con una barba larguísima y muy blanca, su hermosa figura descollaba majestuosamente entre los demás monjes. Y su santidad superaba a la de los demás compañeros. Las gentes lo veneraban inmesamente y sus consejos han sido apreciados por muchos siglos. Que Arsenio ruegue por nosotros y nos consiga una santidad como la suya.

De toda palabra indebida que diga una persona, tendrá que rendir cuentas el día del juicio. (Jesucristo, Mt. 12,36).

Ancorita, nacido en 354 en Roma; murió en 450 en Troe, Egipto. Teodosio el Grande le pidió permiso al Emperador Graciano y al Papa Damascus, a fin de encontrar un tutor para su hijo Arcadio, ellos lo encontraron en Arsenio, un hombre instruido en literatura griega, miembro de una noble familia romana, y de quien se dice fue diácono de la Iglesia Romana.

Llegó a Constantinopla en 383, y continuó como tutor de la familia real por once años. Durante los últimos tres, también tuvo a su cargo al hermano Honorio. Un día, llegando a ver como estaban los niños con sus estudios, Teodosio los encontró

sentados, mientras Arsenio les hablaba de pié. Esto no lo llegó a tolerar, e hizo que los estudiantes se levantaran y que el maestro tomara asiento.

A su arribo a la corte, Arsenio había dado un espléndido recibimiento, y probablemente porque el emperador lo deseaba, vivió con gran pompa, pero todo el tiempo el sentía un creciente sentimiento sobre renunciar al mundo. Luego de orar mucho para ser iluminado sobre lo que debía hacer, escuchó una voz diciendo: “Arsenio, deja la compañía de los hombres y serás salvado”.

A partir de esto se embarcó secretamente para Alejandría, y rápidamente fue al desierto de Scetis, pidiendo ser admitido entre los solitarios que vivían allí. San Juan el Enano, a cuya celda fue conducido, aunque previamente se le advirtió de la calidad del visitante, no se dio por enterado de la llegada, y le dejó de pié mientras invitaba a los otros a tomar asiento a la mesa.

Estando la comida a medio avanzar, lanzó un pedazo de pan ante Arsenio, indicándoles con aire de indiferencia de que lo tomara si quería. Arsenio tomó el pan, y lo comió sentado en el suelo. Satisfecho con esta prueba de humildad, San Juan lo mantuvo bajo su dirección. El nuevo solitario fue un ejemplo, aún cuando no retuvo ciertos viejos hábitos, tal como sentarse con una pierna cruzada o bien de colocar al estar acostado, un pié sobre el otro.

Notando esto, el abate requirió que se imitara la postura de Arsenio en la siguiente junta, haciendo esto de manera pública. Arsenio tomó el mensaje de lo acontecido y se corrigió. Durante los cincuenta y cinco años de su vida solitaria, fue el más estricto de todos, castigándose a si mismo, por su anterior vanidad en el mundo. Entre ello se encontraba el haber usado perfumes en la corte, para castigo, no cambiaba el agua en que humedecía las palmas con las cuales trabajaba en pequeños manteles, sino que la lanzaba hasta que finalmente estaba agotada. Era estricto en extremo.

Aún cuando participaba en labores manuales, no dejaba su aplicación en la oración. Todo el tiempo copiosas lágrimas de devoción brotaban de sus ojos. Pero lo que más le distinguió, fue su inclinación a que nada lo interrumpiera de su unión con Dios. Cuando, luego de gran búsqueda, su lugar de retiro fue encontrado, no sólo rechazó el regresar a la corte, y ser el consejero de su ex alumno, el Emperador Arcadio, sino tampoco aceptó ser alguien que podía relacionarse con los pobres y los monasterios de las vecindades.

Invariablemente se negó a los visitantes, no importando el rango y condición de estos, y dejó a sus discípulos el cuidado de atenderlos.

Sus contemporáneos lo admiraron tanto que le llegaron a nombrar como “El Grande”.

A. VUIBERT

Trascripción de las Monjas Dominicanas de Clausura del Monasterio del Niño Jesús

Lufkin, Texas.

Traducción al castellano de Giovanni E. Reyes

Dedicado a todas las monjas y monjes.

Atenágoras de Atenas

1.1) A “Platonização” do Cristianismo

Atenágoras escreve a Petição em Favor dos Cristãos ao imperador e filósofo estóico, Marco Aurélio. Não tem nem a simpatia de Justino, nem a antipatia rabugenta de Taciano, para com a filosofia grega. Limita-se a assinalar que, em alguns pontos, os filósofos concordam com a Revelação cristã. Por exemplo, não é possível acusar os cristãos de ateísmo, por causa do seu monoteísmo, visto que Platão foi monoteísta e nem por isso era considerado ateu. Enquanto alguns autores cristãos tentam cristianizar Platão, Atenágoras busca “platonizar” o cristianismo; não que tivesse interesse em Platão, mas para ele seria interessante ter um precursor a seu favor, como o filósofo grego, diante do imperador filósofo:

(...) O mesmo no que diz respeito a Platão. Se Atenágoras lhe concede ter entrevisto a verdade, inclusive a do Dogma da Trindade, é menos no interesse de Platão do que no do dogma, para o qual podia ser útil reivindicar tal precursor.

1.2) A Primeira Prova da Unicidade do Deus Cristão

Depois de aduzir argumentos de autoridade, Atenágoras tenta demonstrar racionalmente a existência de um só Deus. A argumentação é ingênua, mas merece destaque por ser a primeira tentativa de se demonstrar a unicidade do Deus cristão. Se no princípio existissem dois ou vários deuses, eles teriam que ocupar ou o mesmo lugar ou lugares diferentes. Não poderiam ocupar o mesmo lugar porque não seriam semelhantes; não seriam semelhantes porque só o que é gerado é semelhante e os deuses são incriados. Também não pode cada um deles estar em seu lugar. Suponhamos que um deles fosse o criador e exercesse a sua providência sobre todo o universo. Partindo deste pressuposto onde estaria o outro lugar ocupado por um outro deus? Se lidarmos com a hipótese de que ocuparia o seu lugar em outro mundo, esta hipótese não se sustentaria porque desta forma ele seria finito e teria poder finito porque não exerceria nenhum poder sobre o nosso mundo. Aliás, como pensar em outro mundo, sendo que todo o universo está sob a providência do Deus que o cria e conserva? Ora, um deus que não está em lugar nenhum e nem conserva coisa alguma não é. Para não sermos prolixos digamos logo que existe um só Deus, criador e governador do mundo:

Por fim, se nada faz, não tem providência, nem outro lugar onde esteja, existe, desde o princípio, um único e só: o Deus criador do mundo.

O argumento de Atenágoras deixa muito a desejar quanto ao rigor dialético. Ele parece – como chama a atenção Gilson – não conseguir conceber Deus senão ocupando um lugar no espaço:

A obstinação dialética da prova merecia uma base mais sólida. Atenágoras não parece capaz de pensar Deus sem relação com o espaço.

1.3) Dois Momentos do Discurso: em Defesa da Verdade e Sobre a Verdade

Atenágoras escreve Sobre a Ressurreição dos Mortos. Nesta obra deve-se primeiro estabelecer que a ressurreição não é impossível. Se Deus pôde criar, poderá também recriar. Realmente Ele pode querer tal indústria, pois nada há de injusto nela. A primeira coisa a se considerar nesta obra é a distinção, elaborada por Atenágoras, entre os possíveis discursos sobre a verdade. Tal distinção norteia toda a argumentação a favor da ressurreição. Existem dois discursos, segundo Atenágoras, acerca da verdade: um que preza em defendê-la, outro que discorre sobre ela. Os raciocínios a favor da verdade são para os que nela não crêem; os raciocínios sobre a verdade são para aqueles que estão abertos a acolhê-la. É preciso verificar, com discernimento, qual seja a ocasião propícia e - de acordo com tal consideração - é que se deve adotar o gênero de raciocínio mais conveniente para uma determinada ocasião. Se pensarmos na ordem natural, os raciocínios sobre a verdade devem ter a primazia, pois possuem maior força demonstrativa; ao contrário, se levarmos em conta a utilidade, deve-se antes defender a verdade do que expô-la:

Com efeito, se se olha para a força demonstrativa e para a ordem natural, os raciocínios a respeito da verdade têm a primazia sobre os raciocínios em defesa da verdade; ao contrário, se olharmos, porém, a utilidade, os raciocínios em defesa da verdade são anteriores aos raciocínios a respeito da verdade.

1.4) As Duas Fases de Toda Apologia

No primeiro momento nosso filósofo mostrou que a ressurreição é possível; agora lhe caberá tarefa mais árdua, a saber, provar que ela de fato ocorrerá. É preciso primeiro mostrar que a fé não é um absurdo e isto se faz refutando o erro; depois, num segundo momento, cabe ao apologeta justificar objetivamente as verdades da fé. De resto, toda a apologia deve conter estes dois momentos:

Este primeiro momento de toda a apologia é o que Atenágoras chama de “falar em favor da verdade”; o segundo momento, que sempre deve seguir o primeiro, consiste em

falar “sobre a verdade”. No presente caso, já tendo sido mostrado que a ressurreição dos corpos por Deus é possível, este segundo momento consiste em mostrar que ela efetivamente ocorrerá.

Os Três Argumentos que Provam a Realidade da Ressurreição

1.4.1) O Primeiro Argumento: A Dignidade da Criatura Racional

Atenágoras demonstra que, de fato, a ressurreição ocorrerá por três argumentos principais, podemos dispensar o quarto. O primeiro parte do pressuposto que Deus, por ser sábio, não fez o homem em vão; tampouco fez Deus o homem para dele se utilizar, pois o sábio não precisa de nada; não se pode dizer que Deus tenha feito o homem para utilidade de qualquer outra criatura; outrossim, sendo o homem ser de razão, não poderá estar submetido a nenhuma outra criatura, seja ela maior ou menor que ele. É evidente, dado a eliminação de todas as possibilidades, que Deus fez o homem pelo próprio homem. Deus concedeu às criaturas racionais uma permanência para sempre a fim de que, dotadas de inteligência como são, pudessem mais e mais conhecer a Deus, contemplar a sua sabedoria, seguir a sua lei e a sua justiça. Com efeito, o que por outra coisa foi feito pode deixar de ser, desde que cesse aquilo pelo qual foi feito. Entretanto, aquilo que existe em virtude de si mesmo, não poderá deixar de ser. Deus não teria feito o homem, dotando-o de inteligência e da capacidade de conhecê-Lo, se realmente não quisesse que ele permanecesse.

Portanto, se o homem deve permanecer para sempre, haverá ressurreição, pois, se não houvesse, o homem não poderia permanecer para sempre. Daí que, da causa da criação do homem, podemos deduzir, com certeza, a sua permanência para sempre; da sua permanência para sempre podemos demonstrar que é evidente a sua ressurreição:

(...) a causa da criação nos garante a permanência para sempre e a permanência garante a ressurreição, pois sem ela não seria possível ao homem permanecer para sempre.

1.4.2) O Segundo Argumento: O Homem é Alma e Corpo

O segundo argumento é decisivo para a história da filosofia cristã. O argumento afirma que o homem não é a sua alma, mas composto de corpo e alma. Ora, se o homem é destinado à eternidade; se, por outro lado, ele não é somente a sua alma, mas um composto de corpo e alma então é necessário dizer que o corpo não pode perecer, senão que deve também ele permanecer e gozar do mesmo fim da alma. Logo, é necessário admitir a ressurreição,

visto que o corpo se corrompe com a morte e a permanência somente da alma não equivaleria a permanência do homem enquanto tal:

A constituição dos próprios homens demonstra que a ressurreição dos corpos dos mortos e desfeitos necessariamente se seguirá; caso ela não houvesse, não seria possível que as partes se unissem naturalmente umas com as outras, nem a natureza se comporia dos mesmos homens.

Gilson observa que foi exatamente o dogma da ressurreição que fez com que Atenágoras percebesse e denunciasse o perigo do platonismo. De fato, o platonismo afirma ser o homem a sua alma. Parece que, no argumento do nosso filósofo, já se pode vislumbrar, finalmente, o triunfo posterior do aristotelismo dentro do pensamento cristão:

Esse princípio levou Atenágoras a formular, em termos de um vigor e de uma nitidez insuperáveis, uma idéia de importância fundamental para todo filósofo cristão: o homem não é sua alma, mas composto de sua alma e de seu corpo. Ponderando-se bem, essa tese acarretava desde a origem a obrigação, de que os pensadores cristãos só tomarão consciência mais tarde, de não ceder à miragem do platonismo. (...) O dogma da ressurreição dos corpos era um convite instigante a incluir o corpo na definição do homem; por mais paradoxal que essa tese possa parecer à primeira vista, parece que esse dogma de fato tenha como que justificado de antemão o triunfo final do aristotelismo sobre o platonismo no pensamento dos filósofos cristãos.

1.4.3) O Terceiro Argumento: A Justiça de Deus

Aqueles que admitem Deus como criador do mundo devem admitir que Ele, por sua sabedoria, governa todo o universo e que, de sua providência, nada escapa. Ora, os atos humanos devem ser atribuídos ao homem e o homem é composto de alma e corpo. Por conseguinte é ao homem - alma e corpo - que são devidos os prêmios e os castigos conforme as suas ações forem boas ou más. Donde, nem a alma poderá receber sozinho o que fez junto com o corpo e nem o corpo poderá receber sozinho o que não faria senão unido à alma.

Vemos, contudo, que nesta vida tal justiça não se realiza: destarte, muitos ateus e dissolutos vivem sem nenhum dano e chegam ao fim desta vida sem sofrer nenhum mal; por outro lado, existem aqueles que, embora vivendo conforme a virtude, sofrem nesta vida toda sorte de tormentos.

Após esta vida é certo que a justiça ocorre! No entanto, por estar a alma separada do corpo, tal não justiça ainda não é completa. Isto porque, separado da alma, o corpo se desfaz e não guarda a memória de seus atos.

Importa então afirmar, com o Apóstolo, que será preciso que o nosso corpo corruptível se revista de incorruptibilidade - mediante ressurreição - para que enfim receba o que lhe é devido por suas obras, sejam elas boas ou más:

Portanto, permanece apenas evidentemente o que diz o Apóstolo: é preciso que este corpo corruptível e disperso se revista de incorruptibilidade, para que, vivificados pela ressurreição, seus membros mortos e novamente unidos os que se haviam separado e até totalmente dissolvido, cada um receba justamente o que realizou por meio do seu corpo, bem ou mal.

1.5) A Distinção entre a Prova Racional e o Apelo à Fé

Percebamos que Atenágoras distingue a prova racional do apelo à fé. Com efeito, nenhum dos argumentos recorre à ressurreição de Cristo o que, ipso facto, já bastaria para atestar a veracidade da ressurreição a um cristão. Soube distinguir ainda a refutação do erro da exposição da verdade:

Portanto, Atenágoras teve o justo senso de certos dados fundamentais do problema que o pensamento cristão tinha de resolver. Distinção dos dois momentos de toda apologética: prova da credibilidade, pela refutação dos argumentos que querem estabelecer o absurdo da fé, e justificação racional direta das verdades assim apresentadas como possíveis; distinção entre a prova racional e o apelo à fé (é por isso que o vimos justificar a ressurreição dos corpos sem apelar para a ressurreição de Cristo, que é sua garantia para todo cristão) (...).

SAVIO LAET

Fonte: <http://www.filosofante.org/filosofante/>

Bento da Núrsia

Por ocasião da dedicação do Mosteiro de Monte Cassino em 1964, após sua reconstrução, o Papa Paulo VI proclamou São Bento (ca. 480 - ca. 547) patrono principal de toda a Europa. O título, apesar de um pouco exagerado, é verdadeiro sob vários aspectos. São Bento não construiu o Mosteiro de Monte Cassino com a intenção de salvar a cultura, mas, de fato, os mosteiros que depois seguiram a sua Regra foram lugares onde o conhecimento e os manuscritos foram preservados. Por mais de seis séculos, a cultura cristã da Europa medieval praticamente coincidiu com os centros monásticos de piedade e estudo.

São Bento não foi o fundador do monaquismo cristão, tendo vivido quase três séculos depois do seu surgimento no Egito, na Palestina e na Ásia Menor. Tornou-se monge ainda jovem e desde então aprendeu a tradição pelo contato com outros monges e lendo a literatura monástica. Foi atraído pelo movimento monástico, mas acabou dando-lhe novos e frutuólos rumos. Isto fica evidente na Regra que escreveu para os mosteiros, e que ainda hoje é usada em inúmeros mosteiros e conventos no mundo inteiro.

A tradição diz que São Bento viveu entre 480 e 547, embora não se possa afirmar com certeza que essas datas sejam historicamente acuradas. Seu biógrafo, São Gregório Magno, papa de 590 a 604, não registra as datas de seu nascimento e morte, mas se refere a uma Regra escrita por Bento. Há discussões com relação à datação da Regra, mas parece existir um consenso de que tenha sido escrita na primeira metade do século VI.

São Gregório escreveu sobre São Bento no seu Segundo Livro dos Diálogos, mas seu relato da vida e dos milagres de Bento não pode ser encarado como uma biografia no sentido moderno do termo. A intenção de Gregório ao escrever a vida de Bento foi a de edificar e inspirar, não a de compilar os detalhes de sua vida cotidiana. Buscava mostrar que os santos de Deus, em particular São Bento, ainda operavam na Igreja Cristã, apesar de todo o caos político e religioso da época. Por outro lado, seria falso afirmar que Gregório nada apresenta em seu texto sobre a vida e a obra de Bento.

De acordo com os Diálogos de São Gregório, Bento (e sua irmã gêmea, Escolástica) nasceu em Núrsia, um vilarejo no alto das montanhas, a nordeste de Roma. Seus pais o mandaram para Roma a fim de estudar, mas ele achou a vida da cidade eterna degenerada demais para o seu gosto. Por conseguinte, fugiu para um lugar a sudeste de Roma, chamado Subiaco, onde morou como eremita por três anos, com o apoio do monge Romano

Foi então descoberto por um grupo de monges que o incitaram a se tornar o seu líder espiritual. Mas o seu regime logo se tornou excessivo para os monges indolentes, que planejaram então envenená-lo. Gregório narra como Bento escapou ao abençoar o cálice contendo o vinho envenenado, que se quebrou em inúmeros pedaços. Depois disso, preferiu se afastar dos monges indisciplinados.

São Bento estabeleceu doze mosteiros com doze monges cada, na região ao sul de Roma. Mais tarde, talvez em 529, mudou-se para Monte Cassino, 130 km a sudeste de Roma; ali destruiu o templo pagão dedicado a Apolo e construiu seu primeiro mosteiro. Também ali escreveu sua Regra para o Mosteiro do Monte Cassino, já prevendo que ela poderia ser usada em outros lugares.

Os 38 pequenos capítulos do Segundo Livro dos Diálogos contêm vários episódios da vida e dos milagres de São Bento. Alguns capítulos falam da sua habilidade em ler o pensamento das pessoas, outros, dos seus feitos miraculosos, como, por exemplo, fazer brotar água da rocha, um discípulo andar sobre a água, e um jarro de óleo nunca se esgotar. As histórias de milagres fazem eco aos acontecimentos da vida de certos profetas de Israel, e também da vida de Jesus. A mensagem é clara: a santidade de Bento é como a dos santos e profetas de antigamente, e Deus não abandonou o seu povo, mas continua a abençoá-lo com homens santos.

Bento deve ser encarado como um líder monástico, não como um erudito. Provavelmente conhecia bem o latim, o que lhe dava acesso aos escritos de Cassiano e outros, incluindo regras e sentenças. Sua Regra é o único texto conhecido de Bento, mas é suficiente para manifestar a sua habilidade genial para cristalizar o melhor da tradição monástica e passá-la para o Ocidente.

Gregório apresenta Bento como modelo de santo que foge da tentação para levar uma vida de atenção à presença de Deus. Através de um esquema equilibrado de vida e oração, Bento chegou ao ponto de se aproximar da glória de Deus. Gregório narra a visão que Bento teve quando sua vida chegava ao fim: “De súbito, na calada da noite, olhou para cima e viu uma luz que se difundia do alto e dissipava as trevas da noite, brilhando com tal esplendor que, apesar de raiair nas trevas, superava o dia em claridade. Nesta visão, seguiu-se uma coisa admirável, pois, como depois ele mesmo contou, também o mundo inteiro lhe apareceu ante os olhos, como que concentrado num só raio de sol” (cap. 34). São Bento, o monge por excelência, levou um tipo de vida monástica que o conduziu à visão de Deus.

D. JEROME THEISEN

*Traduzido de The Modern Catholic Encyclopedia, The Liturgical Press
(1995), 77-78.*

Cassiodoro

F. Magno Aurélio Cassiodoro também foi ministro de Teodorico (e de seus sucessores). Nasceu na Calábria, em Squillace, entre os anos de 480 e 490. Proveniente da aristocracia, colocou-se precisamente a serviço de Teodorico. Amigo de Boécio, teve mais sorte que ele. Em 540, retirou-se para o mosteiro de Vivarium, por ele mesmo fundado, onde dedicou-se à vida espiritual, reuniu uma importante biblioteca e escreveu duas obras: o *De anima* e o *Institutiones divinarum et saecularium litterarum*, duas obras destinadas ao sucesso no quadro do pensamento escolástico. Também são interessantes as cartas escritas por Cassiodoro em nome de Teodorico, reunidas sob o título de *Variae*. Por fim, também nos chegou, de sua autoria, uma História dos godos. Cassiodoro morreu em 570, em seu mosteiro.

Com o seu *De anima* – nas pegadas de Claudiano Mamerto (morto em 474 e autor do *De statu animae*, que é uma defesa da tese da imortalidade da alma) e de Agostinho (basta pensar no *De Anima* e no *De origine animae*) –, Cassiodoro se propõe a demonstrar a espiritualidade e a imortalidade da alma. Já as *Institutiones divinarum et saecularium litterarum* estão divididas em dois livros: o primeiro especifica que autores devem ser estudados a fim de uma melhor introdução possível à teologia; o segundo delinea o plano de estudos liberais que os clérigos devem seguir. Cassiodoro distingue as artes do *trivium* (gramática, dialética e retórica) das artes do *quadrivium* (aritmética, geometria, astronomia e música). Essa distinção não tem nada de original se pensarmos que, no século V, por volta de 430, ela já havia sido traçada por Marciano Capela no seu *De nuptiis Mercurii et philologiae*, que iria se tornar um dos textos principais da erudição medieval. Mas, de todo modo, o fato de maior relevo é que Cassiodoro dobra os elementos da cultura clássica à compreensão das Escrituras e às exigências da Igreja. Desse modo, a razão não se configura como adversária da fé. E precisamente por essa razão foi que Cassiodoro influenciou na organização dos estudos nas escolas medievais.

GIOVANNI REALE

Cesáreo de Arles

San Cesáreo de Arles nació hacia el año 470, en el territorio de la actual Chalon-sur-Saone (Francia), punto final de la navegación del Saona, región entonces ocupada por los burgundios. Sus padres pertenecían a una buena familia de origen galo-romano. Admitido como clérigo por el Obispo de Chalon en el año 488, dos años después marchó Ródano abajo e ingresó en el monasterio fundado en la isla de Lerins, frente a Marsella. El rigor de los ayunos debilitó su salud, y tuvo que ser enviado a casa de unos parientes, en Arles, para que se repusiera. Continuó sus estudios y fue ordenado presbítero en el año 500. Tres años más tarde, a la muerte del obispo Fonio, San Cesáreo fue nombrado Obispo de Arles.

Esta ciudad era a la sazón una encrucijada de pueblos, lenguas y civilizaciones: el Cristianismo había arraigado, pero aún quedaban resabios paganos y una fuerte influencia arriana, la religión de los godos. San Cesáreo ejerció el episcopado bajo tres regímenes distintos: visigodos, ostrogodos y francos. Tras diversas vicisitudes y enfrentamientos con el poder civil—sufrió destierro en Burdeos—, logró un entendimiento con la autoridad y, paralelamente, alcanzó del Papa el nombramiento de Arles como sede primada, y el derecho a convocar—como legado suyo para Galia e Hispania—diversos Concilios regionales. Muchos de los Sínodos que congregó se ocuparon de la reforma de la disciplina eclesiástica. Importancia especial tuvo el Concilio 11 de Orange, del año 529, donde se condenó el semipelagianismo; fue aprobado poco después por el Papa Bonifacio II. Cesáreo fue un celoso pastor de almas y uno de los más grandes predicadores de la Iglesia latina. El primer puesto entre sus obras lo ocupan 238 sermones. La colección no encierra sólo homilias sobre pasajes bíblicos o fiestas litúrgicas, sino también discursos referentes a la moral de las costumbres, en las que todavía persistían sustratos paganos. Además escribió dos tratados contra el semipelagianismo y un tercero, más extenso, titulado El misterio de la Santa Trinidad. Se conservan asimismo tres cartas pastorales de instrucción y consejo, y dos reglas monásticas: la Regla para los monjes y la Regla para las vírgenes. Falleció en Aries el 27 de agosto de 543, víspera de la fiesta de su gran maestro, San Agustín.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Cipriano

Táscio Cecílio Cipriano nasceu no norte da África, provavelmente em Cartago, entre os anos 200 e 210 dC. Filho de família abastada, recebeu formação superior, dedicando-se à oratória e advocacia. Converteu-se ao Cristianismo, já adulto, por volta de 245. Três anos depois foi eleito bispo de Cartago. Foi degolado nas imediações da cidade, na presença de grande multidão de cristãos e pagãos, aos 14 de setembro de 258, durante a perseguição de Valeriano.

A Igreja na época de São Cipriano vivia intenso fervor. As sangrentas perseguições, que desde Nero (ano 64 dC) a sacudiam, somente faziam aumentar o fervor, e os mártires entregavam suas vidas com amor e fé.

Mesmo com todo este fervor, surgiam grupinhos de hereges que, desejosos de 'autonomia', pregavam uma doutrina diferente da dos Apóstolos e dos Bispos da Santa Igreja de Cristo. Para combater estas heresias, Cipriano divulgou por volta do outono do ano de 251, como ele mesmo diz, um livrinho de conduta cristã denominado: "Catholicae Ecclesiae Unitate" - "A Unidade da Igreja Católica".

São maravilhosas as palavras de São Cipriano. Ele demonstra uma clareza de idéias e um espírito decidido na meta que almeja alcançar. Homem de Deus, baseou-se totalmente nas escrituras para defender a unidade da Igreja Católica, o Primado de Pedro, e outras Santas Doutrinas recebidas diretamente dos Apóstolos.

Martírio de São Cipriano

No dia décimo oitavo das calendas de outubro pela manhã, grande multidão se reuniu no campo de Sexto, conforme a determinação do procônsul Galério Máximo. Este, presidindo no átrio Saucíolo, no mesmo dia ordenou que lhe trouxessem Cipriano. Chegado este, o procônsul interrogou-o: "És tu Táscio Cipriano?" O bispo Cipriano respondeu: "Sou".

O procônsul Galério Máximo: "Tu te apresentastes aos homens como papa do sacrílego intento?" Respondeu o bispo Cipriano: "Sim".

O procônsul Galério Máximo disse: "Os augustíssimos imperadores te ordenaram que te sujeites às cerimônias". Cipriano respondeu: "Não faço".

Galério Máximo disse: “Pensa bem!” O bispo Cipriano respondeu: “Cumprir o que te foi mandado; em causa tão justa, não há que discutir”.

Galério Máximo deliberou com o seu conselho e, com muita dificuldade, pronunciou a sentença, com estas palavras: “Viveste por muito tempo nesta sacrílega idéia e agregaste muitos homens nesta ímpia conspiração. Tu te fizeste inimigo dos deuses romanos e das sacras religiões, e nem os piedosos e sagrados augustos príncipes Valeriano e Galieno, nem Valeriano, o nobilíssimo César, puderam te reconduzir à prática de seus ritos religiosos. Por esta razão, por seres acusado de autor e guia de crimes execráveis, tu te tornarás uma advertência para aqueles que agregaste a ti em teu crime: com teu sangue ficará salva a disciplina”. Dito isto, leu a sentença: “Apraz que Tarcísio Cipriano seja degolado à espada”. O bispo Cipriano respondeu: “Graças a Deus!”

Após a sentença, o grupo dos irmãos dizia: “Sejamos também nós degolados com ele”. Por isto houve tumulto entre os irmãos e grande multidão o acompanhou. E assim Cipriano foi conduzido ao campo de Sexto. Ali tirou o manto e o capuz, dobrou os joelhos e prostrou-se em oração ao Senhor. Retirou depois a dalmática, entregando-a aos diáconos e ficou de alva de linho e aguardou o carrasco, a quem, quando chegou, mandou que os seus lhe dessem vinte e cinco moedas de ouro. Os irmãos estenderam diante de Cipriano pano de linho e toalha. O bem-aventurado quis vendar os olhos com as próprias mãos. Não conseguindo amarrar as pontas, o presbítero Juliano e o subdiácono Juliano o fizeram.

Desde modo morreu o bem-aventurado Cipriano. Seu corpo, por causa da curiosidade dos pagãos, foi colocado ali perto, de onde, à noite, foi retirado e, com círios e tochas, hinos e em grande triunfo, levado ao cemitério de Macróbio Candiano, administrador, existente na via Mapaliense, junto das piscinas. Poucos dias depois, morreu o procônsul Galério Máximo.

Mártir santíssimo Cipriano foi morto, no dia décimo oitavo das calendas de outubro, sob Valeriano e Galieno imperadores, reinando, porém, nosso Senhor Jesus Cristo, a quem a honra e a glória pelos séculos dos séculos. Amém.

Fonte:

http://www.ecclesia.com.br/biblioteca/pais_da_igreja/s_cipriano.html

Clemente de Alejandria

Tito Flavio Clemente (Clemente de Alejandría) nació hacia el año 150, posiblemente en Atenas, llegó a Alejandría en 202 o 203, y murió allí aproximadamente en 219. Animado por la actitud que se resumiría más tarde en la fórmula *Credo, ut intelligam*, aspiró a desarrollar una presentación sistemática de la sabiduría cristiana en una gnosis verdadera, opuesta a la falsa. En ese proceso siguió el espíritu del tratamiento de los filósofos griegos por Justino Mártir, y vio en aquéllos una preparación del cristianismo, una educación del mundo helenístico para la religión revelada, más bien que una insensatez o una ilusión de la mente humana. El Logos divino ha iluminado siempre a las almas; pero mientras los judíos fueron adocotrados por Moisés y los Profetas, los griegos tuvieron sus sabios, sus filósofos, de modo que la filosofía fue para los griegos lo que fue para los judíos la Ley³⁷. Es verdad que Clemente pensó, siguiendo también en eso a Justino, que los griegos habían plagiado el Antiguo Testamento, y que, por motivos de vanagloria, habían desfigurado lo que allí encontrarán; pero también estaba firmemente convencido de que la luz del Logos hizo posible a los filósofos griegos alcanzar muchas verdades, y que la filosofía es en realidad simplemente un cuerpo de verdades que no son exclusivas de ninguna escuela griega, sino que se encuentran, en diversos grados y medidas, en escuelas distintas, si bien Platón fue en verdad el más grande de todos los filósofos.³⁸

Pero la filosofía no solamente fue una preparación para el cristianismo; es también una ayuda para la comprensión del cristianismo. En realidad, la persona que se limita a creer y no hace esfuerzo alguno por entender es como un niño en comparación con un hombre; la fe ciega, la aceptación pasiva, no constituye un ideal, aunque la ciencia, la especulación, el razonamiento, no pueden ser verdaderos si no armonizan con la revelación. En otras palabras, Clemente de Alejandría, como primer cristiano erudito, quiso ver el cristianismo en relación con la filosofía, y utilizar la razón especulativa para la sistematización y desarrollo de la teología. Incidentalmente es interesante notar que Clemente rechaza todo verdadero conocimiento positivo de Dios: solamente conocemos en verdad aquello que Dios no es, por ejemplo, que no es un género, ni una especie, que está más allá de todo aquello de que podemos tener experiencia, de todo aquello que podemos concebir. Está justificado que prediquemos perfecciones de Dios, pero al mismo tiempo debemos recordar que todos los nombres que aplicamos a Dios son inadecuados, y, por lo tanto, en cierto sentido, inaplicables. Así, en dependencia de algunas observaciones de Platón en *La República*, a propósito de la idea de Bien, y en dependencia de Filón, Clemente afirmó la vía negativa, tan de preferencia de los místicos, que alcanzaría su expresión clásica en

los escritos del Pseudo-Dionisio.

[37] Stromata, 1, 5.

[38] Paedagogus, 3, 11.

FREDERICK COPLESTON



Por volta de 180, em Alexandria, um estóico que se converteu ao Cristianismo, Panteno, fundou uma escola catequética, que estava destinada a encontrar seu máximo esplendor com Clemente e Orígenes.

Clemente nasceu em torno de 150 (em Atenas ou Alexandria). Seu encontro com Panteno foi decisivo: tornou-se seu aluno, colaborador e, por fim, sucessor. Dele nos ficaram o *Protréoptico* aos Gregos, o *Pedagogo*, os *Estrômatas*, uma *Homilia* e diversos fragmentos.

Um dos maiores estudiosos modernos da Patrologia, Quasten, assim caracteriza o nosso autor: “A obra de Clemente de Alexandria marca toda uma época. Não seria exagero louvar nele o *fundador da teologia especulativa*. Clemente foi o iniciador arguto e feliz de uma escola que se propunha a *defender e aprofundar a Fé com o auxílio da Filosofia*.” Clemente não se limita a combater a falsa gnose, nem se detém numa atitude puramente negativa. Com efeito, ele opõe à falsa gnose uma gnose autenticamente cristã, propondo-se a *dispor a serviço da Fé o tesouro encerrado nos diversos sistemas filosóficos*. Os partidários da gnose herética ensinavam a impossibilidade de uma conciliação entre ciência e fé, nas quais viam dois elementos contraditórios.

Clemente, porém, procura demonstrar a sua harmonia. É a concordância da Fé (*pistis*) com o conhecimento (*gnosis*) que faz o perfeito cristão e o verdadeiro gnóstico. A Fé é o princípio e o fundamento da Filosofia. Esta, por seu turno, é da máxima importância para o cristão desejoso de aprofundar o conteúdo de sua Fé por meio da razão. *Acrescida á Fé, a Filosofia não torna a verdade mais forte, em si mesma, mas torna impotentes os ataques dos inimigos da verdade, constituindo portanto um válido baluarte de defesa*. Contudo, para Clemente, a fé permanece como critério da ciência. E a ciência constitui um auxílio de caráter como que ancilar para a

fé.

O conceito que constitui o eixo básico das reflexões de Clemente é o conceito de Logos, entendido em triplo sentido:

1. princípio criador do mundo;
2. princípio de toda forma de sabedoria, que inspirou os profetas e os filósofos;
3. o princípio de salvação (Logos encarnado).

O Logos é verdadeiramente o princípio e fim, o alfa e o ômega, aquilo de que tudo provém, e para onde tudo retorna; o Logos é Mestre (*Pedagogos*) e Salvador. É no Logos que a ‘justa medida’, que era a marca da antiga sabedoria e da virtude grega, se integra no ensinamento de Cristo, como mostra exemplarmente esta passagem do Pedagogo:

“Graças à familiaridade com a virtude, só pelo Logos somos feitos semelhantes a Deus. Mas trabalha sem perder a coragem. Serás como não esperas nem como poderias imaginar. E, assim como uma é a educação dos filósofos, outra a dos oradores, outra a dos lutadores, também há uma livre disposição da alma harmonizada com uma livre vontade amante do bem, que deriva da pedagogia de Cristo. *Até as ações materiais, se bem educadas, tornam-se santas*, como o caminhar, o repouso, o alimento, o sono, o leito, a comida e toda a educação. *Por fim, a formação do Logos não está voltada para o excesso, mas para dar uma justa medida.* Por isso, portanto, o Logos também é chamado Salvador, no sentido que revelou aos homens estes remédios racionais, para que sintam retamente e tenham a salvação, esperando o momento oportuno, censurando o vício, extirpando as causas das paixões e cortando as raízes dos desejos contrários á razão, indicando as coisas de que precisa se abster e propondo aos doentes todos os antídotos da salvação. *Essa é a maior e mais régia obra de Deus: salvar a humanidade.*”

GIOVANNI REALE

Cromácio de Aquiléia

Nació en Aquileya, ciudad de la Italia septentrional, hacia el año 340, en el seno de una familia profundamente cristiana. Los pocos datos que conservamos de su infancia y adolescencia proceden de una carta de San Jerónimo y de la Apología de Rufino. Desde el año 370 fue miembro del clero de su ciudad. En calidad de colaborador del obispo Valeriano participó en el Sínodo local que, convocado en el 381 bajo la dirección de San Ambrosio, condenó el semiarrianismo. A la muerte de Valeriano en el 388, Cromacio ocupó la sede de Aquileya. En el desempeño de este cargo desarrolló una intensa actividad pastoral durante veinte años, dedicándose por entero a la predicación, a la administración de los sacramentos y a las tareas de gobierno. Murió en el año 407 ó 408.

De su abundante producción literaria sólo conservamos 45 homilías —algunas en estado fragmentario—, y 61 tratados. Estos dos tipos de obras descubren otros tantos rasgos importantes de la figura de San Cromacio: al lado del pastor, preocupado por enseñar las verdades de fe a sus fieles, surge el exegeta, que realiza con erudición y piedad el comentario a los textos evangélicos de San Mateo.

Escribió también numerosas epístolas—que se han perdido—a personajes de la época: San Ambrosio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo... A través de ellas, estimuló en su trabajo de traductores a San Jerónimo y a Rufino de Aquileya, animándoles a poner al servicio de la Iglesia sus conocimientos lingüísticos.

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_cromacio_de_aquileya.htm

Dámaso I

Nacido aproximadamente en el año 304; murió el 11 de Diciembre del 384. Su padre, Antonio, probablemente era español; el nombre de su madre, Laurencia (Lorenza), hasta hace poco no era conocido. Dámaso podría haber nacido en Roma; lo cierto es que creció allí prestando sus servicios a la iglesia de San Lorenzo mártir. Fue elegido por gran mayoría Papa en octubre del año 366, pero un cierto número de ultra conservadores seguidores del difunto Papa Liberio lo rechazaron, y escogieron al diácono Ursino (o Ursicino), quien fue de modo irregular consagrado, y quienes para tratar de sentarlo en la silla de Pedro ocasionaron gran violencia y legando al derramamiento de sangre. Muchos detalles de este escandaloso conflicto están relatados en el "Libello Precum" (P.L., XIII, 83-107) de forma muy tendenciosa, pero por una demanda a la autoridad civil por parte de Faustino y Marcelino, dos presbíteros contrarios a Dámaso (cf. también Ammianus Marcellinus, *Rer. Gest.*, XXVII, c. 3). El emperador Valentiniano reconoció a Dámaso y desterró en el año 367 a Ursino a Colonia, posteriormente le fue permitido volver a Milán, pero se le prohibió volver a Roma o a su entorno. Los partidarios del antipapa (ya en Milán aliado a los Arrianos y hasta su muerte pretendiendo la sucesión) no dejaron de perseguir a Dámaso. Una acusación de adulterio fue presentada contra él (en el 378) en la corte imperial, pero fue exonerado de ella primero por el propio Emperador Graciano (Mansi, *Coll. Conc.* III, 628) y poco después por un sínodo romano de cuarenta y cuatro obispos (*Liber Pontificalis*, ed. Duchesne, s.v.; Mansi, *op. cit.*, III, 419) que también excomulgó a sus acusadores.

Dámaso defendió con vigor la Fe católica en una época de graves y variados peligros. En dos sínodos romanos (años 368 y 369) condenó el Apolinarismo y Macedonialismo; también envió legados al Concilio de Constantinopla (año 381), convocado contra las herejías mencionadas. En el sínodo romano del año 369 (o 370) Auxentio, el Obispo Arriano de Milán fue excomulgado; mantuvo la sede hasta su muerte, en el año 374, facilitando la sucesión a San Ambrosio. El hereje Prisciliano, condenado por el Concilio de Zaragoza (año 380) atrajo a Dámaso, pero en vano (Prisciliano era natural de Galicia, España y hay eruditos que consideran a Dámaso o a su familia también gallega. N. del T.). Dámaso animó a San Jerónimo para realizar su famosa revisión de las versiones latinas más tempranas de la Biblia. Durante algún tiempo, San Jerónimo también fue su secretario particular (Ep. 123, n. 10). Un canon importante del Nuevo Testamento fue proclamado por él en el sínodo romano del año 374. La Iglesia Oriental recibió gran ayuda y estímulo de Dámaso contra el arrianismo triunfante, en la persona de San Basilio de Cesárea; el papa, sin embargo, mantuvo cierto grado de suspicacia hacia el

gran Doctor de Capadocia. Con relación al Cisma Meletiano en Antioquía, Dámaso, con Atanasio y Pedro de Alejandría, simpatizaron con el partido Paulino por ser el mejor representante de la ortodoxia de Nicea; a la muerte de Meletio trabajó para afianzar en la sucesión a Paulino excluyendo a Flaviano (Socrates, Hist. Eccl., V, 15). Apoyó la petición de los senadores cristianos ante el Emperador Graciano para el retirar el altar de Victoria del Senado (Ambrosio, Ep. 17, n. 10), y vivió para dar la bienvenida al famoso decreto de Teodosio I, "Del fide Católica" (27 Feb., 380) que declaraba como la religión del Estado Romano aquella doctrina que San Pedro había predicado a los romanos y de la cual Dámaso era su cabeza suprema (Cod. Theod., XVI, 1, 2).

Cuando, en el año 379, la Iliria fue separada del Imperio de Occidente, Dámaso se movió para salvaguardar la autoridad de la Iglesia romana creando una vicaría apostólica y nombrando para ella a Ascolio, Obispo de Tesalónica; éste es el origen del importante Vicariato Papal durante mucho tiempo ligado a la sede. La primacía de la Sede Apostólica fue defendida vigorosamente por este papa, y en el tiempo de Dámaso por actas y decretos imperiales; entre los pronunciamientos importantes sobre este tema esta la afirmación (Mansi, Coll. Conc., VIII, 158) que basa la supremacía eclesiástica de la Iglesia Romana en las propias palabras de Jesucristo (Matt., 16, 18) y no en decretos conciliares. El prestigio aumentado de los primeros decretales papales, habitualmente atribuido al papado de Siricio (384-99), muy probablemente debe ser atribuido al papado de Dámaso ("Cánones Romanorum ad Gallos"; Babut, "Las decretales más antiguas", París, 1904). Este desarrollo de la administración papal, sobre todo en Occidente, trajo con él un gran aumento de grandeza externa. Esta magnificencia seglar, sin embargo, afectó las costumbres de muchos miembros del clero romano cuya vida y pretensiones mundanas, fueron amargamente reprobadas por San Jerónimo, provocando (el 29 de Julio del 370) que con un decreto de Emperador Valentiniano dirigido al papa, se prohibiera a los eclesiásticos y monjes (posteriormente a obispos y monjas) dirigirse a viudas y huérfanos para persuadirlos con la intención de obtener de ellos regalos y herencias. El papa hizo que la ley fuese estrictamente observada.

Dámaso restauró su propia iglesia (ahora iglesia de San Lorenzo en Dámaso) y la dotó con instalaciones para los archivos de la Iglesia Romana. Construyó la basílica de San Sebastián en la Vía Apia (todavía visible) edificio de mármol conocido como la "Platonia" (Platona, pavimento de mármol) en honor al traslado temporal a ese lugar (año 258) de los cuerpos de los Santos Pedro y Pablo, y la decoró con una inscripción histórica importante (vea Northcote y Brownlow, Roma Subterránea). En la Vía Argentina, también construyó, entre los cementerios de Calixto y Domitilla, una

basilicula, o pequeña iglesia, cuyas ruinas fueron descubiertas en 1902 y 1903, y donde, según el “Liber Pontificalis”, el papa fue enterrado junto con su madre y su hermana. En esta ocasión el descubridor, Monseñor Wilpert, encontró también el epitafio de la madre del papa de la que ni sé sabía que su nombre era Lorenza, ni tampoco que había vivido los sesenta años de su viudez al servicio de Dios, y que murió a los ochenta y nueve años, después de haber visto a la cuarta generación de sus descendientes. Dámaso construyó en el Vaticano un baptisterio en honor de San Pedro y gravó en el una de sus inscripciones artísticas (Carmen 36), todavía conservada en las criptas Vaticanas. Desecó esta zona subterránea para que los cuerpos que se enterraran allí (beati sepulcrum juxta Petri) no pudieran ser afectados por agua estancada o por inundaciones. Su devoción extraordinaria a los mártires romanos ahora es muy bien conocida y se debe particularmente a los trabajos de Juan Bautista De Rossi.

Para darse cuenta de la gran restauración arquitectónica de las catacumbas y de sus características artísticas únicos tenemos las Cartas de Dámaso donde su amigo Furius Dionisius Filocalus plasmó los epitafios compuestos por Dámaso, (vea Northcote y Brownlow, “Roma Subterránea” 2 ed., Londres, 1878-79). El contenido dogmático de los epitafios de Dámaso (tituli) es importante (Northcote, Epitafios de las Catacumbas, Londres, 1878). También compuso varios resúmenes epigramas de diversos mártires y santos y algunos himnos, o Carmina, igualmente el resumen de San Jerónimo dice (Ep. 22, 22) que Dámaso los escribió en virginidad, ambos en prosa y en verso, pero ninguna de dichas obras se ha conservado. Para las pocas cartas de Dámaso (algunas de ellos espurias) que han sobrevivido, vea P.L., XIII, 347-76, y Jaffé, “Reg. Rom. Pontif.” (Leipzig, 1885), nn. 232-254.

THOMAS J. SHAHAN
Traducido por Félix Carbo

Fonte: <http://www.encyclopediacatolica.com/p/papasandamai.htm>

Dídimo, o Cego

Dídimo el Ciego, privado de la vista desde los cuatro años y que murió alrededor del 398, fue durante muchos años director de la escuela catequética de Alejandría. Aunque estaba totalmente de acuerdo con la fe de Nicea, su adhesión a algunas de las tesis de Orígenes en relación con el origen y destino del alma humana hizo que fuera condenado en el segundo concilio de Constantinopla (553). Probablemente esta condena es la responsable de que nos haya llegado muy poco de su muy abundante producción literaria; quedan fragmentos de *comentarios bíblicos*, con preferencia de los Salmos y de los Hechos, en los que se inclina por la exégesis alegórica; pero de sus *obras dogmáticas* nos ha llegado la principal, *Sobre la Trinidad*, donde ataca el arrianismo y el macedonianismo; también nos han llegado algunas otras, más o menos relacionadas con estos temas, y que a veces se ocultaron bajo el nombre de otros autores no sospechosos.

Diodoro de Tarso

Diodoro de Tarso nació en Antioquía; allí realizó estudios teológicos, seguidos de otros estudios clásicos en Atenas, de lo cual se quejaría después el emperador Juliano, pues esto le habría permitido atacar con más eficacia el culto de los dioses. De nuevo en Antioquía, dirigió una comunidad monástica, y desde su cátedra en la escuela de esta ciudad defendió con gran valor e insistencia la divinidad de Cristo frente a los ataques del emperador Juliano, que residió allí muchos meses durante su campaña contra los partos. Estuvo desterrado en Armenia por el sucesor de Juliano, y a su muerte regresó y fue consagrado obispo de Tarso, en Cilicia (378), de donde anteriormente había sido obispo un antiguo profesor suyo. Tomó parte en el concilio de Constantinopla del 381, y el emperador Teodosio II le llamó uno de los árbitros más seguros de la ortodoxia. Parece que murió antes del 394.

Sus obras fueron muy numerosas. Como ya hemos dicho, se han perdido en casi su totalidad, pero tenemos listas de ellas. En sus obras de exégesis se atenía exclusivamente a la interpretación filológica e histórica y rechazaba con tesón la alegórica, tratando de buscar lo que habían entendido y querido decir los autores inspirados y no otros sentidos ocultos; había comentado todos los libros del Antiguo Testamento, los Evangelios, los Hechos, la primera carta de San Juan y probablemente otros libros del Nuevo Testamento. En sus numerosas obras apologéticas y polémicas, unas veces largas y otras muchas breves, escribió contra los judíos, contra los paganos y contra los herejes. Otros escritos eran más directamente dogmáticos, y alguno trataba de astronomía y de cronología.

Fonte: http://www.mercaba.org/Moline/diodoro_de_tarso.htm

Dionísio de Alexandria

(Obispo desde 247-8 a 264-5)

Llamado “el Grande” por Eusebio, San Basilio y otros, fue indudablemente, después de San Cipriano, el obispo más eminente del Siglo III. Como San Cipriano fue menos un gran teólogo que un gran administrador. Como San Cipriano sus escritos toman habitualmente la forma de cartas. Ambos santos fueron conversos del paganismo; ambos se vieron implicados en las controversias respecto a los que habían apostatado en la persecución de Decio, sobre Novaciano, y con respecto a la repetición del bautismo herético; ambos mantuvieron correspondencia con los Papas de su tiempo. Aun así es curioso que ninguno mencione el nombre del otro. Una sola carta de Dionisio se ha conservado en el derecho canónico griego. Para el resto dependemos de las muchas citas de Eusebio, y, para una etapa, de las obras de su gran sucesor San Atanasio.

Dionisio era un anciano cuando murió, así que su nacimiento tendría lugar hacia 190 o antes. Se dice que era de familia distinguida. Se hizo cristiano cuando aún era joven. En un periodo posterior, cuando fue advertido por un sacerdote del peligro que corría al estudiar los libros de herejes, una visión – así nos lo informa él – le aseguró que era capaz de probar todas las cosas, y que esta capacidad había sido de hecho la causa de su conversión. Estudió con Orígenes. Este fue desterrado por Demetrio hacia 231, y Heraclas ocupó su puesto a la cabeza de la escuela catequética. A la muerte de Demetrio muy poco después, Heraclas se convirtió en obispo y Dionisio ocupó la dirección de la famosa escuela. Se cree que retuvo este cargo incluso cuando sucedió a Heraclas como obispo. En el último año de Felipe, 249, aunque se rumoreaba que el propio emperador era cristiano, un motín en Alejandría, suscitado por un popular poeta y profeta, tuvo todo el efecto de una severa persecución. Se describe por Dionisio en una carta a Fabio de Antioquía. La multitud atrapó en primer lugar a un anciano llamado Metras, le golpeó con palos cuando no quiso negar su fe, perforó sus ojos y rostro con cañas, le arrastró fuera de la ciudad y lo lapidó. Luego una mujer llamada Quinta, que no quiso sacrificar, fue arrastrada por los pies por el irregular pavimento, estrellada contra piedras de molino, azotada y finalmente lapidada en el mismo suburbio. Las casas de los fieles fueron saqueadas. Ninguno, por lo que supo el obispo, apostató. La anciana virgen, Apolonia, después de que le rompieran los dientes, saltó por propia voluntad al fuego preparado para ella antes que pronunciar blasfemias. A

Serapión le rompieron todos sus miembros, y fue precipitado a la calle desde el piso alto de su propia casa. Era imposible para ningún cristiano salir a las calles, incluso de noche, pues la multitud gritaba que todo el que no blasfemara sería quemado. El motín se interrumpió por la guerra civil, pero el nuevo emperador Decio inició una persecución legal en Enero de 250. San Cipriano describe cómo en Cartago los cristianos se apresuraron a sacrificar, o al menos a conseguir falsos certificados de haberlo hecho. De manera similar Dionisio nos cuenta que en Alejandría muchos se conformaron por miedo, otros por razón de su cargo oficial, o persuadidos por amigos, algunos pálidos y temblando en su actuación, otros afirmando con audacia que nunca habían sido cristianos. Algunos sufrieron prisión por un tiempo, otros abjuraron sólo a la vista de las torturas; otros resistieron hasta que las torturas vencieron su resolución. Pero hubo nobles ejemplos de constancia. Julián y Kronion fueron azotados por toda la ciudad sobre camellos, y luego muertos en la hoguera.

Un soldado, Besas, que les protegió de los insultos del pueblo, fue decapitado. Macario, un libio, fue quemado vivo. Epímaco y Alejandro, tras larga prisión y muchas torturas, fueron también quemados, con cuatro mujeres. La virgen Ammomarion también fue muy torturada. La anciana Mercuria y Dionisia, madre de muchos niños, murieron por la espada. Herón, Ater e Isidoro, egipcios, tras muchas torturas fueron entregados a las llamas. Un muchacho de quince años, Dióscoro, que se mantuvo firme ante la tortura, fue absuelto por el juez por lástima. Nemesio fue torturado y azotado, y luego quemado entre dos ladrones. Un cierto número de soldados y con ellos un anciano llamado Ingenuo, hizo gestos de indignación a uno que estaba siendo juzgado y a punto de apostatar. Cuando se les llamó al orden gritaron que eran cristianos con tanta audacia que el gobernador y sus asesores se desconcertaron; sufrieron un glorioso martirio. Muchos fueron martirizados en las ciudades y aldeas. A un administrador llamado Isquirión le atravesó el estómago su amo con una gran estaca porque rehusó sacrificar. Muchos huyeron, vagaron por los desiertos y montañas, y se vieron amenazados por el hambre, la sed, el frío, la enfermedad, los ladrones o los animales salvajes. Un obispo llamado Queremón huyó con su *sumbios* (¿esposa?) a las montañas de Arabia y nunca más se supo de él. Muchos fueron hechos esclavos por los sarracenos y algunos de estos fueron más tarde rescatados por grandes sumas.

Algunos de los apóstatas habían sido readmitidos a la sociedad cristiana por medio de los mártires. Dionisio insistió a Fabio, obispo de Antioquía, que se inclinaba a

unirse a Novaciano, que era justo respetar este juicio emitido por los bienaventurados mártires “sentados ahora con Cristo, y copartícipes en su Reino y asesores en su juicio”. Añade la historia de un anciano, Serapión, que después de una vida larga y sin tacha había sacrificado y no podía conseguir la absolución de nadie. En su lecho de muerte envió a su nieto a buscar a un sacerdote. El sacerdote estaba enfermo, pero dio al niño una partícula de la Eucaristía, diciéndole que la humedeciera y la colocara en la boca del anciano. Serapión la recibió con alegría, e inmediatamente expiró.

Sabino, el prefecto, envió un *frumentarius* (detective) a buscar a Dionisio en seguida que se publicó el decreto; buscó por todas partes salvo en la propia casa de Dionisio, donde el santo se quedó tranquilamente. Al cuarto día tuvo la inspiración de partir, y la abandonó por la noche, con sus domésticos y algunos hermanos. Pero parece que fue hecho pronto prisionero, pues los soldados escoltaron a toda la expedición a Taposiris en el Mareotis. Un tal Timoteo, que no había sido capturado con los demás, informó a un campesino que pasaba, el cual llevó la noticia a una fiesta de bodas a la que iba a asistir. Inmediatamente todos se levantaron y corrieron a liberar al obispo. Los soldados emprendieron la huida, dejando a sus prisioneros en sus literas sin cojines. Dionisio, creyendo que sus rescatadores eran ladrones, les entregó sus ropas, quedándose sólo su túnica. Ellos le urgieron a levantarse y huir. Les rogó que lo dejaran, declarando que también perderían su cabeza en seguida, como harían los soldados en breve. Se tendió en el suelo de espaldas; pero ellos le tomaron por las manos y los pies y lo arrastraron llevándoselo de la pequeña ciudad, montándolo en un asno sin silla de montar. Con dos compañeros, Gayo y Pedro, permaneció en un lugar desierto de Libia hasta que cesó la persecución en 251. Todo el mundo cristiano cayó entonces en confusión por la noticia de que Novaciano reclamaba el obispado de Roma en oposición al Papa Cornelio. Dionisio en seguida tomó partido por este último, y fue en gran medida por su influencia que todo Oriente, después de muchos disturbios, se recondujo a la unidad y armonía. Novaciano le escribió para que le apoyara. Su corta respuesta se ha conservado íntegra: Novaciano puede fácilmente probar la verdad de su protesta de que fue consagrado contra su voluntad retirándose voluntariamente; debía haber sufrido el martirio antes que dividir a la Iglesia de Dios; en realidad habría sido particularmente un glorioso martirio en beneficio de toda la Iglesia (tanta importancia otorgaba Dionisio a un cisma en Roma); incluso si podía ahora persuadir a su partido a hacer la paz, el pasado sería olvidado; si no, que salvara su propia alma. San Dionisio también escribió muchas cartas sobre

esta cuestión a Roma y al Oriente; algunas de estas eran tratados sobre la penitencia. Mantenía una opinión en cierto modo más suave que Cipriano, pues daba gran peso a las “indulgencias” concedidas por los mártires, y no rechazaba el perdón para nadie a la hora de la muerte.

Después de la persecución, la peste. Dionisio la describe más gráficamente de lo que lo hace San Cipriano, y nos recuerda a Tucídides y Defoe. Los paganos rechazaron a sus enfermos, huyeron de sus propios parientes, lanzaron cuerpos medio muertos a las calles; aun así sufrieron más que los cristianos, cuyos heroicos actos de misericordia se relatan por su obispo. Muchos sacerdotes, diáconos y personas de mérito murieron por socorrer a otros, y esta muerte, escribe Dionisio, no fue en manera alguna inferior al martirio. La controversia bautismal se extendió desde África por todo el Oriente. Dionisio estaba lejos de enseñar, como Cipriano, que el bautismo por un hereje ensucia más que limpia; pero estaba impresionado por la opinión de muchos obispos y algunos concilios de que la repetición de tal bautismo era necesaria, y parece que suplicó al Papa Esteban que no rompiera la comunión con las Iglesias de Asia por esta causa. También escribió sobre la materia a Dionisio de Roma, que aún no era Papa, y a un romano llamado Filemón, los cuales le habían escrito a él. Conocemos siete cartas suyas sobre el asunto, dos dirigidas al Papa Sixto II. En una de estas pide consejo sobre el caso de un hombre que mucho tiempo antes había recibido el bautismo de herejes, y ahora declaraba que se había realizado incorrectamente. Dionisio había rechazado renovar el sacramento después que el hombre hubiera recibido durante tantos años la Sagrada Eucaristía; pide la opinión del Papa. En este caso está claro que la dificultad residía en la naturaleza de las ceremonias utilizadas, no en el mero hecho de haber sido llevado a cabo por herejes. Deducimos que el propio Dionisio siguió la costumbre romana, bien por tradición de su Iglesia, o bien por obediencia al decreto de Esteban. En 253 murió Orígenes; faltaba de Alejandría muchos años. Pero Dionisio no había olvidado a su viejo maestro, y escribió una carta en alabanza suya a Teocteno de Cesarea.

Un obispo egipcio, Nepos, enseñaba el error milenarista de que habría un reino de Cristo en la tierra durante mil años, un periodo de deleites corporales; fundamentaba esta doctrina sobre el Apocalipsis en un libro titulado “Refutación de los alegóricos”. Fue sólo tras la muerte de Nepos cuando Dionisio se vio obligado a escribir dos libros “Sobre las promesas” para contrarrestar este error. Trata a Nepos con gran respeto, pero rechaza su doctrina, como en realidad la Iglesia ha hecho desde entonces, aunque fue

enseñada por Papías, Justino, Ireneo, Victorino de Pettau y otros. La diócesis de Alejandría era aún muy extensa (aunque se dice que Heraclas había fundado nuevos obispados), y formaba parte de ella el distrito de Arsinoe. Aquí el error era muy predominante, y San Dionisio fue en persona a las aldeas, reunió a sacerdotes y maestros, y durante tres días les instruyó, refutando los argumentos que sacaban del libro de Nepos. Estaba muy edificado por el espíritu dócil y el amor a la verdad que encontraba. Al final Korakion, que había introducido el libro y la doctrina, se declaró convencido. El principal interés del incidente no está en el retrato que nos da de la vida de la Iglesia antigua y de la sabiduría y gentileza del obispo, sino en la notable disquisición, que añade Dionisio, sobre la autenticidad del Apocalipsis. Es una pieza muy impresionante de “crítica superior”, y por su claridad y moderación, agudeza y penetración, es difícil que sea superada. Algunos de los hermanos, nos dice, en su celo contra el error milenarista, repudiaban el Apocalipsis en conjunto, y lo tomaban capítulo por capítulo para ridiculizarlo, atribuyendo su autoría a Cerinto (como sabemos que hizo el romano Gayo unos años antes). Dionisio lo trata con reverencia, y declara que está lleno de ocultos misterios, y sin duda realmente escrito por un hombre llamado Juan (en un pasaje ahora perdido, demostró que el libro debe entenderse alegóricamente). Pero encontraba difícil creer que el autor fuera el hijo del Zebedeo, el autor del Evangelio y de la Epístola católica, por el gran contraste de carácter, estilo y “lo que se llama elaboración”. Muestra que el autor se llama a sí mismo Juan, mientras que el otro sólo se refiere a sí mismo mediante algunas paráfrasis. Añade la famosa observación, que “se dice que hay dos tumbas en Éfeso, que son llamadas ambas de Juan”. Demuestra la estrecha semejanza entre el Evangelio y la Epístola, y señala lo completamente diferente del vocabulario del Apocalipsis; este último está lleno de solecismos y barbarismos, mientras que los primeros están en buen griego. Esta aguda crítica fue desafortunada, en cuanto que fue en gran medida la causa del frecuente rechazo del Apocalipsis en las Iglesias de habla griega, incluso tan tardíamente como en la Edad Media. Los argumentos de Dionisio parecieron incontestables a los críticos liberales del Siglo XIX. Posteriormente, el movimiento del péndulo ha traído a muchos, guiados por Bousset, Harnack y otros, a dejarse impresionar más por los innegables puntos de contacto entre el Evangelio y el Apocalipsis, que por las diferencias de estilo (que pueden explicarse por un diferente escriba o traductor, puesto que el autor de ambos libros era ciertamente judío), así que incluso Loisy admite que la opinión de los numerosos e ilustrados eruditos conservadores “ya no parece imposible”. Pero debe señalarse que los críticos modernos no han

añadido nada a las juiciosas observaciones del patriarca del Siglo III.

El emperador Valeriano, cuyo acceso al trono tuvo lugar en 253, no realizó persecuciones hasta 257. Ese año San Cipriano fue desterrado a Curubis y San Dionisio a Kefro en el Mareotis, después de ser juzgado junto con un sacerdote y dos diáconos por Emiliano, prefecto de Egipto. Él mismo nos cuenta las firmes respuestas que dio al prefecto, escribiendo para defenderse de un tal Germano, que le había acusado de huida vergonzosa. Cipriano padeció martirio en 258, pero Dionisio fue perdonado, y volvió a Alejandría enseguida cuando se decretó la tolerancia por Galieno en 260. Pero no para la paz, pues en 261-62 la ciudad estaba en un estado de tumulto poco menos peligroso que una persecución. La gran vía pública que atravesaba la ciudad estaba intransitable. El obispo tenía que comunicarse con su grey por carta, como si estuvieran en países diferentes. Era más fácil, escribe, pasar de Oriente a Occidente que de Alejandría a Alejandría. Se desencadenaron de nuevo el hambre y la peste. Los habitantes de la que aún era la segunda ciudad del mundo habían disminuido tanto que los varones entre catorce y ochenta años eran ahora apenas tan numerosos como habían sido los de entre cuarenta y setenta no muchos años antes. En los últimos años de Dionisio se suscitó una controversia que el semi-arriano Eusebio ha tenido cuidado de no mencionar. Todo cuanto sabemos procede de San Atanasio. Algunos obispos de la Pentápolis de la Libia Superior cayeron en el Sabelianismo y negaban la distinción entre las Tres Personas de la Santísima Trinidad. Dionisio escribió unas cuatro cartas para condenar su error, y envió copias al Papa Sixto II (257-58). Pero él mismo cayó, hasta donde llegan las palabras, en el error opuesto, pues dijo que el Hijo es un poiema (algo hecho) y distinto en sustancia, *xénos kat'ouísian*, del Padre, incluso como lo es el labrador de la vid, o un constructor de barcos del barco. Los arrianos del Siglo IV se valieron de estas palabras como de simple arrianismo. Pero Atanasio defendió a Dionisio contando la continuación de la historia. Ciertos hermanos de Alejandría, ofendidos por las palabras de su obispo, se dirigieron a Roma al Papa San Dionisio (259-68), que escribió una carta, en la que declaraba que enseñar que el Hijo fue hecho o era una criatura era una impiedad igual, aunque contraria, a la de Sabelio. También escribió a su homónimo de Alejandría informándole de la acusación presentada contra él. Este último inmediatamente redactó libros titulados “Refutación” y “Apología”; en estos explícitamente declaraba que nunca hubo un tiempo en que Dios no fuera Padre, que Cristo siempre fue, al ser Palabra y Sabiduría y Poder, y coeterno, incluso como el brillo no es posterior a la luz de la que procede. Enseña la “Trinidad en

Unidad y la Unidad en Trinidad”; da claramente a entender la igualdad y procesión eterna del Espíritu Santo. En estos últimos puntos es más explícito que el propio San Atanasio lo es en otros lugares, mientras que en el uso de la palabra consustancial, *omoousios*, se anticipa a Nicea, pues se queja amargamente de la calumnia de que había rechazado la expresión. Pero no obstante que él mismo y su abogado Atanasio intenten explicar sus primeras expresiones, está claro que había sido incorrecto en pensamiento tanto como en palabras, y que al principio no comprendió la verdadera doctrina con la claridad necesaria. La carta del Papa era evidentemente explícita y debe haber sido la causa de la visión más clara del alejandrino. El Papa, como señala Atanasio, dictó una condena formal del Arrianismo mucho antes de que surgiera la herejía. Cuando consideremos la vaguedad e incorrección en el Siglo IV de incluso los defensores de la ortodoxia en Oriente, la decisión de la Sede Apostólica nos parecerá un maravilloso testimonio de la doctrina de los Padres y de la fe infalible de Roma.

Hallamos a Dionisio publicando anualmente, como los posteriores obispos de Alejandría, cartas festivas que anuncian la fecha de la Pascua y tratan de diversos asuntos. Cuando la herejía de Paulo de Samosata, obispo de Antioquía, comenzó a turbar el Oriente, Dionisio escribió a la Iglesia de Antioquía sobre el asunto, pues se vio obligado a declinar la invitación a asistir a un sínodo allí, por causa de su edad y enfermedades. Murió poco después. San Dionisio está en el Martirologio Romano el 17 de Noviembre, pero también se le incluye, con sus compañeros de huida durante la persecución de Decio, en la errónea reseña del 3 de Octubre: Dionisio, Fausto, Gayo, Pedro y Pablo, mártires. El mismo error se encuentra en las menologías griegas.

Lo principal que se conserva de Dionisio son las citas en EUSEBIO, H. E., VI-VII, algunos fragmentos de los libros Sobre la Naturaleza en IDEM, Præp. Evang., xiv, y las citas en ATANASIO, De Sententiâ Dionysii, etc. Una colección de estos y otros fragmentos está en GALLANDI, Bibl. Vett. Patrum, III XIV, reimpresa en P.G., X. La mejor edición es la de SIMON DE MAGISTRIS, S. Dion. Al. Opp. omnia (Roma, 1796); también ROUTH, Reliquiæ Sacræ III-IV. Fragmentos siríacos y armenios en PITRA, Analecta Sacra, IV. Una lista completa de todos los fragmentos está en HARNACK, Gesch. der altchr. Litt., I, 409-27, pero su relación de los pasajes de la Cadena de Lucas (probablemente de una carta a Orígenes, Sobre el Martirio) precisa ser completado por SICKENBERGER, Die Lucaskatene des Niketas von Heracleia (Leipzig, 1902). Para la vida de Dionisio ver TILLEMONT, IV; Acta SS., 3 Oct.; DITTRICH, Dionysius der Grosse, eine Monographie (Friburgo de Br., 1867); MORIZE, Denys d'Alexandrie (París, 1881). DOM MORIN intentó infructuosamente identificar los Cánones de Hipólito con DIONYSIUS” Ἐπιστολὴ διοκονικῆ διὰ Ἰππολύτου (EUSEB., H. E., VI, 45-6) en Revue Bénédictine (1900), XVII, 241. También MERCATI, Note di letteratura bibl. et crist. ant.: Due supposte lettere di Dionigi Aless. (Roma, 1901).

Para la cronología ver HANACK, Chronol., I, 202, II, 57. Una relación muy buena, con bibliografía completa, está en BARDENHEWER, Gesch. der altkirchl. Litt., II. Sobre la cuestión milenarista ver GRY, Le Millénarisme (Paris, 1904), 101.

JOHN CHAPMAN

Transcrito por WGKofron

Con agradecimiento a la iglesia de St. Mary en Akron, Ohio

Traducido por Francisco Vázquez

Fonte: <http://ec.aciprensa.com/d/dionisioalejandria.htm>

Dionísio Areopagita

Dionisio el Areopagita es el nombre dado al autor de una serie de escritos (a los cuales nos referimos en la bibliografía) que ejercieron gran influencia sobre el pensamiento medieval. Se creyó durante mucho tiempo que el autor de tales escritos fue discípulo de San Pablo. Base de esta creencia fueron las manifestaciones del autor y el haberse identificado con el miembro del Areópago convertido al cristianismo después de la predicación del Apóstol (*Hechos*, XVII, 34). Hoy día se considera que las obras de referencia fueron redactadas a fines del siglo IV o comienzos del V bajo la influencia neoplatónica y especialmente a base de fragmentos de Proclo. Por tal motivo suele llamarse a su autor el Pseudo-Dionisio-y a veces Dionisio el místico-. Es frecuente asimismo referirse a sus doctrinas con los nombres del *Corpus areopagiticum* o *Corpus dionysianum*. Siguiendo el uso más generalmente aceptado hoy, nosotros usaremos con frecuencia el nombre de Pseudo-Dionisio, aun cuando a veces en referencias de otros artículos, hablaremos asimismo de Dionisio el Areopagita.

El problema central en el pensamiento del Pseudo-Dionisio es el de la naturaleza de Dios, y el de las posibilidades —e imposibilidades— de nombrarlo adecuadamente. «Es una regla universal —escribe al comienzo de su tratado sobre los nombres divinos— que conviene evitar aplicar temerariamente ninguna palabra, y hasta ningún pensamiento, a la Divinidad sobreesencial y secreta, con excepción de lo que nos ha sido revelado divinamente en las Sagradas Escrituras.» Por lo tanto, todo conocimiento de Dios viene del propio Dios. Lo que se puede decir de Él de acuerdo con los nombres que aparecen en las Escrituras constituye el tema de la teología afirmativa. Superior a ella, sin embargo, es la teología negativa, en la cual se niega cuanto se había afirmado. Pero como esta teología negativa no hace sino reconocer la imposibilidad de aquella posibilidad, es necesario completarla con una teología superlativa, la cual consiste en admitir los nombres de Dios, pero en declarar que no podemos concebirlos. Esto sucede, según el Pseudo-Dionisio, no solamente con aquellos nombres con los cuales se pretende describir metafóricamente la Divinidad, sino también con aquellos que apuntan a una descripción metafísica. Dios es, en efecto, de tal modo superior y trascendente, que aunque hablemos de Él como el Bien, como el Ser y como lo Uno, deberemos entenderlo en un sentido que trasciende todas las significaciones, aun las más depuradas, de estos términos. En rigor, podemos decir —aunque no propiamente entender— que Dios es el Supra-Ser y lo Supra-Uno. Ahora bien, la teología superlativa no es una «solución» metafísica. Al final del citado tratado, el Pseudo-Dionisio señala que seguimos siempre «más acá» de lo que significan los nombres divinos, y que «los propios ángeles» deben confesar a este respecto su insuficiencia. La conclusión parece ser,

pues, una teología mística en la cual el hombre alcanza el supremo «saber» por medio de la suprema ignorancia. Así, todo lo que el Pseudo-Dionisio dice de Dios y de su creación debe entenderse a la luz de las citadas restricciones. De acuerdo con ellas podemos decir que Dios es la Luz que ilumina todos los seres, los cuales son solamente en la medida en que están bañados por esa Luz que se desparrama por todos los entes. Al desparramarse, sin embargo, esa Luz no se pierde, divide o sume en la oscuridad. Todos los seres iluminados están ligados por el Amor, que los hace concentrarse hacia la Unidad suprema. Con todo, la distribución de esa Luz no es, por así decirlo, uniforme; se efectúa en una serie de gradaciones: las gradaciones divinas de la jerarquía celeste, y las gradaciones terrenales de la jerarquía eclesiástica. El Pseudo-Dionisio no pretende por lo demás, describirlas exactamente, pues reconoce el carácter imaginativo de sus símbolos. Especialmente, en lo que toca a las gradaciones celestes -dice al final de su tratado sobre la jerarquía divina— hubiera sido necesario para conocerlas «las luces de su iniciador». Según indicamos, las obras del Pseudo-Dionisio ejercieron gran influencia en la filosofía medieval, y no solamente en la mística, sino también en la filosofía y, naturalmente, en la teología. Traducidas al latín por Hilduino y por Juan Escoto Erigena, fueron objeto de comentarios por muchos autores. Entre éstos citamos a Hugo de San Víctor, Roberto Grosseteste, San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

Los escritos conservados del Pseudo-Dionisio comprenden: *De los nombres divinos*, *De divinis nominibus*; la *Teología mística*, la *Jerarquía divina*, y la *eclesiástica* (ver títulos en el artículo JERARQUÍA). No tenemos los *Bosquejos teológicos* a los cuales se refiere el autor al principio del tratado sobre los nombres divinos. Edición de obras: Florencia, 1516; Basilea, 1539; Venecia, 1558; París, 1561 (ed. Morel); París, 1565 (Lansellius); Amberes, 1634 (Cordier o Corderius; es la misma edición reimpressa en París, 1644, y en Venecia, 1755-1756. De esta última procede el texto de Migne, P. G. III-IV). —El *Onomasticum Dionysianum*, que figura en la edición de Cordier, consta en la reimpresión de Migne. Ed. de la *Jerarquía celeste: La hiérarchie céleste*, texto crít. por Günter Heil, trad. fr. y notas por M. de Gandillac, 1958. Índice: A. Van den Daele, S. J., *Indices Pseudo-Dionysiani*, 1961. Bibliografía: Véase la bibliografía (páginas 61-64) al final de la introducción de M. de Gandillac a su trad. fr. del Pseudo-Dionisio: *Oeuvres complètes du Pseudo-Denys l'Aréopagite*, 1943. Esta introducción constituye un útil estudio preliminar. —Bibliografía de ediciones, traducciones y escritos sobre Dionisio: K. F. Doherty, S. J., «Pseudo-Dionysius the Areopagite: 1955-1960», *The Modern Schoolman*, 40 (1962), 55-59. —Para las trads. latinas: Dom Chevalier (en colaboración con los RR. PP. Flinois, Bellot, Taillefer, Gsell, Cocherel, Ricaud, A. Schmitt), *Dyonisiaca, recueil donnant l'ensemble des ouvrages attribués au Denys de l'Aréopage, et synopse marquant la valeur des citations presque innombrables allant seules depuis trop longtemps remises enfin dans leur contexte au moyen d'une nomenclature d'un usage rendu très facile*, I, 1937; II, 1949. Véase: J.

Niemeyer, *Dionysii Aeropagitae doctrinae philosophicae et theologiae*, 1869. —J. Kanakis, *Dyonisios der Aeropagita als Philosoph*, 1881. —O. Siebert, *Die Metaphysik und Ethik des Pseudo-Dionysius*, 1894. —J. Stiglmayr, S. J., *Das Aufkommen der Pseudo-Dionysii Schriften*, 1895. —H. Koch, *Pseudo-Dionysios in seinen Beziehungen zum Neuplatonismus und Mysterienwesen*, 1900. —P. Godet, art. *Denys l'Aréopagite*, en el *Dictionnaire de Théologie catholique*, de Vacant-Mangenot-Amann, t. IV, 1924. —Vladimir Losski, *La notion des analogies chez le Pseudo-Denys l'Aréopagite*, 1930. —G. P. Théry, O. P., *Études dionysiennes*. I. *Hilduin, traducteur de Denys*, 1932. II. *Hilduin trad. de Denys* (ed. de la trad.), 1937. —Íd., íd., «La théologie négative dans la doctrine de Denys l'Aréopagite», *Revue des Sciences philosophiques et théologiques*, 1939. —S. Scime, *Studi sul neoplatonismo: filosofia e teologia nello Pseudo Dionigi*, 1953. —R. Roques, *L'univers dionysien. Structure hiérarchique du monde selon le Pseudo-Denys*, 1954; reimpr. 1983. —J. Vanneste, S. J., *Le mystère de Dieu. Essai sur la structure rationnelle de la doctrine mystique du Pseudo-Denys l'Aréopagite*, 1959. —Michele Schiavone, *Neoplatonismo e cristianesimo nello Pseudo Dionigi*, 1963. —Ronald F. Hathaway, *Hierarchy and the Definition of Order in the Letters of Pseudo-Dionysius: A Study in the Form and Meaning of the Pseudo-Dionysian Writings*, 1969. —B. F. Mottoni, *Il «Corpus Dyonysonianum» nel Medioevo. Rassegna di studi 1900-1972*, 1977. —S. Gersh, *From Iamblichus to Erigena: An Investigation of the Prehistory and Evolution of the Pseudo-Dionysian Tradition*, 1978. —K. Ruh, *Die mystische Gotteslehre des Dionysius Areopagita*, 1987.

JOSÉ FERRATER MORA



Entre os séculos V e VI, viveu o autor que se denomina Dionísio Areopagita, que foi confundido com aquele Dionísio que São Paulo converteu com seu discurso no Areópago. Sob o seu nome, chegou-nos um *corpus* de escritos (*Hierarquia celeste*, *Hierarquia eclesiástica*, *Nomes divinos*, *Teologia mística e Epístolas*) que teve grande repercussão na Idade Média (a própria estrutura hierárquica do *Paraíso* de Dante foi influenciada pela concepção hierárquica da realidade de Dionísio).

Dionísio repropõe o neoplatonismo em termos cristãos, sobretudo o neoplatonismo tal como havia se configurado nas formulações elaboradas por Proclo. Mas o que mais se destaca nesse *corpus*, que contém muitas concepções bastantes sugestivas, é a formulação da teologia “apofática” (ou negativa). Deus pode ser designado por muitos nomes extraídos das coisas sensíveis e entendidos em sentido translativo, enquanto e à medida que ele é a causa de tudo;

de modo menos inadequado, Deus pode ser designado por nomes extraídos da esfera das realidades inteligíveis, como “belo” e “beleza”, “amor” e “amado”, “bem” e “bondade”, e assim por diante; *porém, melhor ainda, Deus pode ser designado negando-lhe todo atributo, à medida que ele é superior a todos, é o “supra-essencial” e, portanto, o silêncio e a treva expressam melhor essa realidade supra-essencial do que a palavra e a luz intelectual.* Eis o trecho mais significativo da Teologia Mística: “A Causa boa de todas as coisas pode ser expressa com muitas e com poucas palavras, *mas também com a absoluta ausência de palavras.* Com efeito, não há palavra nem inteligência para expressá-la, porque ela está colocada supra-essencialmente acima de todas as coisas só se revela verdadeiramente e sem qualquer véu para os que transcendem todas as coisas impuras e puras, supera toda a subida dos cumes sagrados, abandonam todas as luzes divinas e os sons e discursos celestes e penetram na escuridão onde verdadeiramente reside, como diz a Escritura, aquele que está além de tudo.”

E, transcendendo tudo o que é sensível e também tudo o que é inteligível e inteligente, o homem pode aderir “àquele que é completamente impalpável e invisível” e pertencer completamente “àquele que tudo transcende e a nenhum outro, através da inatividade de todo conhecimento”, tornando-se capaz de “conhecer para além da inteligência através do não conhecer nada”.

GIOVANNI REALE

Dionísio de Roma

La fecha de su nacimiento nos es desconocida. Murió el 26 o 27 de diciembre del año 268. Durante el pontificado del papa Esteban (254-57) Dionisio aparece como presbítero de la Iglesia de Roma, y como tal tomó parte en la controversia entorno a la validez del bautismo administrado por los herejes. Esto llevó al obispo de Alejandría, Dionisio, a escribirle una carta sobre el bautismo, en la cual el papa Dionisio es descrito como un hombre muy distinguido y de gran erudición (Eusebio, *Hist. eccl.* VII, vii). Más tarde, en los tiempos del papa Sixto II (257-58), el mismo obispo de Alejandría le escribió otra carta concerniente un tal Luciano (*ibíd.*, VII, ix), cuya identidad desconocemos. Después del martirio de Sixto II (6 de Agosto de 258) la Sede Romana quedó vacante por casi un año: la violencia de la persecución hacía imposible elegir una nueva cabeza. Sólo cuando la persecución amainó Dionisio fue elegido (22 de Julio de 259) para el oficio de Obispo de Roma. Algunos meses más tarde el emperador Gallienus emitió su edicto de tolerancia, con el cual se dio fin a la persecución y a la Iglesia se le concedió una existencia legal (Eusebio, *Hist. eccl.* VII, xiii). De este modo la Iglesia de Roma reobtuvo sus derechos sobre los edificios de culto, sus cementerios y otras propiedades, y Dionisio pudo una vez más poner en orden su administración. Alrededor del 260 el Obispo Dionisio de Alejandría escribió su carta a Ammonius y Euphranor contra el sabelianismo, en la cual él se expresaba con inexactitud en lo que toca al Logos y su relación con el Padre. Por este motivo fue presentada al papa Dionisio una acusación contra el obispo de Alejandría; el papa convocó un sínodo en Roma entorno al año 260 para solucionar la cuestión. En nombre propio y en el del sínodo, el Obispo de Roma escribió una importante carta de contenido doctrinal en la cual, en primer lugar, la doctrina errónea de Sabelio era nuevamente condenada y, además, se condenaban falsas opiniones, como las de los marcionistas, que separaban la monarquía divina en tres hipóstasis totalmente distintas, o bien que representaban al Hijo de Dios como una criatura, siendo que las Santas Escrituras declaran que Él ha sido engendrado; pasajes bíblicos como Deut., xxxii, 6 o Prov., viii, 22 no pueden citarse a favor de falsas doctrinas como éstas. Junto con su carta doctrinal el papa Dionisio envió una carta al obispo de Alejandría en la cual se le llamaba a explicar sus opiniones. Dionisio de Alejandría así lo hizo en su "Apología" (Athanasius, *De sententia Dionysii*, V, xiii, *De decretis Nicaenae synody*, xxvi). Según la antigua práctica de la Iglesia romana, le papa Dionisio extendió su preocupación por los fieles de tierras lejanas. Cuando los cristianos de Capadocia estaban pasando por una no pequeña angustia debido al pillaje de las incursiones de los Godos, el papa envió una carta de consuelo a la Iglesia de Cesaréa juntamente con una gran suma de dinero, mediante mensajeros, con el fin de redimir a cristianos que habían sido tomados como esclavos (Basilius, *Epist.*

lxx, ed. Garnier). El gran sínodo de Antioquía que depuso a Pablo de Samosata envió una carta encíclica al papa Dionisio y al Obispo Máximo de Alejandría informándoles sobre la actuación del sínodo (Eusebio, *Hist. eccl.*, VII, *xxx*). Después de su muerte el cuerpo de Dionisio fue enterrado en la cripta papal de la catacumba de Calixto.

Fonte: <http://ec.aciprensa.com/d/dionisiopapasan.htm>

Epifânio de Salamina

Epifanio de Salamina, que murió en el 403, había nacido hacia el 315 en Judea; allí, después de una estancia entre los monjes egipcios, fundó un monasterio y estuvo al frente de él casi treinta años. Fue hecho obispo de Salamina y, por tanto, metropolitano de Chipre, en el 367. Era hombre austero y de buena doctrina, pero agresivo y desmesurado; tuvo una intervención importante en la primera controversia antirigenista y, sin advertirlo, se vio implicado en manejos contra Juan Crisóstomo. En su obra rechaza la cultura griega, la especulación filosófica y teológica, y la crítica histórica; sus obras son sin embargo importantes por las muchas citas que hace de escritos perdidos; las más conocidas son *Ancoratus* y *Panarion*, que contienen información abundante sobre las herejías contemporáneas; pero se conservan otras más, entre ellas tres muy breves contra el culto a las imágenes y que fueron usadas más adelante por los iconoclastas.

Eusebio de Cesaréa

Eusebio de Cesarea vivió bajo la persecución de Diocleciano, asistió a los cambios que trajeron la paz a la Iglesia, y se encontró enseguida en el centro de la controversia arriana.

Nació probablemente en Cesarea de Palestina, hacia el 263. Fue discípulo de Pánfilo de Cesarea y, a través de él, de Orígenes, y conservó siempre una gran veneración por ambos. Cesarea era entonces un centro importante del saber, por obra de Orígenes, y la biblioteca que éste había fundado era extremadamente rica. El año 313, Eusebio comienza a ser obispo de Cesarea.

Cuando estalló la gran crisis arriana, no parece que Eusebio se diera cuenta de la gravedad del problema. Al principio defendió a Arrio; luego se pronunció por la divinidad del Hijo, pero se opuso al empleo del término *homousios*, pues le parecía que llevaba al modalismo, e insistía en que esa divinidad del Hijo se debe formular con expresiones bíblicas, y no con términos filosóficos; al final acabó firmando las actas del concilio de Nicea, aunque protestando interiormente.

Poco después, en la reorganización del partido pro arriano que siguió casi enseguida de la terminación del concilio, se alió abiertamente con Eusebio de Nicomedia, el obispo de la corte que acaudillaba ahora esta facción. Tuvo una actuación destacada en el sínodo de Antioquía (330) que substituyó al obispo de esta ciudad por uno arriano, y en el sínodo de Tiro (335), que excomulgó a San Atanasio. También escribió dos tratados contra el obispo Marcelo de Ancira, niceno, que fue depuesto poco después. Eusebio murió el año 339.

Era grande su admiración por Constantino, el emperador cristiano que había acabado de una vez no sólo con la última y más violenta de las persecuciones, sino con la precariedad de los períodos de paz; a cambio recibió de Constantino un trato de favor. Eusebio fue su principal consejero en materias teológicas, y no hay que excluir que inspirara más de una de las medidas tomadas por el emperador contra los obispos nicenos.

Sin embargo, su posición doctrinal se suele definir como semiarriana pues, aunque se oponía a la terminología de Nicea, defendía que el Hijo era Dios.

Eusebio de Cesarea no es un pensador profundo, y su estilo no es elegante ni diáfano. En cambio su erudición era inmensa, y notable su espíritu de investigador. Entre los padres griegos, sólo Orígenes le supera en la amplitud de sus conocimientos, tanto sagrados como profanos. Por eso, mientras sus obras de controversia tienen

en general un valor relativo a causa de esta misma falta de profundidad, sus obras de historia son una mina de información; a algunos autores cristianos y a sus obras los conocemos sólo a través de él, pues a menudo cita textualmente largos párrafos de sus escritos. De manera que Eusebio se considera como el fundador de la Historia de la Iglesia y, podríamos también añadir, de la Patrología. Son esas *obras históricas* las que le han dado su merecida fama.

La primera que escribió, en los alrededores del 303, es la *Crónica*; se conserva en una traducción armenia del siglo vi que a su vez se basa en una revisión hecha por el mismo Eusebio. Es un resumen de la historia de la humanidad, desde los principios conocidos, en la que sigue a una serie de autores clásicos; su segunda parte está formada por unos cuadros sincrónicos contruidos a partir de Abraham. Con ella pretendía demostrar que la religión judía, de la que la cristiana es continuación, es la más antigua de todas. El sentido crítico de Eusebio es bueno, y esta obra constituye una de las fuentes en que más se ha podido apoyar la investigación histórica moderna.

La *Historia eclesiástica* cubre desde los principios hasta el año 324. Es sobre todo una colección muy valiosa de hechos y documentos de la vida de la Iglesia, recogidos también con un notable sentido crítico. Su intención es apologética, pues se propone presentar las listas de obispos de las sedes principales, los testigos de la tradición y los herejes, los castigos de Dios a los judíos, las persecuciones de los cristianos y los martirios, seguidos de la victoria final de la Iglesia. Tuvo un gran éxito y fue muy copiada y conocida, tanto en Oriente como en Occidente. Es una de las fuentes mejores que tenemos para conocer la antigüedad cristiana.

Los mártires de Palestina describe la persecución del año 303 al 311, y los hechos que narra son bien conocidos del autor, contemporáneo de ellos.

Eusebio escribió también *panegíricos* de Constantino, al que ya hemos dicho que apreciaba y admiraba. La *Vida de Constantino* es un escrito encomiástico, dentro de un género literario muy común entonces, dedicado a la memoria del emperador; la *Alabanza de Constantino* fue escrita en el 30 aniversario de Constantino como emperador (335). Ambos contienen datos históricos de interés.

Nuestro autor es uno de los últimos que escribe *apologías* en las que aprovecha las ideas de los apologistas anteriores y añade otras muchas suyas. Son las que siguen. La *Introducción general*, en parte perdida. La *Preparación evangélica* y la *Demostración evangélica*, dos partes de una sola obra, la primera de las cuales se conserva en su totalidad y la segunda parcialmente; la primera de ellas trata de

denunciar los errores de las religiones paganas para probar la superioridad de la religión judía; la segunda trata de mostrar cómo y en qué sentido la religión cristiana es continuación de la judía; ambas están escritas con la mirada puesta en las críticas de Porfirio, contra el que Eusebio había escrito un libro que se ha perdido. Finalmente la *Teofanía*, conservada en una traducción siríaca, es la última de las que compuso, y expone la manifestación de Dios a través de la encarnación del Verbo. A estas obras apologéticas se podría añadir aún otra, muy breve y que se conserva, *Contra Hierocles*, el gobernador de Bitinia.

En el terreno de las *Sagradas Escrituras* y de la *exégesis*, Eusebio continuó con la labor de restitución del texto bíblico que había iniciado Orígenes; compuso una tabla para localizar fácilmente los pasajes comunes de los cuatro evangelios (*cánones eusebianos*); preparó un diccionario geográfico de los lugares nombrados en la Biblia (*Onomasticón*) que se conserva, y que era una parte de una obra más completa de geografía bíblica. También tiene algunas obras de exégesis (de los Salmos, de Isaías) y tratados destinados a esclarecer algunos puntos oscuros (preguntas y respuestas sobre los evangelios, la poligamia de los patriarcas, la Pascua).

Las *obras dogmáticas* de las que tenemos noticia son: la *Defensa de Orígenes*, escrita en colaboración con su maestro Pánfilo y de la que nos ha llegado sólo una pequeña parte. *Contra Marcelo*, que se conserva, en la que defiende su postura antinicena y rechaza los ataques del obispo niceno Marcelo de Ancira. *Sobre la teología eclesiástica*, que también se conserva, y en la que sigue refutando a Marcelo de Ancira, al mismo tiempo que muestra algunas tendencias origenistas.

De sus *cartas*, que sin duda eran muy numerosas, sólo tres nos han llegado completas.

Evágrio Pôntico

Nascido por volta de 345, em Ibora, uma pequena cidade na costa do Mar Negro; morreu em 399. É considerado um dos mais importantes escritores ascéticos do quarto século. Instruído por São Gregório Nazianzeno, foi ordenado leitor por São Basílio Magno e diácono por São Gregório de Nissa (380), que acompanhou ao Segundo Concílio de Constantinopla (381). De acordo com Palladius, cujo relato difere do de Sócrates e Sozomen, Evágrio manteve-se por um tempo como Arcediano em Constantinopla, quando Nectarius era patriarca (381-397). Deixando sua cidade por conta de seus riscos espirituais, ele foi primeiro a Jerusalém e posteriormente para o Deserto de Nitrian, onde começou uma vida de eremita sob orientação de Macário, o jovem (383). Ele recusou firmemente uma oferta de bispado oferecida por Teófilo de Alexandria. Tornou-se muito célebre por sua vida ascética e seus escritos, apesar de que São Jerônimo (por exemplo, na Ep. 133 e em Ctesiphontem, n. 3) o acusa de erros origenistas e o chama precursor de Pelágio. Os Sexto, Sétimo e Oitavo Concílios condenaram Evágrio junto com Orígenes. Rufino e Genádio traduziram as obras de Evágrio para o Latim; algumas delas foram perdidas ou até hoje não foram descobertas (P.L., XL).

As melhores coleções de suas obras são editadas pela Bigot (Paris, 1680); Gallandi, "Biblioth. Vet. Patr.", VII, 551-581; Migne, "P.G.", XL; vide também Elter, "Gnomica" (Leipzig, 1892); Zöcker, "Evagrius Pontikus" (Munique, 1893). Podemos citar aqui: "Monachus seu de vita activa"; "Rerum monachalium rationes earumque juxta quietem adpositio"; "De octo vitiosis cogitationibus".

Fonte: <http://www.newadvent.org/cathen/05640a.htm>

Fausto de Riez

San Fausto de Riez, que murió entre 490 y 500. Era de origen bretón, había sido abad de Leríns y luego obispo de Riez, en Provenza. Combatió el arrianismo y el macedonianismo, por lo que el rey visigodo Eurico le condenó al destierro, donde pasó ocho años; junto con Casiano defendió el semipelagianismo. A estos temas corresponden sus obras: tres libros *Sobre el Espíritu Santo* y otros dos *Sobre la gracia de Dios*; de él tenemos también algunas *cartas y sermones*.

Firmiliano de Cesaréia

Firmiliano de Cesarea (de Capadocia), de donde fue obispo, murió hacia el 268, y era también discípulo de Orígenes; sólo se conserva de él una carta dirigida a San Cipriano, en la que se declara en su favor en la disputa sobre el valor del bautismo conferido por los herejes.

Frutoso de Braga

San Fructuoso de Braga murió hacia el 665. Su padre era hombre importante en la corte, con grandes posesiones en la comarca del Bierzo; fue allí donde Fructuoso se dedicó a la vida monástica y fundó diversos monasterios, hasta que fue elegido por el rey para regir primero el monasterio de Dumio y luego la sede de Braga. Sus obras fundamentales son la *Regla de los monjes* y la *Regla común*, que completa la anterior; se le atribuye también el *Pacto*, fórmula de profesión religiosa que suele acompañar los manuscritos de la Regla común y según la cual el monje se compromete a obedecer al abad y a sus reglas, pero retiene el derecho de protestar contra los posibles abusos. Sólo se conserva una de sus *cartas*.

Fulgêncio de Ruspe

San Fulgencio de Ruspe nació en Telepte, Numidia (norte de África) en el año 468. Terminados sus estudios fue elegido procurador de la ciudad, pero renunció pronto al cargo, porque la lectura de una página de San Agustín le decidió a abrazar la vida monástica.

La furia de los arrianos le obligó a dejar el monasterio que había fundado y gobernado con ejemplar solicitud, y partió hacia Sicilia con intención de buscar la soledad en Egipto. Mas cuando el Obispo de Siracusa le puso al corriente de los daños que causaba el monofisismo por medio de los monjes egipcios, regresó a su patria, tras una visita a Roma. Allí fundó un nuevo monasterio, del que fue abad. Y ordenado sacerdote en el año 508, ocupó la sede episcopal de Raspe, una pequeña ciudad marítima.

Exiliado con otros sesenta obispos por los invasores vándalos, se refugió en Cerdeña, donde vino a ser el alma y el modelo de aquel grupo de fugitivos. El rey vándalo lo llamó a Cartago para participar en unas discusiones teológicas, pero su celo y su sabiduría alarmaron a los arrianos, que obtuvieron sin dificultad su nueva deportación a Cerdeña.

Restaurada la paz en África con el advenimiento del rey Hilderico, los obispos pudieron regresar a sus diócesis en el 523. A Fulgencio le quedaban aún diez años de fructuosa labor al frente de su grey, hasta que el 1 de enero del 533 lo llamó el Señor.

Escribió numerosas obras, sobre los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación, sobre la gracia y la predestinación, defendiendo la doctrina católica contra los errores, siguiendo a San Agustín. Su obra *Sobre la fe*, a Pedro (o *Regla de la verdadera fe*), resume magistralmente toda la teología cristiana.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_fulgencio_de_ruspe.htm

Germano de Constantinopla

Nació en Constantinopla o en sus inmediaciones, en una fecha incierta entre el año 634 y el 654. Hacia el 705 fue nombrado obispo de Cícico, metrópoli de la provincia eclesiástica del Helesponto. En el 715 fue nombrado Patriarca de Constantinopla, donde permaneció hasta el 729. Durante la crisis iconoclasta se opuso a la política de León III el Isáurico. El emperador intentó obligar a Germán a firmar un decreto contra el culto de las imágenes. Pero el anciano patriarca, repitiendo las razones que anteriormente había expuesto y su profesión de fe, se negó a obedecer las órdenes imperiales. Luego, despojándose de las insignias de su dignidad patriarcal, pronunció una frase que estaba destinada a gozar de fama imperecedera en la tradición oriental: «si yo soy Jonás, arrójame al mar; pero sin un concilio ecuménico, oh soberano mío, no me es posible establecer una nueva doctrina». Presionado fuertemente por el emperador renunció a su sede y se recluyó en Platanión, donde transcurrieron los últimos años de su vida. Murió en el año 733, siendo casi centenario.

El conocimiento actual de la producción literaria de San Germán permite afirmar que abarca casi todos los campos de la literatura religiosa: teológico, histórico, litúrgico, homilético y epistolar. Entre sus homilías destacan las siete que predicó con ocasión de las principales fiestas de la Santísima Virgen. Los sermones rebosan de la sublimidad y la grandeza del mundo divino. Sin embargo, a pesar de su perfección y de su extrema superioridad, el Cielo no se encuentra distante de la tierra: Dios, a través de María, se abaja hasta el hombre para atraerlo a sí. Por eso, se comprende bien que el punto central de la teología mariana de San Germán sea la Maternidad divina de la Santísima Virgen. En estrecha relación con él, aparecen las demás prerrogativas, entre las cuales las más importantes son la inmunidad de María frente al pecado original, su Asunción al Cielo y su misión de Medianera de la gracia.

Gildas da Bretanha

San Gildas (c. 496 o de 516 - c. de 570) fue un miembro destacado de la iglesia celto-cristiana en Britania cuyo renombrado conocimiento y estilo literario le hicieron ganarse la designación de Gildas Sapiens -"Gildas el Sabio"- . Fue ordenado sacerdote y en sus escritos muestra su preferencia por el ideal monástico. Fragmentos de cartas escritas por él nos revelan que creó una Regla para la vida monástica, que era más austera que la Regla escrita por su contemporáneo San David, y que establecía las oportunas penitencias por su incumplimiento.

Vida

Existen dos textos que nos hablan sobre su vida: el primero fue escrito por un monje de Rhuy en Bretaña, probablemente en siglo IX; el segundo, escrito por Caradoc de Llancarfan, contemporáneo y amigo de Godofredo de Monmouth, creado en la mitad del siglo XII. Caradoc no menciona ninguna relación con Bretaña. Por consiguiente, muchos estudiosos han considerado que los dos Gildas son personajes distintos. Sin embargo, en otros detalles, los dos textos se complementan.

El texto de Rhuy

Este texto, realizado por un escriba anónimo, señala que Gildas era hijo de Caunus -*Caw*, en inglés- y que nació en el distrito de Arecluta -*Alt Clut* o *Strathclyde*-. Fue entregado al cuidado de San Hildutus -*Illtud*, en inglés-, junto con Samson y Pablo, para ser educado. Más tarde se marcharía a Iren -Irlanda- para continuar sus estudios. Ya como sacerdote, viajaría a Britania Norte a predicar a los no conversos. Santa Brígida, fallecida en 524, le pidió un símbolo y Gildas construyó una campana que le envió. Ainmericus, Rey de toda Irlanda, -*Aimmere*, en inglés-, pidió a Gildas que restableciera el poder de la iglesia, lo cual él hizo. Fue a Roma y después a Rávena. Se estableció en la isla de Rhuy, donde llevó una vida solitaria. Más tarde, construiría un monasterio allí. También construyó un oratorio en la orilla del río Blavet. Diez años después de su salida de Britania, escribió un libro de género epistolar, en el cual criticaba a cinco de los reyes britanos. Murió el 29 de enero y, su cuerpo, de acuerdo con sus deseos, fue colocado en un bote y dejado a la deriva. Tres meses más tarde, el 11 de mayo, habitantes de Rhuy encontraron su bote en un arroyo con su cuerpo aún intacto. Lo llevaron a Rhuy y lo enterraron allí.

El texto de Llancarfan

Influido por Godofredo de Monmouth y su estilo normando, Caradoc de Llancarfan hace una descripción de la vida de Gildas un tanto distinta. Según él, Gildas fue educado en la Galia, se retiró a una vida de ermitaño cerca de Glastonbury, siendo enterrado en la abadía de esta localidad. Algunos expertos que han estudiado el texto, sospechan que esto último puede ser un fragmento para dar publicidad a Glastonbury.

Caradoc nos cuenta una historia de cómo Gildas interviene entre el Rey Arturo y un tal Rey Melwas del “País del Verano”, quien había raptado a Ginebra llevándola a un baluarte en Glastonbury. Pronto llegaría Arturo para asediarse. Gildas logra convencer a Melwas para que libere a Ginebra y los dos reyes firman la paz. Caradoc también relata cómo el hermano de Gildas, Huail ap Caw, se subleva contra Arturo, no reconociéndole como su señor. Arturo persigue a Huail y lo asesina. En ese momento, Gildas estaba predicando en Armagh y sufrió mucho por la noticia.

Otras tradiciones

En Gales Norte, existe una fuerte tradición que coloca la decapitación de Huail, el hermano de Gildas, en Ruthin, al norte de Gales, donde se cree que está la verdadera piedra de la ejecución, en la plaza del pueblo. Otro hermano de Gildas, Celyn ap Caw, tenía su base en Garth Celyn en la costa norte de Gwynedd.

A Gildas se le atribuye un himno llamado “Lorica”, una oración para liberarse del demonio, la cual tiene interesantes muestras de Hiberno-Latín. Se le atribuye además el proverbio “Mab y Gaw” que se encuentra en el “Libro Rojo de Talgarth” -manuscrito 27 Llanstephan-.

En otra fuente histórica, Bonedd y Saint, se indica que Gildas tuvo tres hijos y una hija. Gwynnog ap Gildas y Noethon ap Gildas son nombrados al principio de esta fuente, junto con su hermana Dolgar. Otro hijo, llamado Tydech, es nombrado más adelante. Iolo Morganwg, poeta, coleccionista, antiquario y falsificador del siglo XIX, y cuyas fuentes son poco fiables, añade a la lista al santo Cenydd.

Por otra parte, el experto en el mundo celta y medievalista británico David Durnville, sugiere que Gildas fue el maestro de Vennianus de Findbarr que, a su vez, lo fue de San Columba de

Iona.

De Excidio Britanniae

“De Excidio Britanniae” o “Sobre la Ruina de Britania”, es un sermón que consta de tres partes en el cual Gildas condena los actos de sus contemporáneos, tanto laicos como religiosos. En la primera parte, Gildas narra, de forma breve, la historia de la Britania Romana, desde su conquista hasta los tiempos en los que él vive:

Respecto a su obstinación, sometimiento y rebelión, sobre su segundo sometimiento y su dura servidumbre; respecto a la religión, de acoso, los santos mártires, muchas herejías, de tiranos, de dos razas saqueadoras, respecto a la defensa y la posterior devastación, de una segunda venganza y una tercera devastación, respecto al hambre, de la carta a Agitio -normalmente identificado con el patricio Aecio-, de victoria, de crímenes, de enemigos declarados de repente, una plaga memorable, un consejo, un enemigo más salvaje que el primero, la subversión de las ciudades, respecto a aquellos que sobrevivieron, y respecto a la victoria final de nuestro país garantizada por la voluntad de Dios.

En la segunda parte, que comienza con la aseveración: “Britania tiene reyes que, sin embargo, son tiranos; tiene jueces que, sin embargo, son todos impíos”. Gildas narra la vida y acciones de cinco gobernantes contemporáneos: Constantino de Dumnonia; Aurelio Canino; Vortiporio de Demetae -ahora conocido como Dyfed-; Cuneglasus, al parecer de “La Casa del Oso” -puede ser la “Fortaleza del Oso”, Dinarth, en Llandrillo-yn-Rhôs, cerca de Llandudno, al norte de Gales-; finalmente, Maglocunus o Maelgwn. Sin excepción, los describe como crueles, codiciosos y que viven en pecado.

La tercera parte comienza con las palabras: “Britania tiene predicadores, siendo todos mentirosos; numerosos pastores, siendo unos desvergonzados; clérigos que son todos astutos saqueadores”. Gildas continúa con su “Jeremiad” contra el clero de su época, pero no usa nombres en esta parte y, por lo tanto, no arroja mucha luz sobre la historia de la iglesia cristiana de esta época.

La visión que se presenta en este trabajo sobre una tierra devastada por invasores saqueadores y el desgobierno de funcionarios corruptos, ha sido ampliamente aceptada por los expertos durante siglos, debido a que en ella no sólo cupo la idea aceptada de la invasión, bárbaros que acabaron con la civilización romana dentro

de los límites del antiguo imperio, sino porque también explica la difícil cuestión de por qué la antigua Britania fue una de las pocas partes del Imperio Romano que no adquirió una *Lengua Romance* como hicieron Francia y España. Sin embargo, hay que recordar que la intención de Gildas es la de predicar a sus contemporáneos a la manera de un profeta del Antiguo Testamento, y no la de dejar constancia de hechos históricos: si bien Gildas hace una de las primeras descripciones del Muro de Adriano, omite los detalles allí donde no contribuyen a su mensaje. No obstante, “De Excidio Britanniae” se trata de uno de los trabajos más importantes no sólo sobre la Edad Media sino de la Historia de Inglaterra, ya que es uno de los pocos trabajos escritos en la antigua provincia romana que ha logrado llegar hasta nuestra época.

En “De Excidio Britanniae”, Gildas menciona que el año de su nacimiento fue el mismo en el que tuvo lugar la Batalla del Monte Badon, cerca del año 500. Los Annales Cambriae indican que su muerte fue en el año 570, mientras que los Anales de Tigernach, dicen que fue en el 569.

Legado en el periodo anglosajón

Tras la conquista de Britania descrita en De Excidio, Gildas fue un importante modelo para escritores anglosajones, escribiesen en Latín o en Inglés. La *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* de Beda, está basada en gran parte en el trabajo de Gildas por sus anotaciones acerca de las invasiones anglosajonas, y desarrolla la tesis de Gildas acerca de la pérdida del favor divino por parte de los britones, para sugerir que dicho favor había pasado a los, por entonces, ya cristianizados anglosajones.

En el periodo posterior a Beda, los escritos de Gildas proveyeron el más importante modelo para el tratamiento que hizo Alcuino de York sobre las invasiones vikingas, y en particular sus cartas sobre el saqueo de Lindisfarne en el 793. La acción de invocar a Gildas como ejemplo histórico, sugiere la idea de una reforma moral y religiosa como remedio a las invasiones. De igual manera, Wulfstan de York se basó en Gildas a la hora de realizar sus sermones.

Fonte: <http://es.wikipedia.org/wiki/Gildas>

Gregório de Nissa

Uno de los más instruidos de los Padres griegos, y uno de los más interesantes desde el punto de vista filosófico, fue el hermano de san Basilio, san Gregorio de Nisa, que había nacido en Cesarea (de Capadocia, no de Palestina) alrededor del año 335, y después de haber sido maestro de Retórica, fue elegido obispo de Nisa, y murió hacia el año 395.

Gregorio de Nisa advirtió claramente que los datos de la revelación son aceptados por fe, y no resultado de un proceso lógico de razonamiento; que los misterios de la fe no son conclusiones filosóficas y científicas: si lo fueran, entonces la fe sobrenatural, propia de los cristianos, y el filosofar de los griegos serían indistinguibles. Por otra parte, la fe tiene una base racional, en cuanto, lógicamente hablando, la aceptación de los misterios en nombre de la autoridad presupone la averiguabilidad, mediante el razonamiento natural, de ciertas verdades preliminares, especialmente la existencia de Dios que son susceptibles de demostración filosófica. En consecuencia, aunque la superioridad de la fe debe ser mantenida, es perfectamente razonable invocar la ayuda de la filosofía. La ética, la filosofía natural, la lógica, la matemática, no son solamente adornos para el templo de la verdad, sino que pueden también contribuir a la vida de sabiduría y virtud: no han de ser, pues, despreciadas ni rechazadas [1], aunque la divina revelación debe aceptarse como piedra de toque y criterio de verdad, ya que el razonamiento humano [2] debe ser juzgado por la palabra de Dios, y no la palabra de Dios por el razonamiento humano. Es correcto emplear la especulación humana y el razonamiento humano a propósito del dogma; pero las conclusiones no serán válidas a menos que estén de acuerdo con las Escrituras [3].

El orden cósmico prueba la existencia de Dios, y a partir de la necesaria perfección de Dios podemos inferir su unicidad, que hay un solo Dios. Gregorio va más lejos e intenta dar razones para la Trinidad de personas en la Divinidad una [4]. Por ejemplo, Dios debe tener un Logos, una palabra, una razón. No puede ser menos que el hombre, que también tiene una razón, una palabra. Pero el Logos divino no puede ser algo de duración efímera, debe ser eterno, así como debe ser viviente. La palabra interior del hombre es un accidente efímero, pero en Dios no puede haber una cosa semejante: el Logos es uno en naturaleza con el Padre, porque no hay sino un solo Dios; la distinción entre el Logos y el Padre, la Palabra y el Hablante, es una distinción de relación. No nos interesa entrar ahora aquí en la doctrina trinitaria, como tal, de san Gregorio, pero el hecho de que éste intente, en algún sentido, «probar» la doctrina, es interesante, puesto que ofrece un precedente para los posteriores intentos de san Anselmo y de

Ricardo de San Víctor para deducir la Trinidad, para probarla *rationibus necessariis*.

No obstante, es evidente que la intención de san Gregorio, como la de san Anselmo, era hacer más inteligible el misterio, mediante la aplicación de la dialéctica, pero no «racionalizarlo», en el sentido de apartarse de la ortodoxia dogmática. De un modo semejante, su teoría de que la palabra «hombre» es primariamente aplicable al universal, y sólo secundariamente al individuo-hombre, fue un intento de hacer más inteligible el misterio, como una ilustración de que la palabra «Dios» se refiere primariamente a la esencia divina, que es una, y sólo secundariamente a las personas divinas, que son tres, de modo que no es justo acusar a los cristianos de triteísmo. Pero, aunque la ilustración fuese introducida para refutar la acusación de triteísmo y hacer más inteligible el misterio, fue una ilustración poco afortunada, puesto que implicaba una opinión hiperrealista sobre los universales.

El platonismo de san Gregorio a propósito de los universales se manifiesta más claramente en su *De hominis opificio*, donde distingue el hombre celestial, el hombre ideal, o universal, del hombre terrenal, el que es objeto de experiencia. El primero, el hombre ideal, o, más bien, el ser humano ideal, existe solamente en la idea divina, y no tiene determinación sexual, no es ni macho ni hembra; el segundo, el ser humano de la experiencia, es una expresión del ideal, y está sexualmente determinado, además de «escindido», o parcialmente expresado en muchos individuos singulares.

Así, según Gregorio, las criaturas individuales proceden por creación, no por emanación, de la idea en el Logos divino. Esa teoría se remonta claramente al neoplatonismo y al filonismo, y fue adoptada por el primer filósofo sobresaliente de la Edad Media, Juan Escoto Eriúgena, que estuvo muy influido por los escritos de Gregorio de Nisa. Debe recordarse, sin embargo, que Gregorio no pretendió nunca que hubiera habido un hombre ideal histórico, sexualmente indeterminado; la idea divina de hombre sólo será realizada escatológicamente, cuando (según las palabras de san Pablo, en su interpretación por Gregorio) el hombre no sea macho ni hembra, puesto que en el cielo no habrá matrimonio. Dios creó el mundo por su abundancia de bondad y amor, para que pudiese haber criaturas que participasen de la divina bondad; pero, aunque Dios es bondad y creó el mundo por esa su bondad, no creó el mundo por necesidad, sino libremente. Dios ha dado al hombre una participación en esa libertad, y la respeta, permitiendo al hombre que elija el mal si así lo quiere. El mal resulta del libre albedrío del hombre, Dios no es responsable. Es verdad que Dios previó el mal, y que lo permite, pero, a pesar de esa presciencia, Dios creó al hombre porque sabía también que finalmente conduciría

de nuevo a todos los hombres hacia Sí mismo. Gregorio aceptó así la teoría origenista de la «restauración de todas las cosas»: todos los seres humanos, incluso Satanás y los ángeles caídos regresarán finalmente a Dios, al menos mediante los sufrimientos purificadores del más allá. En cierto sentido, pues, todo ser humano retornará al fin al Ideal y estará contenido en éste, aunque Gregorio aceptó la inmortalidad individual. Esa noción del retorno de todas las cosas a Dios, al Principio del cual provienen, y de la consecución de un estado en el que Dios es «todo en todo», fue también tomada por Juan Escoto Eriúgena de san Gregorio, y al interpretar el lenguaje algo ambiguo de Juan Escoto debe al menos recordarse el pensamiento de san Gregorio, aun admitiendo la posibilidad de que Escoto haya asignado un significado diferente a palabras similares. Pero, aunque san Gregorio de Nisa compartiera la teoría origeniana de la restauración de todas las cosas, no comparte con Orígenes la aceptación de la noción platónica de preexistencia, y en el *De hominis opificio*, [5] dice que el autor del *De principiis* se dejó extraviar por teorías griegas. El alma, que no está confinada a una determinada parte del cuerpo [7], es «una esencia creada (οὐσία γεννητή), una esencia viviente, intelectual, con un cuerpo orgánico y sensitivo, una esencia que tiene el valor de dar vida y de percibir objetos sensibles, mientras duran sus instrumentos corpóreos» [8] . Como simple y sin composición (ἀπλῆν καὶ ἀσύνθετον), el alma tiene el poder de sobrevivir al cuerpo , con el cual, sin embargo, se reunirá finalmente. El alma es, pues, espiritual e incorpórea; pero ¿en qué difiere del cuerpo?; pues el cuerpo, es decir, un objeto material concreto, se compone, según Gregorio, de cualidades que en sí mismas son incorpóreas. En el *De hominis opificio* dice que la unión de cualidades como color, solidez, cantidad, peso, da como resultado el cuerpo, mientras que su disolución significa la muerte del cuerpo. En el capítulo anterior ha propuesto un dilema: o las cosas materiales proceden de Dios, en cuyo caso Dios, como fuente de ellas, debería contener en Sí mismo materia, ser material, o bien, si Dios no es material, entonces las cosas materiales no proceden de Él, y la materia es eterna. Gregorio, sin embargo, rechaza tanto la materialidad de Dios como el dualismo, y la conclusión natural de ello debía ser que las cualidades de que están compuestas las cosas corpóreas no son materiales. Es verdad que, al afirmar la creación ex nihilo, Gregorio afirma que no podemos comprender cómo Dios crea las cualidades a partir de la nada; pero es razonable suponer que a sus ojos las cualidades que forman los cuerpos no son a su vez cuerpos: en realidad no podrían serlo, puesto que no hay cuerpo concreto excepto en y a través de su unión. Puede presumirse que Gregorio fue influido por la doctrina platónica de las cualidades, expuesta en el *Timeo*. Pues bien , ¿cómo, entonces, no son espirituales? Y, si son espirituales, ¿cómo es que el alma difiere esencialmente del cuerpo? La respuesta debía ser sin duda que, aunque las cualidades se unen para formar el cuerpo y,

consideradas en su abstracción, no pueden ser llamadas «cuerpos», tienen sin embargo una relación esencial a la materia, puesto que su función es formar materia. Una dificultad análoga reaparece en relación con la doctrina aristotélico-tomista de la «materia» y la «forma». La «materia prima» no es en sí misma un cuerpo, sino uno de los principios del cuerpo; entonces, si se la considera en sí misma, ¿cómo difiere de lo inmaterial y espiritual? La filosofía tomista contesta que la materia prima nunca existe a solas por sí misma, y que tiene una exigencia de cantidad, una ordenación esencial a un cuerpo concreto, y puede presumirse que Gregorio de Nisa opinara parecidamente a propósito de sus cualidades primarias. Podemos advertir, de paso, que pueden suscitarse dificultades similares en relación con ciertas teorías modernas a propósito de la constitución de la materia. Puede suponerse razonablemente que si Platón viviese hoy saludaría con alegría esas teorías, y no es improbable que Gregorio de Nisa siguiera su ejemplo. Resulta claro, por lo dicho, que Gregorio de Nisa estuvo muy influido por el platonismo, el neoplatonismo y los escritos de Filón (habla, por ejemplo, de la ὁμοίωσις θεῶν como finalidad del hombre, de la «huida del solitario», de la «Justicia en sí misma», del eros, y de la ascensión hacia la Belleza ideal); pero debe subrayarse que, aunque Gregorio indudablemente hiciese uso de temas y expresiones plotinianas, como también, en menor medida, de otras de Filón, no las entendió siempre, en modo alguno, en sentido plotiniano o filoniano. Al contrario, utilizó expresiones de Plotino o de Platón para exponer y formular doctrinas cristianas. Por ejemplo, la «semejanza a Dios» es obra de la gracia, un desarrollo bajo la acción de Dios, con la libre cooperación del hombre, de la imagen o εἰκὼν de Dios impresa en el alma por el bautismo. Igualmente, la «Justicia-en-sí» no es una virtud abstracta, ni siquiera una idea en el Nous; es el Logos instalado en el alma, efecto de cuya habitación es la virtud participada. Ese Logos, además, no es el Nous de Plotino, ni el Logos de Filón; es la segunda persona de la Santísima Trinidad, y entre Dios y las criaturas no hay ninguna procesión intermediaria de hipóstasis subordinadas.

Finalmente, es digno de nota que san Gregorio de Nisa fue el primer verdadero fundador de la teología mística sistemática. También en ese campo utilizó temas plotinianos y filonianos, pero los empleó en sentido cristiano y en una estructura de pensamiento cristocéntrica. Naturalmente hablando, la mente del hombre está adaptada para conocer objetos sensibles, y al contemplar esos objetos la mente puede llegar a conocer de Dios y sus atributos («teología simbólica», que es en parte equivalente a la teología natural en sentido moderno). Por otra parte, aunque el hombre tiene por naturaleza como su objeto de conocimiento propio las cosas sensibles, esas cosas no son plenamente reales, son espejismos e ilusión, excepto como símbolos o manifestaciones de

la realidad inmaterial, aquella realidad hacia la que el hombre es atraído espiritualmente. La tensión producida en el alma como consecuencia, conduce a un estado de ἀνελπιστία «desespero», que es el nacimiento del misticismo, puesto que el alma, atraída por Dios, abandona su objeto natural de conocimiento, sin ser sin embargo capaz de ver al Dios al que se siente atraída por el amor; entra entonces en las tinieblas, a las que el tratado medieval llama «la Nube del No-saber». (A ese estadio corresponde la «teología negativa», que tanta influencia tuvo en el Pseudo-Dionisio.) En el progreso del alma hay dos movimientos, el de interiorización del Dios uno y trino y el de la salida del alma fuera de sí misma, que culmina en el «éxtasis». Orígenes había interpretado intelectualmente el éxtasis filoniano, porque cualquier otra forma de éxtasis resultaba entonces sospechosa a causa de las extravagancias montanistas; pero Gregorio puso el éxtasis en la cúspide del esfuerzo del alma, y lo interpretó en primer y principal lugar como amor extático. La «oscuridad» que envuelve a Dios se debe primordialmente a la completa trascendencia de la esencia divina, y Gregorio saca la conclusión de que incluso en el cielo el alma está siempre pugnando por progresar, impulsada por el amor, para penetrar más profundamente en Dios. Un estado estático significaría saciedad o muerte: la vida espiritual exige progreso constante, y la naturaleza de la trascendencia divina impone el mismo progreso, puesto que la mente humana nunca puede comprender a Dios. En cierto sentido, pues, la «oscuridad divina» persiste siempre, y es cierto que san Gregorio dio prioridad a ese conocimiento en la oscuridad sobre el conocimiento intelectual, no porque despreciase el entendimiento humano, sino porque reconocía la trascendencia de Dios. El esquema gregoriano de la ascensión del alma tiene cierto parecido con el de Plotino; pero, al mismo tiempo, es enteramente cristocéntrico. El progreso del alma es obra del Logos divino, Cristo. Además, su ideal no es el de una unión solitaria con Dios, sino más bien una realización del Pleroma de Cristo; los progresos de un alma aportan gracia y bendición para otras, y la habitación de Dios en el individuo afecta a todo el cuerpo. El misticismo de Gregorio es también de carácter completamente sacramental: el εἰκόνας restaurado por el bautismo, la unión con Dios es fomentada por la eucaristía. Por último, los escritos de san Gregorio de Nisa son no solamente la fuente de la que el Pseudo-Dionisio y los místicos, hasta san Juan de la Cruz, recibieron, directa o indirectamente, gran parte de su inspiración, sino también la fuente de aquellos sistemas filosóficos cristianos que siguen el progreso del alma a través de diferentes estados de conocimiento y amor, hasta la vida mística y la visión beatífica. Si un escritor puramente espiritual como san Juan de la Cruz se encuentra en la línea que se remonta hasta san Gregorio, también está en ésta el filósofo san Buenaventura.

[1] De Vita Moysis, P. G., 44, 336 D. G.. 360 BC.

- [2] Ver De Anima et Resurrectione; P. G., 46, 49 C.
[3] Cf. Contra Eunom., P. G., 45, 341. B.
[4] Cf. Orado Catechetica, P. G., 45.
[5] P. G., 44, 229 y sig.
[6] De anima et res, P. G., 46, 29.
[7] Ibíd., 44.
[8] Cáp. 24.

FREDERICK COPLESTON



Para a história das idéias filosóficas, dentre os teólogos mencionados, interessa sobretudo Gregório de Nissa (331-394), que, juntamente com seu irmão Basílio (331-379) e Gregório Nazianzeno (330-390), retomou de seus antecessores a herança grega com mais consistência e consciência. A esse propósito, escreve Werner Jaeger:

“Orígenes e Clemente haviam-se movido por esse caminho de altas reflexões, mas agora era preciso muito mais. Certamente, Orígenes havia dado sua teologia à religião cristã no espírito da tradição filosófica grega, mas aquilo que os Padres da Capadócia visavam em seu pensamento era uma civilização cristã total. E levavam para essa empresa a contribuição de uma vasta cultura, que é evidente em cada parte de seus escritos. Apesar de suas convicções religiosas, que se opunham à religião grega que naquela época era solicitada por forças poderosas do Estado (basta pensar nas tomadas de posição do imperador Juliano), não mantiveram oculto seu alto apreço pela herança cultural da antiga Grécia. E assim encontramos uma linha clara de demarcação entre religião grega e cultura grega. Desse modo, sob nova forma e em nível diferente, eles reviveram aquela conexão, sem dúvida positiva e produtiva, entre cristianismo e helenismo, que já encontramos em Orígenes. Nesse caso, não é exagerado falar de uma espécie de neoclassicismo cristão, que é mais do que um fato puramente formal. Graças à sua obra, o cristianismo ergue-se agora como o herdeiro de tudo o que parecia digno de sobreviver na tradição grega. Com isso, ele não apenas se fortalece e reforça sua posição no mundo civil, com também salva e dá nova vida a um patrimônio cultural que, em grande parte, sobretudo nas escolas

retóricas da época, se havia tornado uma forma vazia e adulterada de uma tradição clássica já ossificada. Muito já se disse sobre os vários renascimentos que a cultura clássica, tanto grega como romana, experimentou ao longo da história, no Oriente e no Ocidente. *Mas pouca atenção se deu ao fato de que, no século IV, a época dos grandes Padres da Igreja, temos um verdadeiro renascimento*, que deu à literatura greco-romana algumas de suas maiores personalidades, que exerceram uma influência duradoura na história e na cultura, de sua época até nossos dias. E a diversidade do espírito grego em relação ao romano bem caracterizada pelo fato de que o Ocidente latino tem o seu Agostinho, ao passo que foi através dos Padres capadócijs que o Oriente grego produziu uma nova cultura.”

A tese de Jaeger (que nos deu uma importante edição crítica das obras de Gregório de Nissa) tem muito de verdadeiro, pois apresenta o mérito de reler os capadócijs sob nova e fecunda ótica. Entretanto, essa recuperação da cultura clássica redundou num aumento dos espaços da razão no interior da fé, sem qualquer redução à dimensão mundana. Gregório de Nissa é categórico:

“Usamos a Sagrada Escritura como norma e lei de toda doutrina.” A cultura profana é “estéril, porque, quando concebe, não leva o parto a cumprimento. [...] Mesmo que tais doutrinas nem sempre sejam de todo vãs e informes, o que acontece é que abortam antes de alcançar a luz do conhecimento de Deus.”

A filosofia grega é útil, mas só se oportunamente purificada:

“A filosofia moral e a filosofia política poderiam realmente favorecer uma autêntica vida espiritual, se conseguissem purificar seus dados doutrinários das deturpações dos erros profanos.”

O *Grande Discurso Catequético*, que constitui a obra de maior destaque de Gregório, representa a primeira síntese orgânica dos dogmas cristãos, amplamente fundamentada e muito bem construída. Por longo tempo ela permaneceu como modelo e obra de referência.

Entre os diversos temas tratados nas obras de Gregório de Nissa, apontamos três, de particular interesse filosófico e moral.

Platonicamente, ele distingue a realidade em mundo inteligível e mundo sensível e corpóreo. Mas, neoplatonicamente, o mundo sensível é quase esvaziado de sua materialidade, sendo concebido

como produto da qualidade e de forças incorpóreas, como se pode ler no *De opificio hominis*:

“Como não há corpo que não seja dotado de cor, forma, resistência, extensão, peso e outras qualidades restantes – cada qual não é corpo, sendo algo diferente do corpo, segundo o seu caráter particular –, assim, pelo contrário, onde quer que ocorram tais coisas se opera a existência do corpo. Mas, como a cognição dessas qualidades é inteligível e como a Divindade, por natureza, também é substância inteligível, *então não é inverossímil que, na natureza incorpórea, também possam existir esses princípios inteligíveis, pela gênese dos corpos, com a natureza inteligível fazendo brotar as forças espirituais e o encontro entre eles levando ao nascimento da natureza material.*”

Outra idéia de Gregório de Nissa sobre o homem também se destacou. Dizer que o homem é um “microcosmos”, como fizeram os filósofos gregos, significa dizer algo muito inadequado. O homem é muito mais. Eis as palavras precisas de Gregório, que podem ser lidas na Criação do homem:

“[os filósofos pagãos] imaginaram coisas mesquinhas e indignas da magnificência do homem, na tentativa de elevar o momento humano. Disseram, com efeito, que o homem é um microcosmos, composto pelos mesmos elementos do todo. E, com esse esplendor de nome, quiseram fazer o elogio da natureza, esquecendo-se de que, deste modo, tornavam o homem semelhante às características da mosca e do rato, pois, com efeito, também há neles a mistura dos elementos. [...] Que grandeza tem, portanto, o homem se o consideráramos figura e semelhança do cosmos? Deste céu que nos circunda, da terra que muda, de todas as coisas que nele estão contidas e que passam, com aquilo que os circunda. Mas em que consiste então, segundo a Igreja, a grandeza do homem? Não na semelhança com o cosmos, mas sim no ser imagem do Criador de nossa natureza.”

A alma e o corpo do homem são criados simultaneamente, a alma sobrevive e a ressurreição reconstitui a união. Gregório retoma de Orígenes a idéia de apocatástase, ou seja, a reconstituição de todas as coisas assim como era na origem: até os maus, depois de terem sofrido as penas purificadoras, retornarão ao estado original (todos se salvarão).

Por fim, encontramos em Gregório uma versão cristã da elevação a Deus neoplatônica, que se realiza pela remoção daquilo que nos divide de Deus:

“A divindade é pureza, libertação em relação às paixões e remoção de todo mal: se todas essas coisas estão em vós, então Deus está realmente em vós. Se o vosso pensamento está livre de todo mal, liberto das paixões, imune a toda impureza, então vós sís bem-aventurados, porque vedes claramente e porque, estando purificados, percebeis aquilo que é invisível para aqueles que não estão purificados. E, uma vez removida dos olhos de vossa alma a obscuridade carnal, vereis claramente a bem-aventurada visão.”

Teófilo de Antioquia já dizia : “Mostra-me o teu homem e eu te mostrarei o meu Deus.”

Aprofundando esse conceito, Gregório de Nissa leva-o à sua formulação perfeita com essa afirmação, que o marca do modo mais significativo:

“A medida pelo qual podeis conhecer a Deus está em vós memos.”

GIOVANNI REALE



Gregorio de Nisa no fue un extraordinario administrador y un legislador monástico como Basilio ni un predicador y poeta atrayente como Gregorio de Nacianzo. Pero como teólogo especulativo y místico fue, sin duda, el mejor dotado de los tres grandes Capadocios. Nació hacia el año 335. Su educación corrió, en gran parte, a cargo de su hermano mayor. San Basilio, a quien llama con frecuencia su maestro. Después de haber sido lector en la Iglesia, se decidió por una carrera mundana, llegó a ser profesor de retórica y contrajo matrimonio. Lo que con el tiempo le movió a retirarse al monasterio de Ponto, que había fundado San Basilio en el Iris (cf. supra, p.215), fue la influencia de sus amigos, en especial de Gregorio Nacianceno. En el otoño del 371 fue elevado a la sede episcopal de Nisa, pueblo insignificante del distrito metropolitano de Cesarea. Aunque recibiera la consagración episcopal contra su voluntad, él no defraudó las esperanzas de Basilio, como hizo Gregorio de Nacianzo. El fue a Nisa y allí permaneció; pero no logró responder a la expectación de su hermano y metropolitano, quien criticó su falta de firmeza en el trato con la gente y su incapacidad para la política eclesiástica (Basilio, Ep. 100,58.59.60),

por no decir nada de los asuntos económicos. Encontró, además, una oposición violenta por parte de los herejes de aquel lugar, quienes no dudaron en minar su posición con acusaciones, que ellos mismos forjaron, de malversar los fondos de la Iglesia. De resultas, los obispos arrianos y los prelados de la corte se reunieron en sínodo en Nisa el año 376 y le depusieron en su ausencia. El mismo nos ha dejado (Ep. 6) una narración llena de vida de la triunfal recepción que le dispensaron cuando volvió a su diócesis a la muerte del emperador arriano Valente, ocurrida el año 378. Un año más tarde asistía al sínodo de Antioquía, que le envió como visitador a la diócesis del Ponto. Estando en su misión fue elegido arzobispo de Sebaste en 380. Aunque muy a disgusto, se vio precisado a administrar aquella diócesis durante algunos meses. El año 381 tomó parte muy relevante en el segundo concilio ecuménico de Constantinopla, al lado de Gregorio de Nacianzo. Volvió a la capital en varias ocasiones más; por ejemplo, a predicar los elogios fúnebres de la princesa Pulqueria en 385 y de su madre, la emperatriz Flacila, poco después. La última vez que apareció fue el año 385, con ocasión de un sínodo. Murió probablemente es mismo año.

JOHANNES QUASTEN



La fecha del nacimiento de San Gregorio de Nisa no se puede afirmar con precisión, pero debió ocurrir entre los años 331 a 335. Por línea paterna descendía de una familia de antigua raigambre cristiana, originaria del Ponto, que había sufrido persecución por confesar la fe; y por línea materna, de una familia de Capadocia que destacaba en la vida militar y civil. Tres de sus hermanos—Macrina, Basilio (llamado el Grande) y Pedro—son venerados como Santos por la Iglesia.

La educación de Gregorio corrió a cargo de su hermano mayor, Basilio. Fue profesor de Retórica, pero animado por sus amigos, en especial por el que luego sería San Gregorio Nacienceno, se retiró al monasterio de Iris, en el Ponto, para dedicarse a prácticas ascéticas y al estudio de la Teología. Su hermano Basilio, metropolitano de Cesarea, le consagró obispo en el año 371, para ocupar la sede de Nisa. Por su fidelidad al Concilio de Nicea, fue depuesto por un sínodo de obispos arrianos, celebrado en su ausencia con la ayuda del gobernador del Ponto. Muerto el Emperador Valente, que era arriano, San Gregorio volvió a su sede, y en el año 381 tomó parte muy activa—con San Gregorio

Nacianceno—en el Concilio I de Constantinopla, que resolvió definitivamente la cuestión arriana, reafirmando la fe de Nicea y exponiendo la divinidad y consustancialidad del Espíritu Santo. En sus últimos años, se le nombró Arzobispo de Sebaste y redactó los escritos más memorables de su doctrina espiritual, hasta su fallecimiento en el 394.

Su producción literaria no comienza antes del 370, en plena madurez. Tiene escritos de carácter teológico, exegético, homilético y ascético.

Su obra titulada La creación del hombre pertenece al género exegético, y la escribió a instancias de su hermano Pedro, obispo de Sebaste, con el fin de completar las homilías de San Basilio sobre los seis días de la creación, que narra el Génesis. El texto que se recoge es un comentario a la creación del hombre, hecho por Dios a su imagen y semejanza, lo que constituye su mayor dignidad y su máxima excelencia sobre las demás criaturas terrenas.

La profundidad de las obras de San Gregorio de Nisa, que escribió también libros de teología mística, le han valido el sobrenombre de el teólogo, con que es conocido especialmente entre los griegos.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Gregório Taumaturgo

San Gregorio Taumaturgo («taumaturgo», «obrador de milagros») murió hacia el 270. Procedente de una conocida familia de Neocesarea del Ponto, se convirtió junto con un hermano suyo en Cesarea escuchando a Orígenes, y fue luego obispo de su ciudad natal. Su labor pastoral en Capadocia debió de ser grande, pues un siglo después se hablaba aún de él con gran respeto y admiración. No fue un escritor prolífico, pero se conservan algunas obras suyas breves, tales como un símbolo trinitario y la *Carta canónica*, de interés para el conocimiento de las prácticas penitenciales de la época.

Gregório de Tours

San Gregorio de Tours había nacido el año 538 en Clermont, la capital de la Auvernia, en una familia senatorial; en el 573 fue consagrado obispo de Tours, que entonces era el centro espiritual de Francia debido en gran parte al prestigio que acompañó en vida a San Martín y al culto que después se había desarrollado sobre su tumba. Su actuación fue de importancia tanto en lo religioso como en lo secular. Su gran obra, la *Historia de los francos*, es una extraordinaria fuente de información sobre los reinos merovingios y las incesantes luchas internas que los agitaron y que él conoció de cerca; no faltan en ella relatos detallados de discusiones teológicas con judíos y con godos arrianos; su latín ofrece ya señales de evolución hacia el romance. El sentido crítico de Gregorio no es bueno, lo que se deja ver aún más en sus *Ocho libros de los milagros*.

Hexíquio de Jerusalén

Hexíquio de Jerusalén murió después del 450, comentó quizá toda la Escritura, de acuerdo con el método alegórico. Confía poco en la filosofía, y sigue bastante a Cirilo de Alejandría en sus explicaciones cristológicas. Algunas de sus obras se conservan.

Hipólito

Se desconoce el lugar y fecha de su nacimiento, aunque sabemos que fue discípulo de San Ireneo de Lyon. Su gran conocimiento de la filosofía y los misterios griegos, su misma psicología, indica que procedía del Oriente. Hacia el año 212 era presbítero en Roma, donde Orígenes—durante su viaje a la capital del Imperio—le oyó pronunciar un sermón.

Con ocasión del problema de la readmisión en la Iglesia de los que habían apostatado durante alguna persecución, estalló un grave conflicto que le opuso al Papa Calixto, pues Hipólito se mostraba rigorista en este asunto, aunque no negaba que la Iglesia tiene la potestad de perdonar los pecados. Tan fuerte fue el contraste que se separó de la Iglesia y, elegido obispo de Roma por un reducido círculo de partidarios suyos, fue así el primer antipapa de la historia. El cisma se prolongó tras la muerte de Calixto, durante el pontificado de sus sucesores Urbano y Ponciano. Terminó en el año 235, con la persecución de Maximino, que desterró al Papa legítimo (Ponciano) y a Hipólito a las minas de Cerdeña, donde parece ser que se reconciliaron. Allí los dos renunciaron al pontificado, para facilitar la pacificación de la comunidad romana, que de este modo pudo elegir un nuevo Papa y dar por terminado el cisma. Tanto Ponciano como Hipólito murieron en el año 235. El Papa Fabián hizo trasladar sus cuerpos solemnemente a Roma y son honrados como mártires.

En el siglo XVI se descubrió una estatua de Hipólito, del siglo III, en mármol, que le representa sentado en una cátedra. Allí figura, esculpido, el catálogo completo de sus obras. Aunque se ha perdido el texto original griego de muchas de ellas, se han conservado bastantes en traducciones a diversas lenguas, sobre todo orientales. La más importante es una gran suma llamada Refutación de todas las herejías (en griego *Philosophumena*). Escribió también comentarios al Antiguo y Nuevo Testamento, tratados cronológicos (especialmente interesante es un cómputo pascual), homilias y, sobre todo, una obra de importancia fundamental para el conocimiento de la liturgia romana, conocida con el nombre de Tradición apostólica, que constituye el más antiguo ritual con reglas fijas para la celebración de la Eucaristía, la ordenación sacerdotal y episcopal, etc. Durante mucho tiempo se la consideró perdida, hasta que a principios del siglo XX se demostró que lo que se conocía con el nombre de Constitución de la Iglesia egipcia no era otra cosa sino la traducción a las lenguas copta y etiópica de la Tradición apostólica de San Hipólito. Este texto contiene la más antigua plegaria eucarística que ha llegado hasta nosotros.

Fonte: http://www.mercaba.org/TESORO/san_hipolito.htm

Ildefonso de Toledo

Arzobispo de Toledo; murió el 23 de Enero del año 667. Nació en el seno de una distinguida familia y fue sobrino de San Eugenio, su predecesor en la sede de Toledo. A temprana edad, a pesar de la oposición de su padre, abrazó la vida monástica en el monasterio de Agli, cercano a Toledo. Mientras era todavía un sencillo monje, fundó y dotó a un convento de monjas in Deibiensi villula. Sabemos por sus escritos que fue ordenado diácono (alrededor del 630) por Heladio, quien había sido su abad y fue posteriormente elegido Arzobispo de Toledo. El propio Ildefonso llegó a ser Abad de Agli y en calidad de éste, fue uno de los firmantes, en el 653 y el 655, del Octavo y Noveno Concilios de Toledo. Fue llamado por el Rey Recesvinto, hacia finales del 657, para ocupar el trono arzobispal. Dirigió la Iglesia Toledana durante poco más de nueve años y fue enterrado en la Basílica de Santa Leocadia. A estos escasos pero auténticos detalles de su vida (son corroborados por el propio Ildefonso o por su inmediato sucesor, el Arzobispo Julián, en una breve nota biográfica la cual añade al “De viris illustribus” de Ildefonso) se suman algunas dudosas o incluso legendarias anécdotas. Hacia el final del siglo octavo Cixila, Arzobispo de Toledo, adornó la biografía de su predecesor. En ella relata que Ildefonso fue el discípulo de Isidoro de Sevilla y rememora en particular dos maravillosas historias, de las cuales la segunda, ha sido tema favorito de hagiógrafos, poetas y artistas, ha estado durante siglos ligada a la memoria del santo. Se cuenta que Ildefonso se hallaba un día rezando ante las reliquias de Santa Leocadia, cuando la mártir surgió de su tumba y le agradeció al santo la devoción que mostraba a la Madre de Dios. Más adelante se cuenta que en otra ocasión, la Bendita Virgen María se le apareció en persona ataviada con vestimenta sacerdotal cómo recompensa por su celo al honrarla.

El trabajo literario de Ildefonso es más conocido que los detalles de su vida, sus méritos le han colocado en un lugar de honor dentro de los escritores españoles. Su sucesor, Julián de Toledo, en la nota a la que nos hemos referido anteriormente, nos informa que el propio santo dividió su trabajo en cuatro partes. La división primera y principal contenía seis tratados, de los cuales sólo dos se han conservado: “De virginitate perpetuâ sanctae Mariae adversus tres infideles” (estos tres infieles eran Jovellanos, Helvidio y “un Judío”), una verdadera bomba de trabajo que no obstante, muestra un espíritu de ardiente piedad y sitúa a Ildefonso en un lugar de honor entre los devotos siervos de la Virgen María; también un tratado dividido en dos libros: (1) “Annotationes de cognitione baptismi” y (2) “Liber de itineri deserti, quo itur post baptismum”. Investigaciones recientes han probado que el primer libro es solamente una nueva edición de un tratado muy importante recopilado, como muy tarde, en el siglo sexto, en el que Ildefonso

solo contribuyó en algunos añadidos (Helffferich, “Der westgothische Arianismus”, 1860, 41-49). La segunda parte de su trabajo contenía la correspondencia del santo; de esta porción todavía se conservan dos cartas de Quirico, Obispo de Barcelona, con las contestaciones de Ildefonso. La tercera parte comprende misas, himnos y sermones; y la cuarta, opuscula en prosa y verso, especialmente epitafios. Las ediciones de los trabajos completos de Ildefonso contienen cierto número de escritos, varios de los cuales pueden emplazarse en cada una de las dos últimas divisiones; pero algunas de ellas son de dudosa autenticidad, mientras que el resto son ciertamente el trabajo de otro autor. Además, Julián afirma que Ildefonso comenzó un buen número de otros trabajos escritos pero sus muchas ocupaciones no le permitieron poder acabarlos. Por otra parte, él no menciona un pequeño escrito el cual es ciertamente auténtico, el “De viris illustribus” de Isidoro de Sevilla y esto no se debe tanto a un trabajo literario histórico, sino más bien a un escrito que pretendía glorificar a la Iglesia de Toledo y defender sus derechos como sede metropolitana.

ANTONIUS, *Bibliotheca Hispana vetus*, I (1696), 286-302; FLOREZ, *Espana sagrada*, V (1750), 275-91; 470-525; cf. XXIX (1775), 439-43; GAMS, *Kirchengeschichte Spaniens*, II (1874), i, 135-38; VON DZIALOWSKI, *Isidor und Ildefons als Litterarhistoriker* (Munster, 1898), 125-60; – for ancient biographies, see *Bibl. Hagiogr. Lat.*, nos. 3917-26; – for modern works, see CHEVALIER, *Repertoire des sources historiques du moyen age: Bio-Bibl.* (Paris, 1905), s.v. Ildephonse. The principal edition of the saint's works is that of LORENZANA, *SS. PP. Toletanorum opera*, I (1782), 94-451, reprinted in P.L., XCVI, 1-330. ALBERT PONCELET

Transcrito por Herman F. Holbrook
Traducido por Alicia Fernández

Fonte: <http://ec.aciprensa.com/i/ildefonsosan.htm>

Inácio de Antioquia

Ignacio, obispo de Antioquía de Siria, fue condenado a las fieras en su ancianidad, en la época de Trajano (hacia el año 110). Enviado a Roma con un piquete de soldados para morir en los juegos gladiatorios, fue escribiendo durante el camino varias cartas (poseemos siete, no todas de autenticidad asegurada) a las diversas comunidades cristianas por las que había pasado, a la comunidad romana adonde se dirigía, o al venerable obispo Policarpo de Esmirna. Estas cartas están escritas en momentos de gran intensidad interior, reflejando la actitud espiritual de un hombre que ha aceptado ya plenamente la muerte por Cristo y sólo anhela el momento de ir a unirse definitivamente con él. El deseo de «alcanzar a Cristo» se expresa en ellas con vigor inigualable. Al mismo tiempo afloran las preocupaciones del santo obispo con respecto a los peligros doctrinales de las Iglesias. Por una parte quiere asegurar la recta interpretación del sentido de la encarnación de Cristo, tanto contra los judaizantes que minimizaban el valor de la venida de Cristo en la carne como superación de la antigua dispensación, como contra los docetistas, que negaban la realidad de la misma encarnación, afirmando que el Verbo de Dios sólo había tomado una apariencia humana. De esta forma hallamos ya en Ignacio las bases de la cristología ortodoxa posterior. Por otra parte, Ignacio está preocupado por asegurar la unidad amenazada dentro de las Iglesias: por ello insiste en la unión con el obispo como principio de unidad. Además hay indicios de que aun algunas de las cartas auténticas pueden contener interpolaciones de época posterior. La colección de cartas de Ignacio fue ampliada en época bastante posterior con otras cartas, hoy universalmente reconocidas como apócrifas.

JOSÉ ANTONIO LOARTE



La vuelta del emperador Trajano a Roma, tras la conquista de la Dacia—la actual Rumania—, fue celebrada con ciento veintitrés días de espectáculos. Diez mil gladiadores perecieron en los juegos circenses. También fueron devorados por las fieras muchos condenados, por el mero hecho de ser cristianos. Entre ellos el obispo de Antioquía, Ignacio. Detenido y juzgado, el prisionero abandonó la gran metrópoli de Siria hacia Roma, cargado de cadenas y bien escoltado por un pelotón de diez soldados de la

cohorte Lepidiana, llamados leopardos. Corría probablemente el año 106, o principios del 107.

Ignacio era el segundo o tercer sucesor de San Pedro en la sede de Antioquía, pues los testimonios no son unánimes. Ante todo era un pastor de almas, enamorado de Cristo y preocupado tan sólo de custodiar el rebaño que le había sido confiado. Su mejor retrato nos lo proporciona él mismo en las cartas que escribió a varias comunidades cristianas mientras se encontraba de camino hacia Roma.

Por su contenido, estas cartas tienen un gran interés doctrinal. Bastantes de los temas que tratan están determinados por la polémica contra las herejías más difundidas, especialmente el docetismo, que negaba la realidad de la encarnación del Verbo. San Ignacio afirma con energía la verdadera divinidad y la verdadera humanidad del Hijo de Dios. Otro punto importante es la doctrina sobre la Iglesia. San Ignacio considera que el ser de la Iglesia está profundamente anclado en la Trinidad y, a la vez, expone la doctrina de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Su unidad se hace visible en la estructura jerárquica, sin la cual no hay Iglesia y sin la que tampoco es posible celebrar la Eucaristía. La Jerarquía aparece constituida por obispos, presbíteros y diáconos. Se trata de un testimonio precioso, por su claridad y antigüedad. Toda la comunidad debe obedecer al obispo, que representa a Dios, el obispo invisible. Al obispo deben someterse el presbiterio y los diáconos hasta el punto de que, si alguien obra algo a margen de la jerarquía, afirma, «no es puro en su conciencia».

Ignacio muestra ser un hombre de gran corazón. Agradece emocionado la finura de la fraternidad de los primeros cristianos, que—apenas conocer su cautiverio—se prodigan con él, le proporcionan lo necesario para el viaje, se ofrecen a acompañarle y a compartir su suerte. Corren a confortarle desde las ciudades vecinas, pero son ellos quienes tornan removidos y contagiados del amor a Dios. Gracias a su intensa vida interior, San Ignacio intenta hacer el mayor bien posible en los lugares por donde pasa, abriendo a los demás el tesoro de los dones que el Espíritu Santo le ha concedido. Con una gran humildad afirma: «no os doy órdenes como si fuese alguien», pero su caridad sabe usar tonos enérgicos cuando es necesario: no esquiva corregir aunque duela, ni denunciar la herejía o la desviación disciplinar.

Este es el propósito principal de las epístolas ignacianas. A lo largo de su viaje, observa y escucha lo que ocurre: rápidamente discierne los viejos errores ya repetidamente combatidos por los Apóstoles, cuya raíz maligna sigue brotando por doquier: el docetismo, que propugnaba un Cristo aparente, no realmente encarnado; el gnosticismo, que disuelve el cristianismo para reducirlo a una

ciencia de autosalvación basada en el conocimiento de verdades pseudofilosóficas; las tendencias judaizantes, el rigorismo ético... Y sobre todo, una doctrina que quiere dividir a la Iglesia en dos bloques contrapuestos, enfrentando a los fieles con el obispo y su presbiterio.

JOSEP VIVES



Como hemos dicho, Ignacio escribió sus famosas siete cartas de camino hacia Roma, a donde era llevado a sufrir el martirio.

Cuatro fueron escritas desde Esmirna a las Iglesias de Éfeso, Magnesia, Tralles y Roma; en ellas les da las gracias por las muestras de afecto hacia su persona, les pone en guardia contra las herejías y les anima a estar unidos a sus obispos; en la dirigida a los romanos, les ruega que no hagan nada por evitar su martirio, que es su máxima aspiración.

Las otras tres las escribió desde Tróade: a la Iglesia de Esmirna y a su obispo Policarpo, a los que agradece sus atenciones, y a la Iglesia de Filadelfia; son semejantes a las otras cuatro, añadiendo la noticia gozosa de que la persecución en Antioquía ha terminado y, en la dirigida a Policarpo, da unos consejos sobre la manera de desempeñar sus deberes de obispo.

Estas cartas son una fuente espléndida para el conocimiento de la vida interna de la primitiva Iglesia, con su clima de mutua solicitud y afecto; nos muestran también los sentimientos de Ignacio, llenos de amor a Cristo.

A través de ellas, Ignacio deja ver con especial claridad la pacífica posesión de algunas de las verdades fundamentales de la fe, lo que resulta aún de mayor interés por lo temprano de su testimonio. Así, Cristo ocupa un lugar central en la historia de la salvación, y ya los profetas que anunciaron su venida eran en espíritu discípulos suyos; Cristo es Dios y se hizo hombre, es Hijo de Dios e hijo de María, virgen; es verdaderamente hombre, su cuerpo es un cuerpo verdadero y sus sufrimientos fueron reales, todo lo cual lo dice frente a los docetas (del griego dokéó, parecer), que sostenían que el cuerpo de Cristo era apariencia.

Es en estas cartas donde encontramos por vez primera la expresión «Iglesia católica» para referirse al conjunto de los cristianos. La Iglesia es llamada «el lugar del sacrificio»; es probable que con esto se refiera a la Eucaristía como sacrificio de la Iglesia, pues también la Didajé llama «sacrificio» a la Eucaristía; además, «la Eucaristía es la Carne de Cristo, la misma que padeció por nuestros pecados».

La jerarquía de la Iglesia, formada por obispos, presbíteros y diáconos, con sus respectivas funciones, aparece con tanta claridad en sus escritos, que ésta fue una de las razones principales por las que se llegó a negar que las cartas fueran auténticas por parte de quienes opinaban que se habría dado un desarrollo más lento y gradual de la organización eclesiástica; pero esta autenticidad está hoy fuera de toda duda.

El obispo representa a Cristo; es el maestro; quien está unido a él está unido a Cristo; es el sumo sacerdote y el que administra los sacramentos, de manera que sin contar con él no se puede administrar ni el bautismo ni la Eucaristía, y hasta el matrimonio es conveniente que se celebre con su conocimiento. Respecto a éste, Ignacio sigue de cerca la enseñanza de San Pablo: que las mujeres amen a sus maridos y los maridos a sus mujeres, como el Señor ama a su Iglesia; pero a los que se sientan capaces les recomienda la virginidad.

En el saludo inicial de la carta a los romanos, Ignacio se excede y trata a la Iglesia de Roma de forma distinta a como trata a las demás, con especiales alabanzas. El tono general de la salutación se puede tomar como un testimonio del primado de Roma, aún de mayor interés por provenir del obispo de la sede de Antioquía: una sede antigua, que cuenta a San Pedro como su primer obispo, establecida en una de las ciudades mayores y más influyentes del Imperio, en la que además comenzaron a llamarse cristianos los seguidores de Cristo. Alguna de sus frases, aunque de interpretación difícil, subraya esta impresión: es la Iglesia «puesta a la cabeza de la caridad», cuyo significado más probable parece ser que es la Iglesia que tiene la autoridad para dirigir en lo que se refiere a lo esencial del mensaje de Cristo.

Para San Ignacio, la vida del cristiano consiste en imitar a Cristo, como Él imitó al Padre. Esa imitación ha de ir más allá de seguir sus enseñanzas, ha de llegar a imitarle especialmente en su pasión y muerte; es de ahí de donde nace su ansia por el martirio: «soy trigo de Dios, y he de ser molido por los dientes de las fieras, para poder ser presentado como pan limpio de Cristo». Por otra parte, esa imitación viene facilitada porque Cristo vive en nosotros como en un templo y nosotros llegamos a vivir en Él; por eso los cristianos estamos unidos entre nosotros, porque estamos unidos a Cristo.

ENRIQUE MOLINÉ

Irineu de Lião

Ireneo se aferra a la tradición eclesiástica para salir al paso a las especulaciones gnósticas. Hasta el descubrimiento de los textos de Nag Hammadi ha sido la fuente fundamental para el conocimiento del gnosticismo [1].

Nacido en Asia Menor, hacia el 140 o el 150, nos cuenta que en su juventud había escuchado a S. Policarpo de Esmirna [2]. Dado el movimiento migratorio de la época por toda la cuenca mediterránea, no es sorprendente que le conozcamos instalado en Lyon y presbítero de esta comunidad. En el 177/78 fue comisionado ante el papa Eleuterio para mediar en la controversia montañista (Eusebio *HE* V 4,1-2). Por este tiempo fue el sucesor del obispo mártir Photinus (*HE* V 1,29-31; 5,8). Haciendo honor a su nombre, medió ante el papa Víctor I en la controversia pascual (*HE* V 24,11-18). Es la oportunidad en que cuenta la visita de S. Policarpo a Roma en tiempo del papa Aniceto. El no haberse puesto de acuerdo en esa misma cuestión no había sido óbice para que Aniceto como despedida cediese a Policarpo el honor de la celebración. No sabemos más de él. Los primeros en presentarlo como mártir son S. Jerónimo y Gregorio de Tours en el s. vi.

Grandes líneas teológicas

El plan del *Adversus Haereses* indica cuáles son para Ireneo las fuentes de autoridad: Razón, Escritura y Tradición. Para él no cabe pensar en el conocimiento y preservación de la Regla de fe sin una notable medida de actividad racional. En su apología antignóstica confía mucho en el carácter razonable de la doctrina salvífica eclesiástica, como se ve por el peso que da en su obra a la «prueba de razón» [3].

Hay en él un desarrollo de grandes líneas y puntos de cristalización de su pensamiento. Nos aparece como un teólogo de la unidad, yendo este tema desde la unidad de Dios, de Cristo y del plan divino, hasta la unidad de la Iglesia y la unidad final del hombre con Dios. Lo vemos también como un teólogo de la historia, que, bajo el término de economía divina, engloba toda la historia del mundo para mostrar que su desarrollo no tiene otro fin que la salvación del hombre. Se nos muestra peculiarmente como un teólogo de la recapitulación, ya que el acontecimiento central de esta historia de salvación es la encarnación del Hijo, que recapitula todas las cosas y las lleva a su término. Uno de los temas más significativos de su repertorio es el de la evolución, el del progreso. El hombre, creado niño e imperfecto, alcanzará su estado de madurez y perfección por la encarnación del Hijo y por el don del

Espíritu Santo, que le conduce a la divinización. En este progreso la libertad desempeña un gran papel.

Si el hombre hace mal uso de esa libertad, se queda en camino sin alcanzar su fin. La economía de Dios a lo largo de la historia universal consiste no sólo en volver al comienzo, sino en una progresión que lleva al hombre a un resultado superior al punto de partida. Constituye esto una inversión de la perspectiva gnóstica. Por la recapitulación, Cristo no sólo restablece la obra comprometida por Adán sino que la completa por el don del Espíritu Santo, que lleva al hombre hasta la divinización. La línea de salvación, según Ireneo, no es, pues, horizontal sino ascendente [4].

Ireneo trata de mostrar que el A.T. predice a Cristo y que la historia salvífica, comenzada en la creación, recapitulada en Cristo, se concluirá, después del milenio, en el Reino. El uso del término ανακεφαλαιωσις (*recapitulado*) (cf. Ef 1,10) es un intento de Ireneo de incorporar la entera proclamación bíblica sobre la obra de Cristo en una sola palabra [5]. La unidad de la «economía» de la creación y de la redención se funda a fin de cuentas sobre la unicidad de Dios y la unidad de Cristo. La unidad del plan de Dios es la de su designio e intención: llevar todas las cosas a su perfección al someterlas a Dios por Cristo.

Ya que las afirmaciones de algunos se desvían por las enseñanzas heréticas e ignoran las economías de Dios y el misterio de la resurrección de los justos y del Reino (que es principio de la incorrupción y por el cual los que hubieren sido dignos se acostumbrarán gradualmente a captar a Dios), es necesario decir... (AHV 32,1).

La incorruptibilidad es la vida misma de Dios, es un atributo divino. Las cuestiones de la *salus carnis* o de la resurrección de la carne deben ser colocadas en el interior de la perspectiva de la incorruptibilidad. Para Ireneo hay una κοινωνία entre el Espíritu y la carne y toda la economía de salvación es el progreso de la unión de la carne y el Espíritu que había sido quebrada por el pecado [6]. Ireneo construye su antropología sobre la carne [7].

Teología asiata

La antropología aristotélica (el hombre como cuerpo y alma), en contraste con la platónica (el hombre como alma en un cuerpo), es uno de los elementos que caracterizan a los teólogos asiatas, como Justino, Ireneo y Melitón de Sardes, frente a los cristianos alejandrinos. Otro contraste significativo puede darse en la

doctrina trinitaria, en la medida en que los alejandrinos (y también Justino) subrayarán la personalidad del Hijo como Logos distinto del Padre y los asiáticos los distintos modos de actuación del único Dios. Una insistencia en la «monarquía» divina que es ortodoxa en Ireneo; pero que deriva en la herejía de Noeto y los dos Teodoto de Bizancio [8].

Ireneo ve en toda la economía de la salvación del A.T. una manifestación de las tres personas:

El mismo Cristo es, pues, junto con el Padre, el Dios de los vivos, que habló a Moisés y se manifestó a los Padres (*AHIV* 5,2).

Al ser, pues, Abraham profeta y ver por el Espíritu el día de la venida del Señor y la economía de la Pasión (por la que tanto él mismo como todos los que hubieren creído como él se habrían de salvar) saltó de alegría (*AH* 5,4).

La revelación del N.T. consiste en una manifestación del Hijo. El Hijo mismo es la manifestación visible del Padre; no de un Dios desconocido, sino del Creador de todas las cosas. Es el mismo Verbo quien actúa a través de toda la economía providencial. La vida humana del Verbo es la novedad misma del cristianismo [9].

Por falta de conocimientos científicos e históricos, se veía forzado, como sus adversarios gnósticos, a emplear un método subjetivo de exégesis como es la lectura alegórica. En consecuencia precisaba apelar a la «viva voz» de la Iglesia como recurso para echar abajo las cavilaciones heréticas, contraponiéndoles las afirmaciones corroboradas por la solidaridad institucional, la universalidad geográfica y el peso de los números. La «viva voz» de la Iglesia fue así el factor esencial y determinante de sus enseñanzas [10].

Recuerda lo que hemos dicho en los dos libros anteriores. Añadiéndoles éste tendrás una argumentación completa contra todos los herejes. Les podrás resistir con confianza y determinación en pro de la sola fe verdadera y vivificante, que la Iglesia ha recibido de los apóstoles y distribuye a sus hijos (*AH* III prefacio).

Solamente han llegado a nosotros dos de sus obras, que examinaremos seguidamente.

Adversus Haereses

Nos ha llegado el texto completo en una versión latina, anterior al

422, transmitida por 9 manuscritos (agrupables en dos familias: irlandesa y lyonesa) y la «editio princeps» de Erasmo, que dispuso de otros 3 manuscritos hoy perdidos.

Contamos con un 74 por 100 del libro 1 en griego, debido a su utilización masiva por los heresiólogos posteriores Hipólito y Epifanio. Un promedio del 11 por 100 de los libros III-IV y V se ha conservado en griego por su utilización en florilegios dogmáticos y cadenas exegéticas. Nos han llegado también fragmentos en dos papiros (Poxyr y Plena). Además hay amplios fragmentos de la versión armenia (sobre todo de los libros IV y V) y fragmentos de la siríaca.

El título exacto, indicado por Eusebio de Cesárea, *ελεγχος και ανατροπωπη της φευδωνυμων γνωσεως*, caracteriza ya el sentido y contenido de la obra.

En el libro I hay, pues, una larga serie de exposiciones dedicadas a los diferentes gnósticos: el sistema valentiniano de Ptolomeo (1-9), la unidad de fe de la Iglesia frente a las derivaciones del valentinianismo (10-22), precursores de Valentín (23-31), entrecortadas con reflexiones irónicas o teológicas y algunos elementos de refutación.

El libro II lo consagra a la refutación propiamente dicha. Refuta las tesis valentinianas de un Pléroma superior al Dios creador (1-11), las relativas a las emisiones de los Eones, la pasión de Sofía y la Semilla (12-19), las especulaciones sobre los números (20-28), las relativas a la consumación final y al Demiurgo (29-30) y otras tesis de Simón, Carpocrates, Basílides y los «gnósticos» (31-35) [12]. Pero no se trata de una refutación fundada sobre principios teológicos, sino sobre un principio mucho más general: el sentido común, la razón. Ireneo trata de mostrar las contradicciones internas de los sistemas gnósticos sobre el plano de la lógica formal. Claro está que tal argumentación «ex ratione» no excluye otros argumentos de Escritura, fe y tradición; pero constituye la nota dominante del libro II.

En el libro III, Ireneo parte de una demostración de la verdad de las Escrituras (1-5), para abordar la unicidad de Dios, creador de todas las cosas (6-15) y luego la unicidad de Cristo, Hijo de Dios, hecho hombre para recapitular en sí mismo su propia creación (16-23). La conclusión subraya la verdad de la predicación de la Iglesia frente a los absurdos a que llegan los que rechazan esta predicación [13].

El hilo conductor de la primera parte del libro IV podría ser la idea de que el progreso es consecuencia de la unidad. Al concebir el A. y el N.T. como vinculados por un anillo de progreso, asienta su

unidad radical contra todos los gnósticos [14]. La característica del libro IV es que toda la argumentación se apoya sobre las palabras del Señor, que Ireneo cita con amplitud y con un modo de cita muy personal (anuncio de la palabra que va a comentar, cita íntegra y comentario más o menos amplio):

Que en efecto los escritos de Moisés son palabras de Cristo, lo dice él mismo a los judíos, como lo ha recordado Juan en el evangelio: «Si creyereis a Moisés, me creeríais a mí: pues él escribió de mí; pero si no creéis sus escritos tampoco creeréis mis discursos», con lo que significa de modo muy claro que los escritos de Moisés son discursos suyos. Por lo tanto, si esto vale de Moisés, también son suyos sin duda los discursos de los demás profetas, como ya hemos mostrado (AH IV 2,3).

El libro IV despliega las diferentes «economías» de Dios en la historia, desde el acto creador al juicio al fin de los tiempos. Si en el libro III ha probado la unicidad del Dios creador y la unidad del Verbo encarnado, aquí demuestra la unicidad de Dios a partir de la unidad de sus «economías» [15].

En el libro V expone la demostración paulina de la resurrección de la carne (1-14). Muestra la identidad del Dios Creador y Padre por tres hechos de la vida de Cristo (15-24) y por la enseñanza escriturística sobre el fin de los tiempos (25-36) [16]. Trata aquí del Anticristo, la resurrección de los justos y el Milenio. La escatología milenarista de Ireneo (precedido por Papías y Justino) es uno de los rasgos más llamativos de la teología asiática. Termina su obra deteniéndose sobre la visión del Reino, sin dar la conclusión.

Demostración de la predicación apostólica

El escrito Εισεπιδειξιν τουαποστολικου κερυγματος, mencionado por Eusebio de Cesárea, no fue redescubierto, en versión armenia, hasta 1904. Es una exposición sucinta del mensaje cristiano, dirigida en forma de carta a un amigo. A diferencia del AH no entra en explicaciones polémicas. En la primera parte se mueve en la tradición catequética y en la segunda en la tradición apologética. Su originalidad consiste en hacer seguir su exposición del «credo» de un boceto de la historia de salvación. Es aquí donde da un puesto importante a la idea de recapitulación:

He aquí la regla de nuestra fe, el fundamento del edificio y la base de nuestra conducta: Dios Padre, increado, ilimitado, invisible, único Dios, creador del universo. Este es el primer y principal artículo de nuestra fe. El segundo es: el Verbo de

Dios, Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que se ha aparecido a los profetas según el designio de su profecía y la economía dispuesta por el Padre; por medio de El ha sido creado el universo. Además, al fin de los tiempos, para recapitular todas las cosas, se hizo hombre entre los hombres, visible y tangible, para destruir la muerte, para manifestar la vida y restablecer la comunión entre Dios y el hombre. Y como tercer artículo: el Espíritu Santo, por cuyo poder los profetas han profetizado y los Padres han sido instruidos en lo que concierne a Dios y los justos han sido guiados por el camino de la justificación, y que al fin de los tiempos ha sido difundido de un modo nuevo sobre la humanidad, por toda la tierra, renovando al hombre para Dios (*Epideixis* 6) [17].

Ireneo subraya la comunión de las dos naturalezas divina y humana en Cristo y la recapitulación por su medio de los dos mundos: celeste y terreno, espiritual y material, invisible y corpóreo. Acentúa el valor de la economía terrena, la salvación del hombre corpóreo y sensible y sale al paso de la falsa economía «espiritual» enseñada por los gnósticos [18].

Doctrina de la Tradición

La Tradición es la predicación viva de la iglesia en su plena identidad con la revelación dada por Jesucristo a los apóstoles.

Cristo no ha dejado escritos. Conocemos su doctrina por sus apóstoles a quienes ha dado el poder de predicar el Evangelio:

Pues el Señor de todo dio la potestad del Evangelio a sus apóstoles, por quienes conocemos la verdad, esto es, la doctrina del Hijo de Dios. También a ellos dijo el Señor: El que os escucha me escucha y el que os desprecia me desprecia y también al que me envió (*AH III* prefacio).

Los apóstoles no escribieron primeramente, sino que predicaron este Evangelio. Después nos lo han transmitido en Escrituras:

Pues no es por otros por quienes hemos conocido la economía de nuestra salvación, sino por aquellos por quienes nos ha llegado el Evangelio. Al que primero predicaron y luego, por voluntad de Dios, nos lo han transmitido en Escrituras, para que fuese fundamento y columna de nuestra fe (*AH III* 1,1).

La tradición apostólica es una *truditio ab apostolis* (tradición desde los apóstoles), no *tradio apostolorum* (tradición de / sobre los apóstoles). Esto diferencia netamente la tradición, en el sentido de tradición de la doctrina verdadera, y las tradiciones que proceden de los tiempos apostólicos. No basta que un relato o una doctrina venga desde entonces para que forme parte de la Tradición [19]. Es una distinción del concepto que no supo hacer Papías. Ireneo no llama tradición a las anécdotas que han transmitido los ancianos. La que le interesa es la *tradio ab apostolis ad ecclesiam*. Si la tradición viene de los apóstoles, es la Iglesia quien la recibe. En su concepto de la apostolicidad de la Iglesia, Ireneo es en mucha mayor medida testigo de la fe católica de su tiempo, en particular de las tradiciones asiática y romana, que de su propia capacidad teológica; pero ha sido el primero en formular y desarrollar este concepto de un modo sistemático-teológico [20].

La Tradición que viene de los apóstoles se conserva en la Iglesia por la cadena continua de los obispos, sus sucesores:

Así la Tradición de los apóstoles, manifestada en todo el mundo, está presente en cada Iglesia para que la perciban los que de veras quieren verla. Podemos enumerar a los obispos establecidos en las iglesias por los apóstoles y sus sucesores hasta nosotros, que ni enseñaron nada de eso ni supieron de los delirios de esa gente. Que si los apóstoles hubiesen sabido de misterios recónditos para enseñarlos a los perfectos, aparte y a escondidas de los demás, se los hubiesen transmitido, más que a nadie, a aquellos a quienes confiaban las mismas iglesias. Pues tenían mucho interés en que fuesen perfectos e irreprehensibles en todo aquellos a los que dejaban por sucesores, transmitiéndoles el cargo de su mismo magisterio (*AH III 3,1*).

La garantía de esta Tradición es la continuidad histórica de la cadena de sucesión a partir de los apóstoles. Roma es el testigo privilegiado:

Como resultaría demasiado largo para una obra como ésta tratar de enumerar las sucesiones de todas las iglesias, señalaremos sólo las de la Iglesia máxima, antiquísima y conocida de todos, la de Roma, fundada y organizada por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo. Al mostrar que esa tradición, que tiene desde los apóstoles de la fe anunciada a los hombres ha llegado hasta nosotros por las sucesiones de los obispos, confundimos a los que forman agrupaciones inconvenientes de la manera que sea... Pues es necesario que toda iglesia, es decir, los fieles de todas partes, concuerde con tal iglesia, dado su origen más destacado. Ya que siempre ha

sido conservado en ella, por los fieles de todas partes, esa tradición que procede de los apóstoles (*AH III 3,2*).

Se ha discutido si el último párrafo se refiere a la Iglesia de Roma o a la Iglesia universal. Opinamos que el principio de que la Iglesia que puede justificar el mantenimiento de la tradición desde los apóstoles debe contar con el acuerdo de todos los cristianos, se aplica aquí a la Iglesia de Roma, pero puede aplicarse a todas las iglesias apostólicas. De hecho Ireneo ha escogido la Iglesia de Roma; pero nos dice que una investigación en las otras iglesias (apostólicas) daría el mismo resultado. Lo que queda claro es la exigencia para los cristianos de todas partes de unirse con la Iglesia de Cristo sobre la base de la tradición apostólica [21].

Por eso, aunque no hubiera ninguna Escritura, la Tradición oral de la Iglesia sería la Regla de fe segura:

En este sistema confían muchas gentes bárbaras de las que han creído en Cristo sin papel ni tinta, al tenerlo escrito por el Espíritu Santo en sus corazones, guardando cuidadosamente la salvación y la antigua tradición al creer en un Dios criador del cielo y de la tierra y de cuanto hay en ellos, y en Cristo Jesús, el Hijo de Dios, quien por desbordante amor a su creatura, consintió en nacer de una Virgen, uniendo él mismo por sí mismo el hombre a Dios y padeciendo bajo Poncio Pilato, resucitado y ascendido gloriosamente, que ha de venir con gloria como Salvador de los salvados y Juez de los condenados, enviando al fuego eterno a los deformadores de la verdad y despreciadores de su Padre y de su propia venida. Los que iletradamente creen en tal fe pueden ser bárbaros por la lengua, pero, mediante la fe, muy sabios por el modo de pensar, la ética y el comportamiento. Agradan a Dios, conduciéndose con toda justicia, pureza y sabiduría. Si alguno les comunicase las lucubraciones de los herejes hablándoles en su propia lengua, al momento se taparían los oídos y se escaparían lejos, no consintiendo en oír un discurso blasfemo. De manera que por aquella antigua tradición de los apóstoles no dan entrada en la mente a nada de la exposición fantástica de aquéllos (*AH III 4,2*).

Ireneo, que justificaba la predicación de los apóstoles por la venida del Espíritu Santo, afirma igualmente que esta predicación se mantiene intacta en la Iglesia por la acción de este mismo Espíritu [22].

[1] Orbe (Madrid-Toledo 1985), p.30, valora el testimonio de

san Ireneo para el conocimiento de la teología valentiniana más que el proporcionado por los documentos de Nag Hammadi.

- [2] Carta a Florino, citada por Eusebio, HE V 20,4-8.
- [3] Cf. BROX (Salzburg-München 1966), p.203-204.
- [4] Cf. BENOÎT (Paris 1960), p.203-232.
- [5] Cf. WINGREN (Edinburgh-London 1959), p.80.
- [6] Cf. ANDÍA (Paris 1986), p.333-334.
- [7] Orbe (Madrid 1969), p.518-531, señala que la antropología gnóstica se reduce a pneumatología, la de Orígenes debió ser psicología y la de Ireneo se traduce en sarcología.
- [8] Cf. SIMONETTI, DPAC I (Cásale Monferrato 1983); 414-416.
- [9] Cf. HOUSSIAU (Louvain-Gembloux 1955), p.250-251.
- [10] Cf. LAWSON (London 1948), p.292.
- [11] Cf. ROUSSEAU-DOUTRELAU, SC 263 (Paris 1979), p.l 13-164.
- [12] Cf. ROUSSEAU-DOUTRELAU, SC 293 (Paris 1982), p.l 17-195.
- [13] Cf. ROUSSEAU-DOUTRELAU, SC 210 (Paris 1974), p. 171-205.
- [14] Cf. GONZÁLEZ FAUS (Barcelona 1969), p.95.
- [15] Cf BACQ (Paris-Namur 1978), p.282 y 290.
- [16] Cf. ROUSSEAU-DOUTRELAU-MERCIER, SC 152 (Paris 1969), p. 166-191.
- [17] Cf. ROMERO POSE, FPatr 2 (Madrid 1992), p.62-64.
- [18] Cf. ROMERO POSE, FPatr 2 (Madrid 1992), p. 117-118.
- [19] Cf. DANIÉLOU (Tournai 1961),p.l35.
- [20] Cf. BLUM (Berlin-Hamburg 1963), p.227.
- [21] Cf. BOTTE, Irénikon 1957, 156-163.
- [22] Cf. SAONARD, SC 34 (Paris 1952), p.24-26.

RAMÓN TREVIJANO



1. Biografía

San Ireneo fue discípulo de la San Policarpo quién a su vez fue discípulo del Apóstol San Juan.

Las obras literarias de San Ireneo le han valido la dignidad de figurar prominentemente entre los Padres de la Iglesia, ya que sus escritos no sólo sirvieron para poner los cimientos de la teología cristiana, sino también para exponer y refutar los errores de los gnósticos y salvar así a la fe católica del grave peligro que corrió de contaminarse y corromperse por las insidiosas doctrinas de aquellos herejes.

1.1 - Infancia y Estudios

Nada se sabe sobre su familia. Probablemente nació alrededor del año 125, en alguna de aquellas provincias marítimas del Asia Menor, donde todavía se conservaba con cariño el recuerdo de los Apóstoles entre los numerosos cristianos. Sin duda que recibió una educación muy esmerada y liberal, ya que sumaba a sus profundos conocimientos de las Sagradas Escrituras, una completa familiaridad con la literatura y la filosofía de los griegos. Tuvo además, el inestimable privilegio de sentarse entre algunos de los hombres que habían conocido a los Apóstoles y a sus primeros discípulos, para escuchar sus pláticas. Entre éstos, figuraba San Policarpo, quien ejerció una gran influencia en la vida de Ireneo. Por cierto, que fue tan profunda la impresión que en éste produjo el santo obispo de Esmirna que, muchos años después, como confesaba a un amigo, podía describir con lujo de detalles, el aspecto de San Policarpo, las inflexiones de su voz y cada una de las palabras que pronunciaba para relatar sus entrevistas con San Juan, el Evangelista, y otros que conocieron al Señor, o para exponer la doctrina que habían aprendido de ellos. San Gregorio de Tours afirma que fue San Policarpo quien envió a Ireneo como misionero a las Galias, pero no hay pruebas para sostener esa afirmación.

1.2 - Sacerdocio

Desde tiempos muy remotos, existían las relaciones comerciales entre los puertos del Asia Menor y el de Marsella y, en el siglo segundo de nuestra era, los traficantes levantinos transportaban regularmente las mercancías por el Ródano arriba, hasta la ciudad de Lyon que, en consecuencia, se convirtió en el principal mercado de Europa occidental y en la villa más populosa de las Galias. Junto con los mercaderes asiáticos, muchos de los cuales se establecieron en Lyon, venían sus sacerdotes y misioneros que portaron la palabra del Evangelio a los galos paganos y fundaron una vigorosa iglesia local. A aquella iglesia llegó San Ireneo para servirla como sacerdote, bajo la jurisdicción de su primer obispo, San Potino, que

también era oriental, y ahí se quedó hasta su muerte. La buena opinión que tenían sobre él sus hermanos en religión, se puso en evidencia el año de 177, cuando se le despachó a Roma con una delicadísima misión. Fue después del estallido de la terrible persecución de Marco Aurelio, al tratar a San Potino, el 2 de junio, cuando ya muchos de los jefes del cristianismo en Lyon, se hallaban prisioneros. Su cautiverio, por otra parte, no les impidió mantener su interés por los fieles cristianos del Asia Menor. Conscientes de la simpatía y la admiración que despertaba entre la cristiandad su situación de confesores en inminente peligro de muerte, enviaron al Papa San Eleuterio, por conducto de Ireneo, “la más piadosa y ortodoxa de las cartas”, con una apelación al Pontífice, en nombre de la unidad y de la paz de la Iglesia, para que tratase con suavidad a los hermanos montanistas de Frigia. Asimismo, recomendaban al portador de la misiva, como a un sacerdote “animado por un celo vehemente para dar testimonio de Cristo” y un amante de la paz, como lo indicaba su nombre.

1.3 - Obispado

El cumplimiento de aquel encargo que lo ausentaba de Lyon, explica por qué Ireneo no fue llamado a compartir el martirio de San Potino y sus compañeros. No sabemos cuánto tiempo permaneció en Roma, pero tan pronto como regresó a Lyon, ocupó la sede episcopal que había dejado vacante San Potino. Ya por entonces había terminado la persecución y los veinte o más años de su episcopado fueron de relativa paz. Las informaciones sobre sus actividades son escasas, pero es evidente que, además de sus deberes puramente pastorales, trabajó intensamente en la evangelización de su comarca y las adyacentes. Al parecer, fue él quien envió a los Santos Félix, Fortunato y Aquileo, como misioneros a Valence, y a los Santos Ferrucio y Ferreolo, a Besancon, Para indicar hasta qué punto se había identificado con su rebaño, basta con decir que hablaba corrientemente el celta en vez del griego, que era su lengua madre.

1.4 - Lucha contra el gnosticismo

La propagación del gnosticismo en las Galias y el daño que causaba en las filas del cristianismo, inspiraron en el obispo Ireneo el anhelo de exponer los errores de esa doctrina para combatirla. Comenzó por estudiar sus dogmas, lo que ya de por sí era una tarea muy difícil, puesto que cada uno de los gnósticos parecía sentirse inclinado a introducir nuevas versiones propias en la doctrina. Afortunadamente, San Ireneo era un investigador

minucioso e infatigable en todos los campos del saber, como nos dice Tertuliano y, por consiguiente, salvó aquel escollo sin mayores tropiezos y hasta con cierto gusto. Una vez empapado en las ideas del “enemigo”, se puso a escribir un tratado en cinco libros, en cuya primera parte expuso completamente las doctrinas internas de las diversas sectas para contradecirlas después con las enseñanzas de los Apóstoles y los textos de las Sagradas Escrituras.

Hay un buen ejemplo sobre el método de combate que siguió, en la parte donde trata el Punto doctrinal de los gnósticos de que el mundo visible fue creado, conservado y gobernado por seres angelicales y no por Dios, quien sin participación seguirá eternamente desligado del mundo, superior, indiferente. Ireneo expone la teoría, la desarrolla hasta llegar a su conclusión lógica y, por medio de una eficaz *reductio ad absurdum*, procede a demostrar su falsedad. Ireneo expresa la verdadera doctrina cristiana sobre la estrecha relación entre Dios y el mundo que El creó, en 101, siguientes términos: “El Padre está por encima de todo y El es la cabeza de Cristo; pero a través del Verbo se hicieron todas las cosas y El mismo es el jefe de la Iglesia, en tanto que Su Espíritu se halla en todos nosotros; es El esa agua viva que el Señor da a los que creen en El y le aman porque saben que hay un Padre por encima de todas las cosas, a través de todas las cosas y en todas las cosas.”

Ireneo se preocupa más por convertir que por confundir y, por lo tanto, escribe con estudiada moderación y cortesía, pero de vez en cuando, se le escapan comentarios humorísticos. Al referirse, por ejemplo, a la actitud de los recién “iniciados” dice: “Tan pronto como un hombre se deja atrapar en sus “camino de salvación”, se da tanta importancia y se hincha de vanidad a tal extremo que ya no se imagina estar en el cielo o en la tierra, sino haber pasado a las regiones del Pleroma y, con el porte majestuoso de un gallo, se pavonea ante nosotros, como si acabase de abrazar a su ángel. Ireneo estaba firmemente convencido de que gran parte del atractivo del gnosticismo, se hallaba en el velo de misterio con que gustaba de envolverse y de hecho, había tomado la determinación de “desenmascarar a la zorra”, como él mismo lo dice. Y por cierto que lo consiguió: sus obras, escritas en griego, pero traducidas al latín casi en seguida, circularon ampliamente y no tardaron en asestar el golpe de muerte a los gnósticos del siglo segundo. Por lo menos, de entonces en adelante dejaron de constituir una seria amenaza para la Iglesia y la fe católica.

1.5 - Reconciliador ante el Papa

El hecho de que luchara contra las herejías no significa que fuese

intransigente. Al contrario. Trece o catorce años después de haber viajado a Roma con la carta para el Papa Eleuterio, fue de nuevo Ireneo el mediador entre un grupo de cristianos del Asia Menor y el Pontífice. En vista de que los cuartodecimanos se negaban a celebrar la Pascua de acuerdo con la costumbre occidental, el Papa Víctor III los había excomulgado y, en consecuencia, existía el peligro de un cisma. Ireneo intervino en su favor. En una carta bellamente escrita que dirigió al Papa, le suplicaba que levantase el castigo y señalaba que sus defendidos no eran realmente culpables, sino que se aferraban a una costumbre tradicional y que, una diferencia de opinión sobre el mismo punto, no había impedido que el Papa Aniceto y San Policarpo permaneciesen en amable comunión. El resultado de su embajada fue el restablecimiento de las buenas relaciones entre las dos partes y de una paz que no se quebrantó. Después del Concilio de Nicea, en 325, los cuartodecimanos acataron voluntariamente el uso romano, sin ninguna presión por parte de la Santa Sede.

1.6 - Su muerte y veneración

Se desconoce la fecha de la muerte de San Ireneo aunque, por regla general, se estima en el año 202. De acuerdo con una tradición posterior, se afirma que fue martirizado, pero no es probable ni hay evidencia alguna sobre el particular.

Los restos mortales de San Ireneo, como lo indica Gregorio de Tours, fueron sepultados en una cripta, bajo el altar de la que entonces se llamaba iglesia de San Juan, pero más adelante, llevó el nombre de San Ireneo. Esta tumba o santuario fue destruido por los calvinistas en 1562 y, al parecer, desaparecieron hasta los últimos vestigios de sus reliquias. Es digno de observarse que, si bien la fiesta de San Ireneo se celebra desde tiempos muy antiguos en el oriente (el 23 de agosto), sólo a partir de 1922 se ha observado en la iglesia de occidente.

2. Obras:

No ha llegado hasta nosotros nada que pueda llamarse una biografía de la época sobre San Ireneo, pero hay, en cambio, abundante literatura en torno al importante papel que desempeñó como testigo de las antiguas tradiciones y como maestro de las creencias ortodoxas

Su tratado contra los gnósticos ha llegado hasta nosotros

completo en su versión latina.

En 1904 se descubrió la existencia de otro escrito suyo: la exposición de la predicación apostólica, traducida al armenio. La obra era hasta entonces conocida como : “Prueba de la Predicación Apostólica”. Se trata, sobre todo de una comparación de las profecías del Antiguo Testamento y de ese escrito, no se obtienen informaciones nuevas en relación con el espíritu y los pensamientos del autor.

A pesar de que el resto de sus obras desapareció, bastan los dos trabajos mencionados para suministrar todos los elementos de un sistema completo de teología cristiana.

Fonte:

http://www.ecclesia.com.br/biblioteca/pais_da_igreja/s_ireneu_vida_y_obras.html



Obispo de Lyon, y Padre de la Iglesia. La información sobre su vida es escasa, y hasta cierto punto inexacto. Nació en la Asia Proconsular, o al menos en alguna provincia colindante, en la primera mitad del siglo segundo; la fecha exacta es controversial, entre los años 115 y 125, de acuerdo con algunos, o, de acuerdo con otros, entre el 130 y 142. Es cierto que, aun siendo muy joven, Irineo había visto y escuchado al santo Obispo Policarpo (d. 155) en Esmirna. Durante la persecución de Marco Aurelio, Irineo fue sacerdote de la Iglesia de Lyon. El clero de la ciudad, muchos de los cuales padecían el encarcelamiento por la Fe, lo envió (177 o 178) a Roma con una carta para el Papa Euleterio respecto al Montanismo, y en dicha ocasión portó un testimonio enfático hacia sus méritos. De regreso a Gaul, Irineo sucedió al mártir San Potino como Obispo de Lyon.

Durante la paz religiosa que siguió a la persecución de Marco Aurelio, el Nuevo obispo dividió sus actividades entre las tareas de un pastor y las de un misionero (de la cual tenemos pocos datos, tardíos y no muy ciertos) y sus escritos, los cuales casi todos se dirigieron en contra del Gnosticismo, la herejía que se propagaba entre los Galos y otros lugares. En 190 o 191 intercedió ante el Papa Víctor para levantar la sentencia de excomunión impuesta por el pontífice sobre las comunidades Cristianas de Asia Menor las cuales se mantuvieron en la práctica de los Decimocuartos respecto a la celebración de la Pascua. No se sabe nada sobre la

fecha de su muerte, la cual debe haber ocurrido al final del segundo o inicio del tercer siglo.

A pesar de algunos testimonios aislados y posteriores para tal efecto, no es probable que terminara su carrera con el martirio. Su fiesta se celebra el 28 de Junio en la Iglesia Latina, y el 23 de Agosto en la Griega. Irineo escribió en Griego muchas obras las cuales le han asegurado un lugar excepcional en la literatura Cristiana, dado que en preguntas religiosas controvertidas de importancia vital exhiben el testimonio de un contemporáneo de la era heroica de la Iglesia, de uno que hubo escuchado a San Policarpo, el discípulo de San Juan, y quién, de cierta manera, perteneció a la Era Apostólica. Ninguno de estos escritos nos han llegado en el texto original, aunque muchos grandes fragmentos de ellos existen como citas en escritos posteriores (Hipólito, Eusebio, etc.). Dos de estas obras, son embargo, nos han llegado enteramente de una versión Latina: Un tratado en cinco libros, comúnmente titulados “Adversus Haereses”, y dedicados, de acuerdo a su verdadero título, a la “Detección y Derrocamiento del Conocimiento Falso”

De esta obra poseemos una traducción Latina muy antigua, la fidelidad escrupulosa de la cual no hay duda. Es el trabajo maestro de Irineo y verdaderamente el de mayor importancia; contiene una exposición profunda no solo del Gnosticismo bajo sus diferentes formas, sino también de las principales herejías que habían surgido en las diversas comunidades Cristianas y por consiguiente constituye una fuente incalculable de información de la literatura eclesiástica más antigua desde sus inicios y hasta el final del siglo segundo. Refutando los sistemas heterodoxos Irineo con frecuencia les opone la verdadera doctrina de la Iglesia, y de esta manera provee de evidencia temprana y muy positiva de gran importancia. Baste mencionar los pasajes, tan frecuente y completamente comentados por los teólogos y escritores polémicos, respecto al origen del Evangelio según San Juan, la Sagrada Eucaristía, y el primado de la Iglesia Romana. De una segunda obra, escrita después del “Adversus Haereses”, una antigua traducción literal en la lengua Armenia. Esta es la, “Prueba de la Predicación Apostólica.” Aquí el objetivo del autor no es cuestionar a los herejes, sino confirmar a los fieles exponiéndoles la doctrina Cristiana y notablemente demostrando la verdad del Evangelio por medio de las profecías del Antiguo Testamento. Aunque fundamentalmente contiene, como quién dice, nada que no haya sido expuesto en el “Adversus Haereses”, es un documento del más alto interés, y un testimonio magnífico de la profunda y viva Fe de Irineo.

De sus otras obras solo existen fragmentos dispersos; muchos, sin duda, se conocen solo a través de las menciones hechas de ellos por escritores posteriores, ni siquiera nos han llegado los fragmentos

de dichas obras. Estos son un tratado en contra de los Griegos titulado “Sobre el Tema del Conocimiento” (mencionado por Eusebio); un escrito dirigido al sacerdote Romano Florino “Sobre la Monarquía, o Como Dios no es la Causa del Mal” (fragmento de Eusebio); una obra “Sobre el Ogdoad (el Octavo)”, probablemente en contra del Ogdoad de Valentino el Gnóstico, escrito para el mismo sacerdote Florino, quién se había cruzado a la secta de los Valentinianos (fragmento de Eusebio); un tratado sobre la escisión, dirigido a Blastus (mencionado por) del mismo modo, una carta de Eusebio para en contra del sacerdote Romano Florino (fragmento conservado en Siriaco); una carta al mismo sobre las controversias de Pascual (extractos en Eusebio); otras cartas a varios corresponsales sobre el mismo tema (mencionado por , un fragmento conservado en Siriaco); un libro de varios discursos, probablemente una colección de homilías (mencionado por Eusebio); y otras obras menores para las cuales tenemos testimonios menos claros o ciertos. Los cuatro fragmentos que fueron publicados por Pfaff en 1715, ostensiblemente de un manuscrito de Turín, fueron probados por Funk como apócrifos, y Harnack estableció el hecho de que Pfaff mismo los había producido.

Fonte: <http://ec.aciprensa.com/i/ireneosan.htm>

Januário

Santos Januário, e seus companheiros Festo, Desidério, Sosso, Procolo, Eutiquete e Acúcio, sofreram o martírio durante a perseguição de Diocleciano em Nápoles, Itália, por volta do ano 305. São Januário, bispo de Benevento como relata os historiadores fora condenado às feras no anfiteatro de Pozzuoli juntamente com os companheiros de fé. Por causa do atraso de um juiz, teria sido decapitado e não dado como alimento às feras. O sangue de São Januário foi recolhido pelos cristãos e colocado em pequenas ampolas. Era o costume recolher o sangue dos mártires e colocá-los em ampolas diante dos seus túmulos.

Um século mais tarde, no ano 432, quando da transladação de suas relíquias de Pozzuoli para Nápoles, uma senhora teria entregue ao bispo João duas ampolas contendo o sangue coagulado de São Januário. Como garantia da afirmação da mulher o sangue se liquefaz diante dos olhos do bispo e de grande multidão de fiéis. Este acontecimento, desde então, se repete todos os anos em determinados dias: no sábado que precede o primeiro domingo de maio, nos oito dias sucessivos, a 16 de dezembro, a 19 de setembro e durante toda a oitava das celebrações em sua honra. Os testemunhos sobre esse fenômeno começam a partir de 1329 e são tão numerosos e concordes de tal modo que não se podem contestar.

Esse prodígio, confirmado também pela ciência, e o que mais intriga é o fato de até hoje os cientistas não conseguirem explicar por que o sangue de São Januário, contido numa ampola na catetral, se liquefaz e readquire a aparência de sangue novo, recém-derramado. Análises científicas demonstram que se trata realmente de sangue humano.

Os napolitanos consideram São Januário o seu protetor contra os flagelos da peste e das erupções do Vesúvio. Este culto é muito antigo e já difundido no mundo inteiro por causa da liquefação de seu sangue, durante a celebração de suas festas. A devoção sincera dos napolitanos para com o mártir, fez com que a memória de São Januário, celebrada desde 1586, fosse conservada no novo calendário litúrgico.

João de Bícario

San Juan de Bícario, que murió el 621, había nacido en Scalabi (Santarem), de familia visigoda; estuvo muchos años en Constantinopla, donde estudió, y a su vuelta fue desterrado a Barcelona. Fue después abad de Bícario, monasterio de localización desconocida, y luego obispo de Gerona durante los últimos treinta años de su vida. Escribió una *Regla* para sus monjes de Bícario; del resto de sus obras nos ha llegado sólo una, la *Crónica*, que, aunque muy breve, es de gran importancia para la historia del período.

João Cassiano

Juan Casiano, probablemente originario de la Escitia Menor, junto a la desembocadura del Danubio, que se educó en Belén y en Egipto entre los monjes; fundó dos monasterios en Marsella, uno de hombres y otro de mujeres, y murió entre el 430 y el 435. Sus escritos más importantes son las *Instituciones*, en que trata de las obligaciones del monje y de los vicios contra los que ha de estar prevenido, y las *Colaciones*, en que bajo la forma de diálogos con monjes famosos de la antigüedad, y como un complemento a su obra anterior, trata también de diversos aspectos de la vida monacal. Ambos escritos ejercieron una gran influencia tanto en la difusión del monaquismo en Occidente como en su espiritualidad.

João Damasceno

O último grande nome da patrística grega conhecida da Idade Média é o de João de Damasco, dito João Damasceno (falecido em 749). Sua obra mestra, *A fonte do conhecimento* (*Pegé gnôseôs*), contém uma introdução filosófica, depois uma breve história das heresias, enfim, numa terceira parte, uma coletânea de textos, tomados de seus predecessores e dispostos em ordem sistemática, sobre as verdades fundamentais da religião cristã. Essa última parte, traduzida em 1151 por Burgúndio de Pisa (o tradutor de Nemésio), servirá de modelo para as Sentenças de Pedro Lombardo. É a obra que encontraremos citada com freqüência no século XIII, sob o título de *De fide orthodoxa*.

João Damasceno não pretendeu ser um filósofo original, mas constituir uma coletânea cômoda de noções filosóficas úteis ao teólogo, e certas fórmulas que pôs em circulação tiveram extraordinário sucesso. Desde o início do *De fide orthodoxa*, ele afirma que não há um só homem em que não esteja naturalmente implantado o conhecimento de que Deus existe. Essa fórmula será citada inúmeras vezes na Idade Média, ora com aprovação, ora para ser criticada. Aliás, não parece que João Damasceno fale, aqui, de um conhecimento inato propriamente dito, pois enumera como fontes desse conhecimento a vista das coisas criadas, sua conservação e a ordem que elas observam; em seguida, a Lei e os Profetas; enfim, a revelação de Jesus Cristo. Ademais, desde o capítulo III, João Damasceno empreende demonstrar a existência de Deus, porque, diz ele, embora o conhecimento de Deus esteja naturalmente implantado em nós, a malícia de Satanás obscureceu-o tanto, que o insensato chegou a dizer em seu coração: Deus não existe (Ps 13, 1). Deus provou que existe por seus milagres, e seus discípulos fizeram-no pelo dom de ensinar que dele receberam: “Mas nós, que não recebemos nem o dom dos milagres, nem esse dom do ensino (porque nos tornamos indignos disso por uma excessiva propensão às volúpias), precisamos discorrer sobre esse tema, com base no pouco que os intérpretes da graça nos disseram.” É por isso que, aplicando o princípio paulinista de que Deus nos é conhecível a partir das criaturas, João Damasceno estabelece a existência de Deus mostrando que tudo o que nos é dado na experiência sensível é mutável; que mesmo as almas e os anjos o são; que nada do que vem a ser por via de mudança é incriado; que tudo o que nos é dado assim é criado e que, por conseguinte, seu criador incriado existe. Um segundo argumento, tirado da conservação e do governo das coisas, confirma o primeiro, e a demonstração se acaba com um terceiro, que prova, contra Epicuro, que a ordem e a distribuição das coisas não podem resultar do acaso. Esse Deus, cuja existência é assim provada, nos é inconhecível. João Damasceno afirma-o em termos tão enérgicos quanto possível: “Que Deus existe, é manifesto; mas

o que ele é quanto a seu ser e a sua natureza nos é inteiramente inapreensível e desconhecido” (*akatalepton touto pantelôs kai agnôstorí*). Sabe-se que Deus é incorpóreo. Ele não é sequer feito da matéria incorpórea que os sábios gregos chamam de “quintessência”. Semelhantemente, Deus é não-gerado, imutável, incorruptível e assim por diante; mas tais nomes nos dizem o que ele não é, não o que ele é. Tudo o que se pode compreender acerca dele é que ele é infinito e, por conseguinte, incompreensível. Quanto aos nomes positivos que lhe damos, tampouco dizem o que Deus é e não descrevem sua natureza, mas o que convém a ela. Dizemos que o incompreensível e o inconhecível, que é Deus, é uno, bom, justo, sábio e assim por diante, mas a enumeração desses atributos não nos faz conhecer a natureza ou a essência daquilo a que os atribuímos. De fato, como o Bem de Platão, o Deus de João Damasceno está além do conhecimento, porque está além da essência (cap. IV). Aliás, é nesse sentido que João Damasceno interpreta inclusive o nome que Deus se atribuiu no célebre texto do Êxodo (3, 14): “Eu sou o que sou (*o ôri*).” Considerando-o bem, esse nome designa de fato sua própria incompreensibilidade, pois significa que Deus “possui e reúne em si a totalidade do ser, como um oceano de realidade (*ousias*) infinito e ilimitado” (I, 9). Essa fórmula será retomada e comentada com frequência na Idade Média, notadamente por santo Tomás de Aquino. Por seu plano de conjunto, que compreende o estudo dos anjos, do céu visível, dos astros, dos elementos, da terra e do homem, De fi-de orthodoxa já se apresenta como uma obra de aspecto nitidamente escolástico, bem feita para seduzir os espíritos do século XIII e servir de modelo a seus Comentários sobre as Sentenças, ou a suas Sumas teológicas. Não só eles se inspirarão em seu plano, mas o explorarão como uma verdadeira mina de noções e de definições, muitas das quais eram imediatamente utilizáveis por teólogos nutridos de Aristóteles. Os capítulos XXII-XXVIII do livro II, sobre a vontade, a distinção entre o voluntário e o não-voluntário, o livre-arbítrio considerado em sua natureza e sua causa, transmitiram, assim, à Idade Média várias noções, muitas das quais eram de origem aristotélica, mas que João Damasceno havia talvez simplesmente recolhido na obra de Gregório de Nissa ou de Nemésio. Sem ser ele mesmo um pensador de muito alto nível, ele representou, como transmissor de idéias, um papel considerável. Devemos certamente ver nele um dos intermediários mais importantes entre a cultura dos Padres Gregos e a cultura latina dos teólogos ocidentais da Idade Média.

ETIENNE GILSON

João IV

Nativo de Dalmacia e hijo del scholasticus (abogado) Venancio. La fecha de su nacimiento es incierta; murió el 12 de octubre de 642. En la época de su elección, era arcediano de la Iglesia Romana. Como la consagración de Juan fue muy poco después de su elección, es de suponerse que las elecciones papales fueron confirmadas por los exarcas residentes en Ravena. Los problemas ocasionados por invasiones eslavas a su tierra natal, dirigieron la atención de Juan allí. Para aliviar el sufrimiento de los habitantes, Juan envió al abad Martín a Dalmacia e Istria con grandes sumas de dinero para la redención de los cautivos. Como las iglesias arruinadas no podían ser reconstruidas, las reliquias de algunos de los más importantes santos dálmatas fueron llevadas a Roma. Juan erigió un oratorio en su honor el cual permanece. Fue adornado por el Papa con mosaicos representando a Juan sosteniendo en sus manos un modelo de su oratorio. Aparentemente Juan no se contentó con paliar el mal hecho por los eslavos. Se propuso convertir a esos bárbaros. El emperador Constantino Porfirogeneto dice que Porga, un príncipe de los croatas que había sido invitado a Dalmacia por Heraclio I pidió al emperador Heraclio le enviara maestros cristianos. Es de suponer que el emperador a quien fue enviado este mensaje era el propio Heraclio I y que el Papa quien fue enviado fue Juan IV.

Mientras era todavía Papa-electo, Juan, con los demás líderes de la Iglesia Romana, escribió al clero del norte de Irlanda para informarles de los errores que estaban haciendo con respecto al tiempo de continuar con la Pascua y exhortándoles a estar en guardia contra la herejía pelagiana. Más o menos al mismo tiempo condenó el Monotelismo. El emperador Heraclio inmediatamente desconoció el documento monotelita conocido como la "Ecthesis". A su hijo Constantino III, Juan dirigió su apología para el Papa Honorio, en la cual denunció el intento de conectar el nombre de Honorio con el monotelismo. Honorio, declaró, al hablar de una voluntad en Jesucristo, únicamente pretendía declarar que no hubo dos voluntades contrarias en Él. Juan fue enterrado en San Pedro.

João Mandakuni

Entre la abundante literatura cristiana antigua, la que floreció en Armenia en los siglos IV y V es de las menos conocidas y, sin embargo, de riquísimo contenido espiritual.

Las fuentes documentadas hacen remontar al siglo III la predicación del Cristianismo en Armenia, por obra de San Gregorio el iluminador. Sin embargo, ya antes de esta fecha había cristianos en las regiones meridionales del País, colindantes con Siria, desde donde se realizó la primera evangelización.

La figura central de la literatura armenia es San Mesrop, a quien se atribuye la invención del alfabeto armenio. Murió hacia el año 440. Uno de sus sucesores en la sede patriarcal fue Juan Mandakuni, nacido alrededor del 415, que fue catholicós de Armenia desde el año 478 hasta el 490, fecha de su fallecimiento. Modelo de pastor de almas, Juan Mandakuni es autor de homilías, cartas y oraciones, traducidas en gran parte al alemán durante el siglo pasado.

El fragmento que se recoge en las siguientes páginas forma parte de su discurso Sobre la devoción y respeto al recibir el Santísimo Sacramento, en el que pone de relieve la presencia real de Cristo en la Eucaristía y las disposiciones interiores con que los fieles han de recibirle.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Justino, Mártir

San Justino, mártir, es el Padre apologista griego más importante del siglo II y una de las personalidades más nobles de la literatura cristiana primitiva. Nació en Palestina, en Flavia Neápolis, la antigua Siquem. De padres paganos y origen romano, pronto inició su itinerario intelectual frecuentando las escuelas estoica, aristotélica, pitagórica y platónica. La búsqueda de la verdad y el heroísmo de los mártires cristianos provocaron su conversión al cristianismo. Desde ese momento, permaneciendo siempre laico, puso sus conocimientos filosóficos al servicio de la fe.

Llegó a Roma durante el reinado de Marco Aurelio (138-161) y allí fundó una escuela, la primera de filosofía cristiana. Según su discípulo Taciano, a causa de las maquinaciones del filósofo cínico Crescente, tuvo que comparecer ante el Prefecto de la Urbe y, por el solo delito de confesar su fe, fue condenado con otros seis compañeros a muerte, probablemente en el año 165.

De sus variados escritos, sólo conservamos dos Apologías, escritas en defensa de los cristianos, dirigidas al emperador Antonino Pío; y una obra titulada Diálogo con el judío Trifón, donde defiende la fe cristiana de los ataques del judaísmo. En esta obra relata autobiográficamente su conversión. En las Apologías, admira en su exposición el profundo conocimiento de la religión y mitología paganas—que se propone refutar—y de las doctrinas filosóficas más en boga; cómo intenta utilizar cuanto de aprovechable encuentra en el bagaje cultural del paganismo; su valentía para anunciar a Cristo—sabiendo que se jugaba la vida—y su capacidad de ofrecer los argumentos racionales más adecuados a la mentalidad de sus oyentes. Conociendo que la Verdad es sólo una y que reside en plenitud en el Verbo, San Justino sabe descubrir y aprovechar los rastros de verdad que se encuentran en los más grandes filósofos, poetas e historiadores de la antigüedad; llega a afirmar en su segunda apología que cuanto de bueno está dicho en todos ellos nos pertenece a nosotros los cristianos.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Justo de Urgen

San Justo de Urgen, que fue obispo de esta sede al menos desde el 531 hasta el 549, asistió a concilios en Toledo, Mérida y Valencia, y era hermano de los obispos de Huesca, Egara (Terrassa) y Valencia. Escribió un *Comentario al Cantar de los cantares*, hecho ya sobre la versión de la Vulgata, y en el que, siguiendo la interpretación alegórica, ve descrito el amor entre Cristo y su Iglesia; también tenemos de él dos cartas, un prólogo y un sermón sobre el mártir San Vicente.

Lactâncio

Llamado el Cicerón cristiano por su elegante manejo de la lengua latina, Lucio Cecilio Firmiano Lactancio nació en el Norte de Africa, hacia el año 250, de familia pagana. Recibió una educación esmerada y adquirió cierto renombre como maestro de Retórica, por lo que el emperador Diocleciano le llamó a Nicomedia, para enseñar en la escuela que había fundado en la nueva capital del Imperio. Fue allí donde probablemente abrazó la fe cristiana. Durante la última gran persecución, hacia el año 303, se vio obligado a abandonar su cátedra y a exilarse en Bitinia. Después del Edicto de Milán, Constantino le llamó a Tréveris para confiarle la educación de Crispo, su hijo mayor. Poco más se sabe de la vida de Lactancio, que debió de morir en torno al año 317.

Entre sus escritos destacan los siete libros sobre las Instituciones divinas, que constituye el primer intento de redactar en latín una suma de toda la fe cristiana. Su enseñanza se desarrolla preferentemente dentro del campo de la moral natural; es muy inferior en los aspectos estrictamente teológicos. También por esta razón, Lactancio no es contado en el número de los Padres de la Iglesia, sino en el de los escritores eclesiásticos.

En los párrafos que se recogen, muestra—contra las fábulas paganas—que la sociedad humana tiene su origen en la voluntad de Dios, que ha creado al hombre a su imagen y semejanza; de ahí deriva el deber de la solidaridad entre los hombres.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Leandro de Sevilla

San Leandro de Sevilla murió en el año 600. Había nacido en Cartagena, de donde sus padres fueron desterrados a Sevilla; allí se hizo monje, y fue luego hecho obispo de esta sede metropolitana, desde donde trabajó para la conversión de los godos al catolicismo; esta conversión se selló en el concilio de Toledo del año 589, y entonces pudo volver Leandro a su sede, de donde había sido desterrado. En Sevilla se preocupó también de las instituciones para la formación del clero. Fue amigo personal del papa San Gregorio, a quien había conocido en Constantinopla en una embajada. Tiene dos obras destinadas a combatir el arrianismo y una sobre las vírgenes; sus numerosas cartas se han perdido.

Luciano de Antioquia

Luciano de Antioquia, que murió mártir el 312, había nacido también en Samosata; por eso se le llama a veces Luciano de Samosata, pero parece preferible reservar este nombre para el autor pagano del *De morte Peregrini*. Aunque al parecer no era un pensador profundo, Luciano fundó en Antioquía una escuela, en la que trabajó seriamente en la restitución del texto de las Sagradas Escrituras, como habían hecho Orígenes y Pánfilo; frente al método alegórico de interpretación que usaban los alejandrinos, y en clara oposición a él, se ceñía únicamente a la interpretación literal; formó a muchos escritores en su método de exégesis, que era exigente y correcto en sí mismo. Pero esta escuela tomó casi enseguida una orientación desenfocada en otros campos; muy pronto se calificó a Luciano como sucesor de Pablo de Samosata; insistía en que el Hijo estaba subordinado al Padre, por el que había sido adoptado; más tarde se le consideró como el precursor inmediato del arrianismo, y de hecho los principales fautores del arrianismo habían sido discípulos suyos y reconocían explícitamente su paternidad en cuanto a esta doctrina. Quedan grandes fragmentos, en obras de otros autores, de su revisión del texto de la versión griega de los Setenta, revisión que gozó de gran prestigio.

ENRIQUE MOLINÉ

Fonte:

<http://www.mercaba.org/Moline/otros.htm#LUCIANO%20DE%20ANTIOQU%C3%8DA>

Martinho de Braga

San Martín de Braga, también conocido como Martín de Dumio o Martín Dumiense. Obispo, teólogo y escritor eclesiástico hispano de origen panónico, llamado el «Apostol de los suevos» (Panonia, hacia 510-520 - Braga, 579-580).

Vida

Miembro de una importante familia romana de la antigua provincia de Panonia (actual Hungría). Ingresa pronto en el clero y muy joven se traslada a Palestina a visitar los Santos Lugares. Allí reside durante varios años y entra en contacto con el floreciente movimiento monástico que se desarrolla en las montañas de Judea. Sin conocerse exactamente la razón, tal vez por contactos con monjes españoles, decide trasladarse al Finis Terrae, en ese momento de la historia parte del Reino de los suevos, cuya clase dirigente era en gran parte arriana. En su viaje pasa algún tiempo en las Galias y llega a la Gallaecia en torno al 550. Allí trabaja varios años como presbítero y como monje. Funda un monasterio en Dumio, cercano a Bracara Augusta (la actual Braga, en Portugal), la capital del Reino, junto a la iglesia que el rey suevo Karriarico había dedicado a san Martín de Tours, tras su conversión al catolicismo. Pronto el monasterio de Dumio se convierte en el principal centro de difusión de cultura y espiritualidad cristiana de origen oriental en el norte de la Península, ya que sus monjes tenían encomendada la copia de códices, muchos posiblemente traídos por el mismo san Martín de Oriente.

Poco tiempo más tarde, Lucrecio, arzobispo de Braga, crea la diócesis de Dumio en torno al recién creado monasterio, y consagra a Martín como su primer obispo en torno a 556. Su influencia en la corte sueva es muy grande y logra que el rey Teodomiro abjure del arrianismo y se bautice católico en 560, atrayendo con él a la mayor parte del reino suevo. En 561 ó 563 asiste al I Concilio de Braga contribuyendo a la condena doctrinal y moral del priscilianismo.

El obispo Lucrecio muere en 569 y Martín es proclamado nuevo metropolitano, pero sigue conservando la dignidad episcopal de Dumio, ya que sus monjes y los fieles le ruegan que no los deje. Su labor como arzobispo de Braga se centra en la predicación al pueblo, muy influido aún por el priscilianismo y apegado a las prácticas religiosas paganas. En 572 preside el II Concilio de Braga en el que los obispos de la Gallaecia establecen las líneas de actuación misional y de práctica litúrgica y moral de esta iglesia

particular.

Obra

Poco después, se ignora la fecha exacta, redacta un manual práctico para el misionero, *De correctione rusticorum* ('rústico' no significa bárbaro o incorrecto, sino popular y sencillo), en el que anima a obispos y clero a evangelizar y purificar la religiosidad del pueblo suevo. El tratado expone de manera sencilla las supersticiones principales del pueblo suevo y su origen: condena la idolatría, la adivinación, los augurios y la brujería; también insta a que los días de la semana dejen de dedicarse a los dioses romanos —día de Marte, de Mercurio, de Júpiter, de Venus y de Saturno— y pasen a llamarse por la nomenclatura litúrgica cristiana (esta costumbre se mantiene en lengua portuguesa donde los días de la semana se nombran con el término litúrgico de *feria*).

Como escritor eclesiástico, san Martín es una figura de primer orden. Tanto san Isidoro de Sevilla como san Gregorio de Tours lo consideran como el hombre letrado más importante de su tiempo. Entre sus obras de más influencia, además del *De correctione rusticorum*, destaca la recopilación *Sententiae Patrum Aegipteorum*, ciento diez reglas ascéticas tomadas de la tradición monástica oriental en traducción directa de sus fuentes, y que formarán una de las bases del desarrollo del monacato hispánico. Era gran conocedor de la patrística oriental y occidental —san Ireneo de Lyon, san Clemente de Alejandría, Orígenes, san Jerónimo o san Agustín de Hipona— y también de los clásicos estoicos romanos, especialmente Marco Aurelio y Séneca, hasta tal punto que su obra *Formula vitae honestae*, que escribe hacia 570 a petición del rey Miro, fue considerada en la Edad Media como obra de este último autor. También al rey Miro dedica sus obras *Pro repellenda iactantia* y *Exhortatio humilitatis*. Otras obras suyas son *De trina mersione* (sobre la liturgia del bautismo), *De ira* (tratado de carácter estoico cristiano dedicado a Vitimiro, obispo de Orense) y una importante literatura epistolar y de sermones, lamentablemente perdida.

En la segunda mitad del siglo VI, realiza la colección de cánones que lleva su nombre: *Capitula Martini*, también conocidos como Concilio III de Braga.

Muerte

San Martín muere hacia 579-580 y es enterrado en la capilla de San Martín de Tours del monasterio de Dumio, en un sarcófago donde es labrado un epitafio redactado por él mismo: «Nacido en Panonia, llegué atravesando los anchos mares y arrastrado por un instinto divino, a esta tierra gallega, que me acogió en su seno. Fui

consagrado obispo en esta iglesia tuya, ¡oh glorioso confesor San Martín!; restauré la religión y las cosas sagradas, y habiéndome esforzado por seguir tus huellas, yo, tu servidor Martín, que tengo tu nombre, pero no tus méritos, descanso aquí en la paz de Cristo».

Su fiesta se celebra el 20 de marzo.

Máximo, o Confessor

Máximo viveu de 579/580 a 662 e representa a última voz original da Patrística grega. Dentre as suas obras, podemos citar os poderosos *Ambigua*, traduzidos para o latim por Escoto Eríugena, nos quais são discutidas questões difíceis de Dionísio e Gregório de Nissa, e as Questões a Talássio, os sugestivos Pensamentos sobre o amor, em como os Pensamentos sobre o conhecimento de Deus e sobre Cristo, o Livro ascético, a Interpretação do Pai-Nosso, a Discussão com Pirro, a Mistagogia, numerosos Opúsculos Teológicos e várias Epístolas.

Máximo é importante tanto pelo aspecto filosófico (ele apresenta uma forma de neoplatonismo repensado a fundo em função da teologia cristã) como pelo aspecto místico-ascético, e sobretudo pelo aspecto teológico, particularmente por sua cristologia.

Eis, por exemplo, um pensamento teológico essencial no que ele insiste e que parece uma refutação *ante litteram* de Lutero: “Eu tenho fé e basta-me a Fé em Cristo para a salvação”. Tiago, porém, o contradiz dizendo: ‘Os demônios também crêem e fremem’. E, em seguida: ‘A fé sem obras está morta em si mesma, como também as obras sem a fé.’”

Mas ele foi grande sobretudo pela batalha que travou com energia contra as últimas doutrinas que ameaçavam o dogma cristológico sancionado pelo Concílio de Calcedônia. Com efeito, se haviam difundido doutrinas que sustentavam que, em Cristo, existe uma só energia (monoenergismo) e uma só vontade (monoteletismo) de natureza divina. Tratava-se de formas de cripto-monofisismo; Pois Máximo as refutou, demonstrando, com eficácia e grande tenacidade, que em Cristo há duas atividades e duas vontades: a divina e a humana. E assim conseguiu levar à vitória a tese de Cristo como verdadeiro Deus e verdadeiro homem. Mas pagou essa sua batalha com grandes sofrimentos: sua língua foi cortada, sua mão direita amputada e ele próprio foi mandado para o exílio. Por isso foi chamado ‘o Confessor’, ou seja, ‘Testemunha’ da verdadeira fé em Cristo, que ele chamou ‘o mais forte de todos, porque é e se diz Verdade.’

GIOVANNI REALE

Máximo de Turim

Las noticias sobre la vida de San Máximo proceden de las escasas referencias que da Gennadio de Marsella y de los datos que se deducen de los sermones escritos por el santo. Según Gennadio, no se conoce el lugar ni la fecha del nacimiento del que fue primer obispo de Turín. Por una de sus homilías, sabemos que ocupaba esa sede en el año 398, cuando se reunió en la ciudad un sínodo de los obispos de Italia del Norte y de la Galia. Tampoco son más precisos los datos que se refieren a su muerte: Gennadio sitúa el fallecimiento de San Máximo durante el reinado de Honorio y Teodosio el Joven, entre el 408 y el 423. Otras fuentes la sitúan en el año 465.

De su ingente obra homilética se conservan más de cien sermones, cuya brevedad ha hecho pensar que se trate de extractos o resúmenes. Aunque en su mayor parte siguen el ciclo litúrgico, no faltan los dedicados a conmemorar las fiestas de algunos santos y mártires turineses. Se caracterizan por su estilo claro, fluido, persuasivo, muy apropiado para combatir el paganismo que aún anidaba en su región, para consolar a los fieles antes las invasiones de los pueblos germánicos y, sobre todo, para instruirles en la doctrina cristiana.

San Máximo entiende la predicación como medicina para curar las llagas del alma y mover a la conversión. La oración, la misericordia y el ayuno son las armas que recomienda a sus fieles, para pelear como verdaderos cristianos y obtener de Dios la ayuda necesaria. Con el fin de convertir a los paganos, exige que los cristianos sean coherentes con la fe profesada.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_maximo_de_turin.htm

Melitão de Sardes

De Melitón, obispo de Sardes, en el Asia Menor, casi no se sabía hasta hace poco más que el testimonio que nos había transmitido la posteridad, según el cual había vivido santamente en virginidad y lleno del Espíritu Santo, dejando más de una veintena de escritos llenos de sabiduría. Tales escritos se habían dado por perdidos, y no se conocía de ellos más que los títulos que habían conservado los historiadores antiguos, y algunas breves citas. Pero recientemente se han descubierto dos códices papiráceos procedentes de las arenas de Egipto que contienen un discurso sobre la Pascua que ha sido atribuido casi con general consentimiento a Melitón. El discurso está escrito en un estilo rico con ritmo poético y entonación lírica, que parece confirmar el juicio de Tertuliano cuando decía, según Jerónimo, que el estilo de Melitón era un tanto sutil, *elegans et declamatorium*. Esta peculiaridad de estilo ha hecho pensar que el discurso de Melitón, más que una homilía pascual es una especie de praeconium o canto lírico que formaba parte de la celebración litúrgica de la Pascua. El interés dogmático del discurso está, sobre todo, en la elaboración de su doctrina cristológica y soteriológica: se subraya a la vez la divinidad y preexistencia de Cristo y la realidad de su encarnación, el carácter sacrificial de su muerte y el sentido figurativo de todo el Antiguo Testamento, particularmente del cordero pascual.

Se subraya igualmente la postración del hombre sujeto al pecado y dominado por la muerte, y, sobre todo, la grandeza del triunfo y de la gloria de Cristo, quien con su resurrección y ascensión ha llevado a los hombres hasta las alturas de los cielos. Asimismo queda bien señalado el carácter de la Iglesia como conjunto de los que viven de la nueva vida que Cristo ha venido a dar a los hombres.

JOSEP VIVES

Fonte: <http://www.mercaba.org/TESORO/427-15.htm>

Metódio

Metodio, cuya vida parece que se desarrolló en Licia y quizá en Macedonia, donde habría sido obispo, murió mártir en el 311. Fue un adversario decidido de las doctrinas de Orígenes. Escribió diálogos al estilo de los de Platón, de los que se conserva uno en griego y varios en traducciones eslavas; tratan de la virginidad, de la resurrección con el mismo cuerpo actual, de la no preexistencia de las almas, del libre albedrío y de la virtud de la templanza.

Minúcio Félix

Os Padres latinos anteriores a santo Agostinho, geralmente, foram muito pouco atraídos pela filosofia e, mesmo quando se ocuparam dela, não criaram idéias verdadeiramente novas. A formação cultural dos primeiros apologistas foi de caráter jurídico-retórico, especialmente no sensível e vivo ambiente africano. Em outros Padres prevaleceram os interesses estritamente teológicos e pastorais ou então filológicos e eruditos. Em geral, o lugar que eles ocupam na história da filosofia é bastante modesto. Sendo assim, nos limitaremos a uma abordagem sintética, com o objetivo de conhecer, ainda que apenas em linhas gerais, o fundo sobre o qual surgiu a poderosa figura de santo Agostinho.

O primeiro escrito apologético em favor dos cristãos foi provavelmente Otávio, de Minúcio Félix (um advogado romano), escrito por volta de fins do século II em forma de diálogo. As finezas ciceronianas e a aparente mornidão do tom geral, próprias de Minúcio Félix, induziram muitos a falar de um espírito conciliador com a cultura pagã. Na realidade, como bem destacou E. Paratore, os ataques contra os filósofos gregos, substancialmente, são bastante duros. A propósito das concordâncias que podem ser constatadas entre os filósofos gregos e o cristianismo, escreve Minúcio Félix: “E note-se bem que os filósofos afirmam as mesmas coisas em que cremos não porque nós tenhamos seguido os seus passos, mas porque eles se deixaram guiar por uma leve centelha, que os iluminou com as pregações dos profetas sobre a divindade, inserindo um fragmento de verdade em seus sonhos.” E, depois de acenar à teoria da transmigração das almas, de Pitágoras e Platão, que ele julga uma verdadeira aberração doutrinária, acrescenta o seguinte a propósito da admissão da idéia de que as almas podem também assumir corpos de animais: “Essa afirmação não parece certamente a tese de um filósofo, parecendo muito mais a tirada injuriosa de um cômico.” Falando de Sócrates e dos filósofos em geral, Minúcio afirma sem meios-termos o seguinte: “Que se vire, por sua conta, um Sócrates, o palhaço de Atenas, com sua confissão de não saber nada, e vanglorie-se com o atestado de um mentiroso demônio; e também Arcesilau, Carnéades e Pirro, com toda a turba dos acadêmicos, continuem sempre duvidando (...): nós não sabemos o que fazer com a teoria dos filósofos; sabemos muito bem que são mestres de corrupção, corruptos eles próprios, prepotentes e, além do mais, tão descarados que estão sempre a clamar contra aqueles vícios nos quais eles próprios se afundaram. Nós não trombeteamos sabedoria, mas a levamos viva no coração; não dissertamos sobre a virtude, mas a praticamos; em suma, temos o orgulho de haver alcançado aquilo que eles procuraram com fatigante empenho e nunca conseguiram encontrar.”

GIOVANNI REALE

Nilo, o Velho

Nilo el Viejo, del Sinaí (murió alrededor del año 430), fue uno de los muchos discípulos y fervientes defensores de San Juan Crisóstomo. Lo conocemos primero como laico, casado, con dos hijos. En esa época trabajaba en la Corte de Constantinopla, y se dice que fue uno de los Prefectos Pretorianos que, según el acuerdo de Diocleciano y Constantino, eran los funcionarios principales y jefes de todos los demás gobernadores para las cuatro divisiones principales del imperio. La autoridad de ellos, sin embargo, ya había empezado a declinar hacia el final del siglo IV.

Mientras que San Juan Crisóstomo fue patriarca, antes de su primer exilio (398-403), él dirigía a Nilo en el estudio de las Escrituras y on obras piadosas (Nikephoros Kallistos, "*hist. Eccl.*", XIV, 53, 54).

Aproximadamente por el año 390 (Tillemont, "*Mémoires*", XIV, 190-91) o quizás el 404 (Leo Allatius, "*De Nilis*", 11-14), Nilo dejó a su esposa con uno de sus hijos y llevó consigo al otro, Teódulo, hasta el Monte Sinaí para convertirse en monjes. Vivieron allí hasta cerca del año 410 (Tillemont, *ib.*, p. 405) cuando los Sarracenos, invadiendo el monasterio, hicieron prisionero a Teódulo. Los Sarracenos pretendían sacrificarlo a sus dioses, pero eventualmente lo vendieron como esclavo, que fue la manera cómo se convirtió en posesión del Obispo de Eleusa en Palestina. El Obispo recibió a Teódulo en su clero y lo hizo portero de la iglesia. Mientras tanto, Nilo, habiendo salido de su monasterio para buscar a su hijo, finalmente lo encontró en Eleusa. El obispo los ordenó sacerdotes a ambos y les permitió regresar a Sinaí. La madre y el otro hijo también habían abrazado la vida religiosa sen Egipto. Ciertamente que San Nilo aún vivía en el año 430. No se sabe cuánto tiempo después falleció. Algunos escritores creen que él vivió hasta el año 451 (Leo Allatius, *op. cit.*, 8-14). La Byzantine Menology para su festividad (12 de Noviembre) supone eso. De otro lado, ninguna de sus obras menciona el Concilio de Éfeso (431) y parece que él conociera sólo el comienzo de los problemas Nestorianos; por lo que no tenemos evidencia de su vida más allá del año 430.

Desde su monasterio en el Sinaí, Nilo era una persona muy conocida a través de la Iglesia Oriental; por sus escritos y su correspondencia, él jugó un rol importante en la historia de su época. Era conocido como teólogo, erudito bíblico y un escritor asceta, por lo que gente de toda clase, desde el emperador hacia abajo, le escribían para consultarle. Sus numerosas obras, incluyendo una multitud de cartas, consisten en denuncias de herejía, paganismo, abusos de disciplina y delitos, de reglas y principios de ascetismo, especialmente máximas sobre la vida

religiosa. Él advierte y amenaza, sin temor alguno, a personas de alto rango, abades y obispos, gobernadores y príncipes, incluso al mismísimo emperador. Mantuvo correspondencia con Gaina, un líder de los Godos, esforzándose por convertirlo del Arrianismo (*Libro I* de sus cartas, nos. 70, 79, 114, 115, 116, 205, 206, 286); denunció enérgicamente la persecución de San Juan Crisóstomo, tanto al Emperador Arcadio (ib., II, 265; III, 279) como a sus cortesanos (I, 309; III, 199).

A Nilo se le debe considerar como uno de los principales escritores ascéticos del siglo V. Su festividad se mantiene el 12 de Noviembre en el Calendario Bizantino; en el martirologio Romano se le conmemora también en la misma fecha. Los armenios le recuerdan, con otros padres egipcios, el jueves posterior al tercer domingo de su Adviento (Nilles, "*Kalendarium Manuale*", *Innsbruck*, 1897, II, 624).

Los escritos de San Nilo del Sinaí fueron editados por primera vez por Possinus (París, 1639); en 1673, Suárez publicó un suplemento en Roma; sus cartas fueron recopiladas por Possinus (París, 1657), una recopilación de mayor alcance fue hecha por Leo Allatius (Rome, 1668). Todas estas ediciones son utilizadas en P. G., LXXIX. Fessler-Jungmann ha dividido las obras en cuatro clases:

(1) Obras acerca de las virtudes y los vicios en general: — "Peristeria" (P. G., LXXIX, 811-968), un tratado en tres partes dirigido a un monje Agathios; "Acerca de la Oración" (*peri proseuches*, ib., 1165-1200); "Acerca de los ocho espíritus de la maldad" (*peri ton th'pneumatou tes ponerias*, ib., 1145-64); "Acerca del vicio opuesto a las virtudes" (*peri tes antizygous ton areton kakias*, ib., 1140-44); "Acerca de diversos malos pensamientos" (*peri diapsoron poneron logismon*, ib., 1200-1234); "Acerca de la palabra del Evangelio de Lucas", xxii, 36 (ib., 1263-1280).

(2) "Obras acerca de la vida monástica": — Respecto a la matanza de monjes en el Monte Sinaí, en siete partes, narrando la vida del autor en el Sinaí, la invasión de los Sarracenos, el cautiverio de su hijo, etc. (ib., 590-694); Respecto de Albianos, un monje Nitrian cuya vida se presenta como un ejemplo (ib., 695-712); "Acerca del Ascetismo" (*Logos asketikos*, referente al ideal monástico, ib., 719-810); "Acerca de la pobreza voluntaria" (*peri aktemosynes*, ib., 968-1060); "Acerca de la superioridad de los monjes" (ib., 1061-1094); "Para Eulogios el monje" (ib., 1093-1140).

(3) "Advertencias" (*Gnomai*) o "Capítulos" (*kephalaia*), respecto a 200 preceptos resumidos en máximas cortas

(ib., 1239-62). Posiblemente preparados por sus discípulos a partir de sus discursos.

(4) “Cartas”: — Possinus publicó 355, Allatius 1061 cartas, divididas en cuatro libros (P. G., LXXIX, 81-585). Muchas están incompletas, varias están sobrepuestas, o no son realmente cartas, sino extractos de las obras de Nilo; algunas son falsas. Fessler-Jungmann las divide en clases, tales como dogmáticas, exegéticas, morales, y ascéticas. En Fessler-Jungmann se mencionan ciertas obras atribuidas equivocadamente a Nilo, pp. 125-6.

NIKEPHOROS KALLISTOS, *Hist. Eccl.*, XIV, xlv; LEO ALLATIUS, *Diatriba de Nilis et eorum scriptis in his edition of the letters* (Rome, 1668); TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique*, XIV (Paris, 1693-1713), 189-218; FABRICIUS-HARLES, *Bibliotheca græca*, X (Hamburg, 1790-1809), 3-17; CEILLIER, *Histoire générale des auteurs sacrés*, XIII (Paris, 1729-1763), iii; FESSLER-JUNGMANN, *Institutiones Patrologice*, II (Innsbruck, 1896), ii, 108-128.

Fonte: <http://ec.aciprensa.com/n/nilo.htm>

Optato de Milevo

Optato de Milevo, ciudad de Numidia de donde fue obispo; escribió contra los donatistas hacia el año 365.

Orígenes

Pela amplitude da sua obra e a profundidade do seu gênio, Orígenes supera de longe os pensadores que estudamos até aqui. Seus contemporâneos tiveram o justo sentimento da sua grandeza, e as pesquisas da história moderna multiplicaram para nós as razões de admirá-lo. Nascido por volta de 184, no Egito, muito provavelmente em Alexandria, de um pai convertido ao cristianismo, Orígenes instruiu-se primeiro com Clemente de Alexandria e talvez em seguida tenha estudado filosofia com Amônio Sacas, que também foi mestre de Plotino. Tendo aberto uma escola e ensinado, por sua vez, começou a escrever por volta de 218. Depois de uma viagem a Roma, por volta de 221, partiu para a Grécia em 230. No decorrer desta viagem é que Orígenes foi ordenado padre. Tendo-se retirado em seguida a Cesaréia, aí fundou uma escola e uma biblioteca. Numerosos discípulos acotovelavam-se à sua volta, retidos pelo brilho do seu ensino e a dedicação sem reservas de seu mestre. Detido e submetido à tortura em 250, quando da perseguição de Décio, parece ter morrido em Tiro, em 253, em conseqüência dos sofrimentos que padecera. A carreira desse grande teólogo não foi desprovida de obstáculos. De gênio especulativo ousado e mesmo temerário, fez um trabalho pioneiro em demasiados terrenos ainda mal explorados para que não o desculpemos de por vezes ter-se perdido. A violência apaixonada de suas convicções se assinala na decisão que tomou de mutilar-se, a fim de seguir ao pé da letra o preceito de viver como eunuco. Só nos resta uma pequena parte de sua imensa obra. Do que nos foi conservado, a história da filosofia deve reter em particular sua refutação de Celso (*Contra Celsum*) e, sobretudo, seu tratado *Dos princípios* (*Péri Arkhôn* ou *De princípās*). Só possuímos a íntegra desta última obra na tradução latina de Rufino. Comparando-a com numerosíssimos fragmentos do texto grego que subsistiram, constatamos que essa tradução não é irrepreensível. Nos trechos perigosos, ela puxa o texto um pouco para o lado da ortodoxia, mas, graças aos cruzamentos que outros textos de Orígenes permitem, é possível e legítimo utilizá-la.

O tratado *Dos princípios* se dirige a duas classes de leitores: os que, tendo aceitado a fé, desejam além disso aprofundar o ensinamento das Escrituras e da tradição cristã, e os simples filósofos, os heréticos ou mesmo os inimigos declarados da fé. Os princípios que ele lhes quer ensinar são os da verdade cristã: Deus, o mundo, o homem e a Revelação. Orígenes é, portanto, um cristão que se dirige primeiramente a cristãos, mas deseja, se possível, persuadir também os infieis. Se, porém, ele fala primeiro e principalmente aos fiéis, é porque, embora todos concordem em reconhecer a palavra de Cristo como única fonte da verdade salutar, nem todos sempre concordam quanto ao sentido que lhe convém atribuir. Para pôr fim a essas divergências, deve-se apelar para a tradição,

mas também consultar os cristãos que, além da fé comum a todos, receberam do Espírito Santo os Dons da Ciência e da Sabedoria. Orígenes revela aqui, de maneira sensível, um aristocratismo espiritual já presente, não obstante o que se tenha dito, em Clemente de Alexandria, só que de forma mais discreta. Um texto do *Contra Celsum* (VI, 13) permite ver como, no pensamento de Orígenes, essa distinção se baseava no ensinamento de São Paulo: “A Sabedoria divina, que é distinta da fé, é o primeiro dos chamados carismas de Deus; depois dela vem o segundo, que os que possuem uma ciência exata dessas coisas chamam de conhecimento (gnôsis); e o terceiro é a fé, pois mesmo os mais simples devem ser salvos, se são tão piedosos quanto podem.” Foi por isso que Paulo disse: “a um é dada, mediante o Espírito, a palavra da sabedoria; e a outro, segundo o mesmo Espírito, a palavra do conhecimento; a outro, no mesmo Espírito, fé” (I Co 12, 8-9). Todos os cristãos crêem, pois, nas mesmas coisas, mas não da mesma maneira. O homem se compõe de um corpo, de uma alma e de um espírito. Do mesmo modo, a Igreja se compõe de simples fiéis, que se atêm à fé nua e crua na verdade do sentido histórico das Escrituras; de cristãos mais perfeitos, que, graças à interpretação alegórica dos textos, atingem a “gnose”, isto é, no sentido bíblico da palavra “conhecer”, um conhecimento que seja uma união (Jo 14, 4; 17); enfim, cristãos mais perfeitos ainda, que alcançam o “sentido espiritual” das Escrituras e, por uma contemplação superior (*theôria*), já discernem na própria Lei divina a sombra da beatitude vindoura.

Deus é uno, simples, inefável e perfeito. Sua natureza é imaterial, porque o que é perfeito é imutável e o imutável é imaterial por definição. É por isso, de resto, que não podemos nos representar o que ele é, pois sua natureza supera ao mesmo tempo a ordem da matéria e a ordem de espíritos como o nosso, que estão detidos na prisão de um corpo. O fato de que Deus seja Pai, Verbo e Espírito Santo não impede que seja uno, mas Orígenes permanece embaraçado no problema das relações entre as pessoas divinas. Certa subordinação do Verbo e do Espírito ao Pai ainda subsiste em seu pensamento. É difícil reduzir à unidade as numerosas explicações sucessivamente propostas por um exegeta que, em cada caso particular, se esforça em explicar um texto bíblico distinto (por exemplo, Pv 8, 22-31).

Do conjunto dessas explicações decorre, porém, de maneira bastante clara, por um lado, que Orígenes afirma sem reticências a coeternidade absoluta com o Pai de um Verbo não criado, por conseguinte Deus como Pai; por outro lado, que, tão firme ao definir de per si a relação do Verbo com o Pai, Orígenes tende a subordinar o Verbo ao Pai quando procura definir o papel do primeiro na criação. A dificuldade é inerente ao problema, pois trata-se de considerar o Verbo como um intermediário. Orígenes

fala, então, do Verbo como de “um Deus”, primogênito da criação, que gerará outros verbos depois de si e, por conseguinte, outros deuses. Serão as naturezas razoáveis, cada uma das quais está para o Verbo assim como o Verbo está para Deus. Não se pode deixar de pensar aqui em Plotino, co-discípulo de Orígenes na escola de Amônio Sacas.

Deus criou o mundo do nada por seu Verbo, em que estão as formas vivas de todas as coisas. Sua bondade quis produzir o mundo segundo sua sabedoria, e seu poder produziu-o até na própria matéria. Por outro lado, é absurdo imaginar um Deus eternamente ocioso, que decidiria de repente criar. Como, de resto, conceber um todo-poderoso que não usasse seu poder? E como conciliar tal mudança com sua imutabilidade? Logo, o mundo foi criado desde toda a eternidade, isto é, ele é eternamente produzido a sê-lo pela onipotência de Deus. Eterno na duração, esse mundo é, porém, limitado no espaço, pois Deus faz tudo, como diz a Escritura, *in pondere et numero*, portanto com medidas e um número definidos. É verdade que o Gênesis atribui um começo ao mundo em que vivemos. É literalmente exato; mas nosso mundo não é nem o primeiro, nem o último. Houve outros antes dele; haverá outros ainda depois da sua destruição final, e assim por diante indefinidamente.

Criado por Deus com uma suprema sabedoria, este mundo em que vivemos é como uma manifestação do Verbo. Compreendido no Pai, o Verbo conhece tudo o que é o Pai, e é desse conhecimento que ele mesmo produziu livremente esses outros verbos de que já falamos. Essas criaturas de um Deus espírito e livre eram elas mesmas espíritos e livres. É à sua liberdade que o mundo deve o fato de ter uma história. Obras de uma pura bondade, que é simples, una e perfeitamente semelhante a si mesma, esses espíritos foram criados iguais entre si. Usando então seu livre-arbítrio, alguns deles apegaram-se a Deus com mais ou menos força, ao passo que outros se desviavam mais ou menos completamente dele. Os diversos graus dessa fidelidade ou dessa queda assinalam exatamente a hierarquia dos espíritos que povoam atualmente o universo; das hierarquias angélicas mais elevadas aos anjos já menos puros que regem os movimentos dos astros, depois aos homens, espíritos aprisionados nos corpos, cada ser ocupa o lugar que escolheu livremente. As almas humanas estão, pois, aprisionadas em seus corpos em consequência da sua deserção inicial, mas aqui, como nas doutrinas de Platão e de Plotino (provavelmente também de Amônio Sacas), elas podem esforçar-se para se libertar da sua prisão e recuperar sua condição primitiva. De fato, não são primitivamente almas, mas puros espíritos, que nada destinava a vir mais tarde animar corpos. Na palavra alma (*psykhé*), Orígenes discerne a raiz que significa “frio” (*psykhron*). Como se disse muito bem (G. Bardy), as almas não são,

para ele, mais que “espíritos resfriados”. Sua história pessoal é a de seus esforços para reencontrar seu calor e sua luz primitivos. A crer-se em são Jerônimo (Epist. 124, 4), Orígenes teria até mesmo admitido que as almas humanas podem se degradar mais ainda e, como na metempsicose dos pitagóricos, passar de um corpo humano a corpos de animais, mas não encontramos em seus textos nenhum passo que nos permita atribuir-lhe essa doutrina. O problema da origem da alma permanece misterioso para ele. Como santo Agostinho, ele estima que o ensinamento da Igreja nos deixa livres para escolher entre as duas hipóteses: da sua transmissão pelos pais, ou da sua introdução do exterior. A imaterialidade da alma humana aparece claramente, devido ao fato de que ela é capaz de conhecimento intelectual, cujo objeto é, ele próprio, imaterial. Para consumir a libertação à qual deve tender, a alma deve se elevar primeiro, graças à dialética, do conhecimento das coisas sensíveis ao das verdades intelectuais e morais. Certos espíritos atêm-se a isso, que é apenas ver a luz do sol, não é ver essa luz mesma. Só podem vê-la aqueles de quem uma luz divina ilumina a alma e aquece-a com seus raios.

Por ter sido a causa inicial de sua queda, o livre-arbítrio do homem é o agente principal de sua reabilitação. E incontestável que o homem permanece um ser livre. Os seres inanimados, como as pedras, são movidos por outrem; os seres animados, ao contrário, possuem eles mesmos o princípio de seu crescimento, no caso das plantas e, no dos animais, o de seu movimento. Dentre os animais, alguns são movidos de dentro por suas sensações ou suas imagens; mas o homem é dotado, além disso, de uma razão, cujos princípios lhe permitem criticar suas imagens e suas sensações. Cada um de nós pode constatar que os juízos da razão são livres, não no sentido de que possamos indiferentemente afirmar ou negar tudo, mas ao menos no sentido de que sabemos ser nós mesmos os autores responsáveis de tudo. Sou eu mesmo que quero, que ajo e que julgo. Sem dúvida, muitas influências boas ou ruins podem agir sobre mim para influenciar meu querer, mas sou finalmente eu mesmo a causa da minha decisão.

Como se viu, essa liberdade foi a ocasião primeira do mal, mas era e continua sendo a condição necessária do bem. A possibilidade de não escolher Deus é correlata à de escolhê-lo. Vamos mais longe: essa aptidão a preferir o bem ou o mal é absolutamente requerida para que esse bem possa verdadeiramente se tornar nosso próprio bem. Aí se encontra ainda, para nós, a raiz de nossa reabilitação. Aprisionada no corpo em que seu erro precipitou-a, a alma não perdeu toda lembrança da sua existência anterior. Ela é, por natureza, um espírito feito à imagem e semelhança de Deus, capaz, por conseguinte, de conhecê-lo conhecendo a si mesma, e de conhecê-lo cada vez melhor à medida que recupera, pela ascese e pela purificação, a semelhança com Deus, que perdeu em parte.

Cada homem é poderosamente auxiliado nessa tarefa pela graça de Cristo, cuja alma é a única que desceu num corpo humano sem nada ter perdido de sua similitude divina. Essa alma de Cristo permanece, pois, essencialmente, o Verbo, encarnado para nos salvar, e que entregou verdadeiramente sua alma em resgate para remir do Demônio os direitos que este possuía sobre nós em consequência do pecado. Desse sacrifício decorre a graça, socorro puramente gratuito e causa principal de nossa reabilitação, mas com a qual, para que essa reabilitação nos pertença, nosso livre-arbítrio deve cooperar.

O sacrifício de Cristo não é o ponto de partida apenas da salvação do homem, mas também dos anjos, e mesmo, em certo sentido, do universo inteiro. Se a doutrina de Orígenes se assemelha, por seu caráter geral, a uma cosmogonia gnóstica, difere radicalmente desta pelo otimismo cristão que a inspira. O mundo origeniano não é obra de um demiurgo inferior trabalhando sobre uma matéria ruim. Como dissemos, Deus criou tudo ele mesmo por pura bondade, inclusive a matéria. Logo, a matéria é boa, mesmo se é ruim para um espírito deixar-se encerrar nela. Aliás, o corpo do homem não é apenas a prisão de sua alma, é também, para ela, um meio de reabilitação, sobre o qual ela de certa forma se apoia, pela ascese, em seu próprio esforço de se libertar dele. Quando o mal houver atingido o limite que Deus lhe fixou, o mundo será destruído por um dilúvio de água ou de fogo. Voltando a ser puros espíritos, os justos se erguerão ao nível dos anjos e os maus cairão ao dos demônios. Todas as coisas serão então submetidas a Cristo e, por ele, a Deus, seu Pai, restabelecendo-se finalmente a ordem primitiva da criação.

Finalmente é, sem dúvida, dizer muito. Dos fragmentos de nosso mundo destruído, Deus fará outro, e depois deste outros mais, cuja história dependerá, para cada um deles, das livres decisões dos seres razoáveis que neles estarão contidos. Certos textos de Orígenes dão a pensar que os mesmos espíritos criados habitarão esses universos sucessivos e participarão de sua história, uns conservando seu nível hierárquico durante três ou quatro mundos, só vindo a perdê-lo em seguida, outros conservando-o sem fraquejar, outros ainda perdendo-o de imediato. Seria preciso, então, admitir que Cristo também recomeça, sem nunca acabar completamente, a obra da Redenção. Orígenes, porém, parece ter pensado que um lento progresso se consuma de um mundo a outro, e que o mal deve um dia desaparecer, eliminado pelo bem. Percebemos, assim, confusamente, um fim verdadeiramente último dos tempos, em que tudo será tão bem fixado na ordem, que Orígenes convida seu leitor a decidir ele mesmo, se é que se deve crer de fato que ainda restarão demônios e danados separados de Deus por toda a eternidade.

Essa história do mundo não é mais que uma parte da vasta doutrina teológica de Orígenes. Ela oferece para nós o interesse de representar de maneira bastante exata a versão cristã de uma concepção do universo cuja versão pagã pode ser lida nas *Enéadas* de Plotino. A influência da doutrina de Orígenes foi considerável. As teses audaciosas que ela continha foram objeto de reiterados ataques, como as de Método de Olimpo (falecido em 311), de Pedro de Alexandria (falecido em 312), de santo Epifânio (em seu *Panarion*, escrito por volta de 375) e, mais tarde ainda, de Teófilo de Alexandria, que reuniu um grande concílio para julgar sua doutrina, cuja condenação logrou. Mas não lhe faltaram defensores. Entre os latinos, são Jerônimo fez de Orígenes um elogio entusiasta, e os grandes capadócijs, cuja atitude vamos definir, souberam retificar sua doutrina, como convinha fazer, sem lhe pouparem sua admiração.

ETIENNE GILSON

Pacômio

Pacômio nasceu no Egito no ano de 287, na Tebaida. Filho de pais pagãos, cheios de superstições e idolatrias, desde a infância mostrou grande aversão a tudo isso. Aos vinte anos de idade foi convocado para o exército imperial e acabou ficando prisioneiro em Tebes. Foi quando fez o seu primeiro contato com os cristãos, cuja religião até então lhe era desconhecida.

À noite, na prisão recebeu um pouco de alimento de alguns cristãos, que escondidos conseguiram entrar. Comovido com esse gesto de pessoas desconhecidas, perguntou quem havia mandado que fizessem aquilo e eles responderam: “Deus que está no céu”. Nesta noite Pacômio rezou com eles para esse Deus, sentindo já nas primeiras palavras ouvidas que esta seria a sua doutrina. O Evangelho o tocou de tal forma que ele se converteu e voltou para o Egito, onde recebeu o batismo.

Depois, compartilhou durante sete anos a companhia de um ancião eremita de nome Palemon, que vivia dedicado à oração. A princípio o ancião não quis aceitá-lo a seu lado, porque sabia que a vida de solidão e orações não era nada fácil. Mas Pacômio estava determinado e convenceu-o de que deveria ficar.

Um dia, durante suas caminhadas, Pacômio ouviu uma voz que lhe dizia para inaugurar ali, exatamente naquele lugar, um mosteiro onde receberia e acolheria muitos religiosos. Depois, apareceu-lhe um anjo que o ensinou como deveria organizar o mosteiro.

Pacômio pôs-se a trabalhar arduamente e o deixou pronto. As profecias que ele ouviu se concretizaram e muitas pessoas se juntaram a ele. Monges, eremitas e religiosos de todos os lugares pediram admissão no mosteiro de Pacômio, que obteve a aprovação do bispo Atanásio, santo e doutor da Igreja. Inclusive seu irmão João, que distribuiu toda sua riqueza entre os pobres e uniu-se a ele.

Com Pacômio nasceu a vida monástica, ou cenobítica no Egito, não mais com um chefe carismático que agregava eremitãos reunidos em pequenos grupos em torno de si, mas uma comunidade de religiosos, com regras precisas de vida em comum na oração, contemplação e trabalho, à exemplo dos primeiros apóstolos de Jesus.

Pacômio abriu ainda mais oito mosteiros masculinos, um deles feminino. Sua fama de santidade espalhou-se pelo Egito e na Ásia Menor. Foi agraciado por Deus com o dom da profecia e morreu no ano de 347, vítima de uma peste que assolava o Egito, na época. Até o século XII havia ainda cerca de quinhentos monges da

Ordem de São Pacômio.

São Pacômio, o eremita, até hoje é considerado um dos representantes de Deus que mais prestaram serviço à Igreja Católica. Sua festa litúrgica ocorre no dia 09 de maio.

Fonte: <http://catolicanet.com/>

Panfílio de Cesaréia

Martirizado em 309. A *Vida de Panfílio*, escrita por Eusébio, se perdeu, mas por seu “Mártires da Palestina” aprendemos que Panfílio pertencia a uma nobre família de Beirute (na Fenícia), onde recebeu uma boa educação, e que abandonou sua terra natal após vender todas as suas propriedades e dá-las aos pobres. Ele se uniu aos “homens perfeitos”. De Fócio, que tomou suas informações da “Apologia de Orígenes”, de Panfílio, aprendemos que ele foi pra Alexandria onde seu professor era Piétrio, então o diretor da famosa Escola Catedrática.

Ele finalmente se estabeleceu em Cesaréia onde foi ordenado padre, coligiu sua famosa biblioteca, e estabeleceu a escola para o estudo teológico (Eusébio, “Hist. Eccl.”, VII, xxxii, 25). Devotou-se principalmente a produzir cópias acuradas da Sagrada Escritura. Testemunhos de seu zelo e cuidado em seu trabalho são encontrados nos manuscritos. São Jerônimo (De Vir. Ill., lxxv) diz que Panfílio “transcreveu a maior parte dos trabalhos de Orígenes de seu próprio punho”, e que “essas transcrições ainda estão preservadas na biblioteca de Cesaréia.” Ele mesmo era proprietário dos “vinte e cinco volumes dos comentários de Orígenes”, copiados por Panfílio, que ele via como a mais preciosa relíquia do mártir. Eusébio (Hist. Eccl., VI, xxxii) fala do catálogo da biblioteca contido em sua Vida de Panfílio. Uma passagem da *Vida*, mencionada por São Jerônimo (Adv. Rufin, I, ix) descreve como Panfílio sustentou estudantes pobres em suas necessidades, e não apenas emprestou, mas deu a eles cópias da Escritura, das quais mantinha um imenso suprimento. Da mesma forma, ele concedeu cópias a mulheres devotadas ao estudo. O grande tesouro da biblioteca em Cesaréia era a cópia da Hexapla do punho do próprio Orígenes, provavelmente a única cópia completa que ele fez. Foi consultada por São Jerônimo (“In Psalmos Comm.”, ed. Morin, pp. 5, 21; “In Epist. As Tit.”). A biblioteca certamente existia no sexto século, mas provavelmente não sobreviveu à tomada de Cesaréia pelos Sarracenos em 636 (Swete, “Introd. To O.T. in Greek”, 745).

A perseguição de Diocleciano começou em 303. Em 306 um homem chamado Afiano interrompeu o governador no ato de oferecer sacrifício, e pagou por seu atrevimento com um terrível martírio. Seu irmão Edésio, também um discípulo de Panfílio, sofreu o martírio aproximadamente no mesmo período em Alexandria em circunstâncias similares. A hora de Panfílio chegou em Novembro de 307. Ele foi trazido diante do governador e, ao se recusar a sacrificar, foi cruelmente torturado, e então mandado para a prisão. Lá, ele continuou copiando e corrigindo os manuscritos. Também compôs, em colaboração com Eusébio, uma “Apologia de Orígenes” em cinco volumes (Eusébio, mais tarde,

adicionou um sexto). Panfílio e outros membros de sua família , homens “no pleno vigor de mente e corpo”, foram sentenciados, sem mais torturas, a serem decapitados em Fevereiro de 309. Enquanto a sentença era dada, um jovem chamado Porfírio- “o escravo de Panfílio”, “o amado discípulo de Panfílio”, que “foi instruído na literatura e na escrita”-, exigiu os corpos dos confessores para enterro. Ele foi cruelmente torturado e morto, e as notícias de seu martírio foram mandadas a Panfílio antes de sua própria execução.

Da “Apologia de Orígenes” somente o primeiro livro resta, e numa versão latina feita por Rufino. Ela começa descrevendo a amargura extravagante do sentimento contra Orígenes. Ele era um homem de profunda humildade, de grande autoridade na Igreja de seu tempo, e honrado com o sacerdócio. Ele era, acima de tudo, ansioso por manter a regra de fé que veio dos Apóstolos. A ortodoxia de sua doutrina concernente à Trindade e à Encarnação é então justificada por excertos de seus escritos. A seguir, nove acusações contra seus ensinamentos são confrontadas com passagens de suas obras. São Jerônimo escreveu em seu “De Viris Illustribus” que havia duas apologias- uma de Panfílio e outra de Eusébio. Ele descobriu seu erro quando a tradição de Rufino apareceu no auge da controvérsia origenista, e chegou à conclusão de que Eusébio era o único autor. Ele acusou Rufino, entre outras coisas, de pôr sob o nome do mártir o que foi na verdade o trabalho do heterodoxo Eusébio, e de suprimir passagens não-ortodoxas. Para a primeira acusação há evidências abundantes de que a “Apologia” foi um trabalho conjunto de Panfílio e Eusébio. Contra a segunda pode ser mencionado o testemunho negativo de Fócio que leu o original; “Fócio que era severo com o excesso diante da mais leve semelhança de Arianismo, na apologia de Orígenes que ele havia lido em Grego” (Ceillier). Os Cânones do alegado Concílio dos Apóstolos em Antioquia foram atribuídos por seu compilador (do fim do quarto século) a Panfílio (Harnack, “Spread of Christianity”, I, 86-101). A atribuição a Panfílio, por Gemádio, do tratado “Contra Mathematicos” foi devida à má interpretação do prefácio de Rufino à Apologia. Um sumário dos Atos dos Apóstolos, entre outros escritos associados a Eutálio, trazem em sua inscrição o nome de Panfílio (P. G.m, LXXXIX, 619 sqq.).

Fonte: <http://www.newadvent.org/cathen/11436b.htm>

Paulo de Samósata

Pablo de Samósata, nacido en esta ciudad, que era capital de la provincia siria de Comagene, había sido gobernador y ministro de la reina Zenobia de Palmira; fue obispo de Antioquía desde el año 260 hasta el 268, en que fue depuesto por sus errores sobre la persona de Cristo, a quien tenía por un hombre corriente, superior a Moisés, pero que no era el Logos; por esto se le considera precursor del nestorianismo. Parece que el concilio que condenó a Pablo condenó también la expresión «homousios», consubstancial, que luego canonizaría el concilio de Nicea; pero es muy probable que se condenara ese término porque entonces se entendía de manera que negaba la distinción de las Personas divinas. Quedan sólo fragmentos de sus escritos, que no debieron de ser numerosos.

Paulino de Nola

(Pontius Meropius Anicius Paulinus)

Nació en Burdeos alrededor del 354 y murió el 22 de Junio del 431. Procedía de una distinguida familia de Aquitania y su educación fue confiada al poeta Ausonius. Llegó a ser Gobernador de la provincia de Campania pero pronto se dio cuenta que no podía encontrar en la vida pública la felicidad que buscaba. Desde el 380 al 390 vivió, casi enteramente, en su tierra natal. Se casó con una española llamada Teresa. Gracias a ella, al Obispo Delfino de Burdeos y al sucesor de este, el Presbítero Amando junto a San Martín de Tours que le curó de una enfermedad ocular, se debió su conversión. Él y su hermano fueron bautizados conjuntamente por Delfino. Cuando Paulino perdió a su único hijo, ocho días después de su nacimiento, al poco tiempo fue acusado de asesinar a su hermano. Entonces, él y su esposa, decidieron retirarse del mundo y abrazar la vida monástica. Se fueron a España alrededor del 390.

En las Navidades del 394 o 395 los habitantes de Barcelona le obligaron a ordenarse, lo cual no fue canónico, ya que él no había recibido previamente las otras órdenes. Siendo especialmente devoto de San Félix, el cual había sido enterrado en Nola (Campania), construyó una magnífica avenida que conducía directamente a la iglesia que contenía la tumba del santo y junto a esta, construyó un hospital. Decidió asentarse allí con Teresa y distribuyó gran parte de sus posesiones entre los pobres. En el 395 se trasladó a Nola donde llevó una vida monacal ascética y rigurosa a la vez que contribuyó generosamente a la Iglesia con el acueducto en Nola y con la construcción de las basílicas en Nola, Fondi, etc. La basílica de Nola contaba con cinco naves y tenía cinco capillas (cubicula) en cada lado y un ábside en forma de trébol. Esta estaba conectada con la capilla mortuoria de San Félix mediante una galería. Esta parte estaba ricamente decorada con mármol, lámparas y lustres de plata, pinturas, porta-tallas e inscripciones. En el ábside había un mosaico que representaba la Trinidad del cual, en 1512, aparecieron algunos restos.

Alrededor del 409, Paulino fue elegido Obispo de Nola. Durante veinte años desempeñó sus obligaciones en el cargo de manera elogiosa. Sus cartas contienen muchas citas y alusiones bíblicas, tanto en el fondo de su contenido como en el lenguaje empleado. Genadio menciona los escritos de Paulino en su continuación de "De Viris Illustribus" (xlix) de San Jerónimo. El panegírico sobre el Emperador Teodosio, desgraciadamente, se perdió junto con el "Opus sacramentorum et hymnorum", la "Epistolae ad Sororem", el tratado del "De Regibus" de Suetonio, el cual Ausonio menciona. Se han conservado cuarenta y nueve cartas dirigidas a amigos tales como Sulpicio Severo, San Agustín, Delfino, el obispo

Vitricio de Rouen, Desiderio, Amando, Pamachius, etc. También permanecen treinta y tres poemas. Después del 395 cada año compuso un himno para la conmemoración de San Félix en el que principalmente, glorificaba la vida, obra y milagros de su Santo Patrón. Remontándose en el tiempo presentó varios motivos religiosos y poéticos. Las partes épicas se reflejan de manera muy vívida, los poemas llenos de realismo, sencillo entusiasmo y una ardiente apreciación de la naturaleza. Se han conservado trece de los catorce poemas y fragmentos.

Destacables entre sus otras obras son las epístolas a Ausonio, el himno nupcial a Julianus que exalta la dignidad y santidad del matrimonio cristiano y un poema escrito para consolar a los padres de Celso en la muerte de su hijo. A pesar de que el estilo de Paulino posee una gran versatilidad y belleza, no está del todo libre de manierismos y de la cultura ornamental de su época. Todos sus escritos emanan encanto, personalidad ideal, liberada de ataduras terrestres en un afán por elevarse. En sintonía con Agustín, en lo tocante a la veneración de santos y reliquias, él también tenía una idea un tanto exagerada. Su carta xxxii, dirigida a Sulpicio Severo, ha recibido una especial atención porque en ella describe la Basílica de Nola, la cual construyó, dando numerosos informes sobre su existencia, construcción y propósito de los monumentos cristianos. De Paulino también tenemos información concerniente a San Pedro en Roma. Durante su vida Paulino fue considerado santo. Su cuerpo fue enterrado primero en la Catedral de Nola; después en Benevento, más tarde fue trasladado por Oto III a San Bartolomeo all'Isola en Roma para finalmente, de conformidad con la regulación de Pío X del 18 de Septiembre de 1908 (*Acta Apostolicae Sedis*, I, 245sq.) retornar a la Catedral de Nola. Su festividad que se celebra el 22 de Junio, fue elevada a la categoría de doble.

KLEMENS LÖFFLER

Transcrito por Michael C. Tinkler

Traducido por Alicia Fernández Jarrin

Fonte: <http://www.encyclopediacatolica.com/p/paulinodenola.htm>

Pápias de Hierápolis

Estamos frente a “uma das personagens mais misteriosas da antiguidade cristã. Pouquíssimo sabemos sobre ele, e as poucas notícias que temos dão lugar, por parte dos historiadores, à discussões intermináveis”.

Pápias viveu, aproximadamente, entre os anos 70 a 140 d.C. Segundo os testemunhos que se têm, era bispo de Hierápolis, na Frígia, atual Pambukcallesi turca. Foi contemporâneo e amigo de Inácio de Antioquia e de Policarpo de Esmirna. Segundo Ireneu de Lião, teria sido discípulo do apóstolo João. Conforme Eusébio de Cesaréia, Pápias fora discípulo do “outro João”, o “presbítero” e não do apóstolo João (HE, III, 39,15ss).

Ainda conforme Eusébio, Pápias era um pensador apenas medíocre, fraco e sustentava idéias judeu-cristãs e o qualifica de “homem de inteligência em extremo escassa, como o demonstram seus livros”. De fato, alguns dos fragmentos que restam de sua obra confirmam a pouca inteligência do autor. Afirmações exageradas atribuídas a Jesus muito próximas dos evangelhos apócrifos, sobre a fertilidade da terra, sobre o milênio do reino de Jesus, depois que a criação for renovada e libertada e a lendas referentes à morte de Judas. Seus fragmentos falam somente dos evangelhos de Mateus e Marcos. Nada dizem do evangelho de Lucas, das cartas de Paulo e do próprio Evangelho de João.

Jerônimo, no *De viris Illustribus* 18, diz que “Pápias, discípulo de João, bispo de Hierápolis, na Ásia, não escreveu senão cinco volumes, que intitulou Explicações dos discursos do Senhor. Afirma, no prefácio, que não segue variedade de opiniões, mas procura a verdade na tradição oral vinda dos apóstolos e discípulos do Senhor, preferindo-a aos livros, pois é “palavra viva e permanente”.

De sua obra, restam alguns fragmentos (vários deles conservados por outros escritores) que tratam, entre outras coisas, da origem dos evangelhos de Marcos e Mateus, do milenarismo, etc. Porém, o que chama mais atenção, é que Pápias foi o primeiro a afirmar que Jesus não tinha irmãos carnis: estes seriam filhos de outra Maria. Esse testemunho é muito importante para os nossos dias, onde cristãos protestantes ensinam que Maria teve outros filhos, contradizendo a doutrina católica e ortodoxa.

CARLOS NABETO e ROQUE FRANGIOTTI

Pedro de Alexandria

Pedro de Alejandría, obispo de esta sede, murió mártir en el 311. Durante la persecución de Diocleciano, en el 303, había tenido que huir, y en ausencia suya el obispo de Licópolis, Melecio, se apropió el derecho de conferir órdenes en Egipto; esto, unido a la benignidad de Pedro con los lapsos, originó el «cisma meleciano», que duraría varios siglos. Entre los fragmentos que nos han llegado de sus obras hay catorce cánones sobre la penitencia, quizá parte de una carta suya, y que luego se integraron en las colecciones oficiales de cánones. En algunas de sus obras combatía los errores origenistas.

Policarpo de Esmirna

San Policarpo fue uno de los más famosos entre aquellos obispos de la Iglesia primitiva a quienes se les da el nombre de “Padres Apostólicos”, por haber sido discípulos de los Apóstoles y directamente instruidos por ellos. Policarpo fue discípulo de San Juan Evangelista, y los fieles le profesaban una gran veneración. Entre sus muchos discípulos y seguidores se encontraban San Ireneo y Papías. Cuando Florino, que había visitado con frecuencia a San Policarpo, empezó a profesar ciertas herejías, San Ireneo le escribió:

“Esto no era lo que enseñaban los obispos, nuestros predecesores. Yo te puedo mostrar el sitio en el que el bienaventurado Policarpo acostumbraba a sentarse a predicar. Todavía recuerdo la gravedad de su porte, la santidad de su persona, la majestad de su rostro y de sus movimientos, así como sus santas exhortaciones al pueblo. Todavía me parece oírle contar cómo había conversado con Juan y con muchos otros que vieron a Jesucristo, y repetir las palabras que había oído de ellos. Pues bien, puedo jurar ante Dios que si el santo obispo hubiese oído tus errores, se habría tapado las orejas y habría exclamado, según su costumbre: ¡Dios mío!, ¿por qué me has hecho vivir hasta hoy para oír semejantes cosas? Y al punto habría huído del sitio en que se predicaba tal doctrina”.

La tradición cuenta que, habiéndose encontrado San Policarpo con Marción en las calles de Roma, el hereje le increpó, al ver que no parecía advertirle: ‘¿Qué, no me-conoces?’ “Sí, -le respondió Policarpo-, se que eres el primogénito de Satanás”. El santo obispo había heredado este aborrecimiento hacia las herejías de su maestro San Juan, quien salió huyendo de los baños, al ver a Cerinto. Ellos comprendían el gran daño que hace la herejía.

San Policarpo besó las cadenas de San Ignacio, cuando éste pasó por Esmirna, camino del martirio, e Ignacio a su vez, le recomendó que velara por su lejana Iglesia de Antioquía y le pidió que escribiera en su nombre a las Iglesias de Asia, a las que él no había podido escribir. San Policarpo escribió poco después a los Filipenses una carta que se conserva todavía y que alaban mucho San Ireneo, San Jerónimo, Eusebio y otros. Dicha carta, que en tiempos de San Jerónimo se leía públicamente en las iglesias, merece toda admiración por la excelencia de sus consejos y la claridad de su estilo. Policarpo emprendió un viaje a Roma para aclarar ciertos puntos con el Papa San Aniceto, especialmente la cuestión de la fecha de la Pascua, porque las Iglesias de Asia diferían de las otras en este particular. Como Aniceto no pudiese convencer a Policarpo ni éste a aquél, convinieron en que ambos conservarían sus propias costumbres y permanecerían unidos por la caridad. Para mostrar su respeto por San Policarpo, Aniceto le

pidió que celebrara la Eucaristía en su Iglesia. A esto se reduce todo lo que sabemos sobre San Policarpo, antes de su martirio.

El año sexto de Marco Aurelio, según la narración de Eusebio, estalló una grave persecución en Asia, en la que los cristianos dieron pruebas de un valor heroico. Germánico, quien había sido llevado a Esmirna con otros once o doce cristianos se señaló entre todos, y animó a los pusilánimes a soportar el Martirio. En el anfiteatro, el procónsul le exhortó a no entregarse a la muerte en plena juventud, cuando la vida tenía tantas cosas que ofrecerle, pero Germánico provocó a las fieras para que le arrebataran cuanto antes la vida percedera. Pero también hubo cobardes: un frigio, llamado Quinto, consintió en hacer sacrificios a los dioses antes que morir.

La multitud no se saciaba de la sangre derramada y gritaba:

“¡Mueran los enemigos de los dioses! ¡Muera Policarpo!”

Los amigos del santo le habían persuadido que se escondiera, durante la persecución, en un pueblo vecino. Tres días antes de su martirio tuvo una visión en la que aparecía su almohada envuelta en llamas; esto fue para él una señal de que moriría quemado vivo como lo predijo a sus compañeros. Cuando los perseguidores fueron a buscarle, cambió de refugio, pero un esclavo, a quien habían amenazado si no le delataba, acabó por entregarle.

Los autores de la carta de la que tomamos estos datos, condenan justamente la presunción de los que se ofrecían espontáneamente al martirio y explican que el martirio de San Policarpo fue realmente evangélico, porque el santo no se entregó, sino que esperó a que le arrestaran los perseguidores, siguiendo el ejemplo de Cristo.

Herodes, el jefe de la policía, mandó por la noche a un piquete de caballería a que rodeara la casa en que estaba escondido Policarpo; éste se hallaba en la cama, y rehusó escapar, diciendo: “Hágase la voluntad de Dios”.

Descendió, pues, hasta la puerta, ofreció de cenar a los soldados y les pidió únicamente que le dejaran orar unos momentos. Habiéndosele concedido esta gracia, Policarpo oró de pie durante dos horas, por sus propios cristianos y por toda la Iglesia. Hizo esto con tal devoción, que algunos de los que habían venido a aprehenderle se arrepintieron de haberlo hecho. Montado en un asno fue conducido a la ciudad. En el camino se cruzó con Herodes y el padre de éste, Nicetas, quienes le hicieron venir a su carruaje y trataron de persuadirle de que no “exagerase” su cristianismo: “¿Qué mal hay -le decían- en decir Señor al César, o en ofrecer un

poco de incienso para escapar a la muerte?” Hay que notar que la palabra “Señor” implicaba en aquellas circunstancias el reconocimiento de la divinidad del César. El obispo permaneció callado al principio; pero, como sus interlocutores le instaran a hablar, respondió firmemente: “Estoy decidido a no hacer lo que me aconsejáis”. Al oír esto, Herodes y Nicetas le arrojaron del carruaje con tal violencia, que se fracturó una pierna.

El santo se arrastró calladamente hasta el sitio en que se hallaba reunido el pueblo. A la llegada de Policarpo, muchos oyeron una voz que decía: “Sé fuerte, Policarpo, y muestra que eres hombre”. El procónsul le exhortó a tener compasión de su avanzada edad, a jurar por el César y a gritar: “¡Mueran los enemigos de los dioses!” El santo, volviéndose hacia la multitud de paganos reunida en el estadio, gritó: “¡Mueran los enemigos de Dios!” El procónsul repitió: “Jura por el César y te dejaré libre; reniega de Cristo”. “Durante ochenta y seis años he servido a Cristo, y nunca me he hecho ningún mal. ¿Cómo quieres que reniegue de mi Dios y Salvador? Si lo que deseas es que jure por el César, he aquí mi respuesta: Soy cristiano. Y si quieres saber lo que significa ser cristiano, dame tiempo y escúchame”. El procónsul dijo: “Convence al pueblo”. El mártir replicó: “Me estoy dirigiendo a ti, porque mi religión enseña a respetar a las autoridades si ese respeto no quebranta la ley de Dios. Pero esta muchedumbre no es capaz de oír mi defensa”. En efecto, la rabia que consumía a la multitud le impedía prestar oídos al santo.

El procónsul le amenazó: “Tengo fieras salvajes”. “Hazlas venir - respondió Policarpo-, porque estoy absolutamente resuelto a no convertirme del bien al mal, pues sólo es justo convertirse del mal al bien”. El procónsul replicó: “Puesto desprecias a las fieras te mandaré quemar vivo”. Policarpo le dijo: “Me amenazas con fuego que dura un momento y después se extingue; eso demuestra ignoras el juicio que nos espera y qué clase de fuego inextinguible aguarda a los malvados. ¿Qué esperas? Dicta la sentencia que quieras”.

Durante estos discursos, el rostro del santo reflejaba tal gozo y confianza y actitud tenía tal gracia, que el mismo procónsul se sintió impresionado. Sin embargo, ordenó que un heraldo gritara tres veces desde el centro del estadio: Policarpo se ha confesado cristiano”. Al oír esto, la multitud exclamó: “¡Este es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el enemigo de nuestros dioses que enseña al pueblo a no sacrificarles ni adorarles!” Como la multitud pidiera al procónsul que condenara a Policarpo a los leones, aquél respondió que no podía hacerlo, porque los juegos habían sido ya clausurados. Entonces gentiles y judíos pidieron que Policarpo fuera quemado vivo.

En cuanto el procónsul accedió a su petición, todos se precipitaron a traer leña de los hornos, de los baños y de los talleres. Al ver la hoguera prendida, Policarpo se quitó los vestidos y las sandalias, cosa que no había hecho antes porque los fieles se disputaban el privilegio de tocarle. Los verdugos querían atarle, pero él les dijo: “Permitidme morir así. Aquél que me da su gracia para soportar el fuego me la dará también para soportarlo inmóvil”. Los verdugos se contentaron pues, con atarle las manos a la espalda. Alzando los ojos al cielo, Policarpo hizo la siguiente oración: “¡Señor Dios Todopoderoso, Padre de tu amado y bienaventurado Hijo, Jesucristo, por quien hemos venido en conocimiento de Ti, Dios de los ángeles, de todas las fuerzas de la creación y de toda la familia de los justos que viven en tu presencia! ¡Yo te bendigo porque te has complacido en hacerme vivir estos momentos en que voy a ocupar un sitio entre tus mártires y a participar del cáliz de tu Cristo, antes de resucitar en alma y cuerpo para siempre en la inmortalidad del Espíritu Santo! ¡Concédeme que sea yo recibido hoy entre tus mártires, y que el sacrificio que me has preparado Tú, Dios fiel y verdadero, te sea laudable! ¡Yo te alabo y te bendigo y te glorifico por todo ello, por medio del Sacerdote Eterno, Jesucristo, tu amado Hijo, con quien a Ti y al Espíritu sea dada toda gloria ahora y siempre! ¡Amén!”

No bien había acabado de decir la última palabra, cuando la hoguera fue encendida. “Pero he aquí que entonces aconteció un milagro ante nosotros, que fuimos preservados para dar testimonio de ello -escriben los autores de esta carta-: las llamas, encorvándose como las velas de un navío empujadas por el viento, rodearon suavemente el cuerpo del mártir, que entre ellas parecía no tanto un cuerpo devorado por el fuego, cuanto un pan o un metal precioso en el horno; y un olor como de incienso perfumó el ambiente”. Los verdugos, recibieron la orden de atravesar a Policarpo con una lanza; al hacerlo, brotó de su cuerpo una paloma y tal cantidad de sangre, que la hoguera se apagó.

Nicetas aconsejó al procónsul que no entregara el cuerpo a los cristianos, no fuera que estos, abandonando al Crucificado, adorasen a Policarpo. Los judíos habían sugerido esto a Nicetas, “sin saber -dicen los autores de la carta- que nosotros no podemos abandonar a Jesucristo ni adorar a nadie porque a El le adoramos como Hijo de Dios, y a los mártires les arnamos simplemente como discípulos e imitadores suyos, por el amor que muestran a su Rey y Maestro”. Viendo la discusión provocada por los judíos, el centurión redujo a cenizas el cuerpo del mártir. “Más tarde -explican los autores de la carta- recogimos nosotros los huesos, más preciosos que las más ricas joyas de oro, y los depositamos en un sitio dónde Dios nos concedió reunirnos, gozosamente, para celebrar el nacimiento de este mártir”. Esto escribieron los discípulos y testigos. Policarpo recibió el premio de sus trabajos, a

las dos de la tarde del 23 de febrero de 155, o 166, u otro año.

Las obras y fuentes sobre San Policarpo:

Existe una muy vasta literatura, que no podemos citar aquí por entero, sobre San Policarpo y todo lo relacionado con él. Los principales puntos de discusión que pueden interesarnos son los siguientes:

1. La autenticidad de la carta que describe su martirio, escrita en nombre de la Iglesia de Esmirna;
2. La autenticidad de la carta de San Ignacio de Antioquía a San Policarpo;
3. La autenticidad de la carta de San Policarpo a los filipenses;
4. El valor de las informaciones que San Ireneo y otros autores primitivos nos dan sobre las relaciones de San Policarpo con el apóstol San Juan;
5. La fecha del martirio;
6. El valor de la *Vida de Policarpo* atribuida a Pionio.

Por lo que toca a los cuatro primeros puntos, se puede decir que los especialistas sobre la Iglesia primitiva, se declaran casi unánimemente en favor de la tradición ortodoxa. Las conclusiones a las que llegaron tan laboriosamente, Lightfoot y Funk han sido finalmente aceptadas casi por unanimidad. Por consiguiente, dichos documentos pueden considerarse entre los más preciosos recuerdos que han llegado hasta nosotros sobre los primeros pasos en la vida de la Iglesia.

Esos documentos que se encuentran reunidos en la obra inapreciable de Lightfoot, *The Apostolic Fathers, Ignatius and Polycarp*, 3 vols., y en la edición abreviada en un solo volumen de J. R. Harmer. *The Apostolic Fathers* (1891). En cuanto a la fecha del martirio, los escritores primitivos, basándose en la Crónica de Eusebio, aceptaban sin discusión que San Policarpo había muerto el año 166; pero los críticos actuales sitúan el martirio en los años 155 o 156. Ver, sin embargo, J. Chapman, quien en la *Revue Bénédictine*, vol. xix, pp. 145 ss., expone los motivos por los que prefiere el año 166; H. Grégoire, en *Analecta Bollandiana*, Vol. LXIX (1951), pp. 1-38, arguye largamente en favor del año 177. Por lo que se refiere al sexto punto, es decir la biografía de Pionio, según la cual Policarpo había sido un esclavo rescatado por una piadosa dama, los críticos están actualmente de acuerdo en afirmar que se trata de una obra de imaginación, escrita tal vez en el último decenio del siglo IV. P. Corssen y E. Schwartz han intentado demostrar que la *Vida de Policarpo* es una obra auténtica del

mártir San Pionio, quien murió en los años 180 o 250; pero Delchaye refutó ampliamente esta teoría en *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (1921), pp. 11-59. Hay un excelente artículo sobre San Policarpo, escrito por H. T. Andrews, en la *Encyclopaedia Britannica*, undécima edición. Kirsopp Lake, en *Loeb Classical Library, The Apostolic Fathers*, vol. iv, presenta el texto y la traducción del martirio; en la serie *Ancient Christian Writers* se encuentra sólo la traducción (vol. vi). Sobre la fecha del martirio, ver H. I. Marrou, en *Analecta Bollandiana*, Vol. LXXI (1953), pp. 5-20.

“*Vida de los Santos*“, Butler, pgs. 172-175, ed. española.

Fonte: <http://www.corazones.org/santos/policarpo.htm>

Romano, o Cantor

Los escasos datos biográficos que poseemos sobre Romano proceden de dos documentos menores, de origen litúrgico: el Sinasario y el Meneo. Según esos textos, Romano nació en Siria, en la ciudad de Emesa, hacia el 490. Ordenado diácono en Beirut, durante el reinado del Emperador Anastasio se trasladó a Constantinopla, donde fue incorporado a la iglesia de la Santísima Madre de Dios. Allí se entregó a una vida de oración y de mortificación, caracterizada por su devoción a la Virgen. En el santuario de la Madre de Dios, recibió el carisma poético. Cuenta la tradición que una noche de Navidad se le apareció la Virgen y le entregó un rollo para que lo masticara y engulliera. Apenas cumplió su mandato, subió al ambón e improvisó un himno en alabanza del Nacimiento del Señor. La vena poética, milagrosamente desatada en él, inspiró nuevos y numerosos Kondakia, himnos para las principales festividades litúrgicas del año, especialmente las de Cristo y la Virgen. Se dice que compuso un millar de himnos, aunque son muchos menos los que han llegado hasta nosotros. Romano, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de el cantor, murió entre el 555 y el 562, y fue sepultado en la iglesia de Ciro, donde se celebra su memoria el 1 de octubre. Aunque los temas de sus composiciones son muy variados, destacan los himnos mariológicos. La figura de la Virgen es contemplada a la luz de la vida y de la obra redentora de su Hijo.

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_romano_el_cantor.htm

Salviano de Marselha

Los datos biográficos que se poseen sobre su vida son escasos. Nacido en los primeros años del siglo V, en Colonia o Tréveris, no se sabe con certeza cuando se trasladó al sur de la Galia. Desde el año 426 vive en la comunidad monástica de la isla de Lerins, frente a las costas de Marsella. Tres años más tarde era sacerdote.

Sus escritos revelan una esmerada formación cultural, y merecen especial atención sus estudios jurídicos. De las numerosas homilias y de su producción literaria se han conservado algunas Cartas y los tratados A la Iglesia y Sobre el gobierno divino. Esta última es su obra más importante, compuesta de ocho libros, en la que desarrolla el tema de la providencia divina. Se dirige a los cristianos para fortalecerles en la fe y en la confianza en Dios, en medio de la situación en que se encontraban los católicos en aquellos tiempos, bajo el

dominio de los pueblos germánicos. Junto a la intención apologética, la obra trata de atajar los desórdenes morales del momento y exhorta a la conversión.

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/salviano_de_marsella.htm

Santiago de Sarug

Santiago de Sarug es uno de los grandes Padres de la Iglesia siria. Nació en el año 451 en el distrito de Sarug, a orillas del Eufrates. Según la tradición, completó sus estudios teológicos en Edesa, donde recibió unos sólidos conocimientos lingüísticos, filosóficos y teológicos. A los 22 años de edad se hizo monje y eremita.

No abundan los datos sobre su vida: en el año 502 es nombrado corepíscopo, oficio eclesiástico que ejercía una jurisdicción delegada del obispo. Durante esta época, visitó muchos monasterios ganándose la estima de monjes y eremitas. En el 519 fue consagrado obispo; y desde ese momento desarrolló un extensa labor pastoral hasta el momento de su muerte, acaecida dos años más tarde. Su fama de santidad lo hizo entrar en la liturgia y en el calendario de los santos. En la Iglesia latina es recordado el 29 de octubre.

Santiago de Sarug ha dejado una obra variada y abundante. Destacan los escritos en verso. Según algunos estudiosos, predicó unas 760 homilías, aunque sólo se han conservado la mitad y no todas han sido publicadas. En los siguientes párrafos, tomados de una de sus homilías sobre la Virgen, destaca el cariño con que Santiago de Sarug habla de la belleza sobrenatural y humana de nuestra Madre del Cielo.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Fonte: http://www.mercaba.org/TESORO/santiago_de_sarug.htm

Sofrônio de Jerusalém

Nació en Damasco, hacia el año 560. Probablemente ejerció como profesor de Retórica, hasta que, todavía joven, abrazó la vida monacal. Pasó veinte años bajo la dirección experta de San Juan Mosco. Juntos visitaron varios monasterios de Egipto, con el propósito de pasar a Roma. Una vez en la Ciudad Eterna, el año 619 murió San Juan Mosco. Entonces, San Sofronio decidió regresar a Palestina. En el año 633 o 634 fue elegido Patriarca de Jerusalén, mostrándose desde entonces como un pastor celoso de su grey.

La biografía de San Sofronio podría centrarse en dos polos de interés: su afán de santidad y su integridad doctrinal, que le llevó a sufrir mucho por defender la fe católica frente a la herejía del monotelismo. Estas dos características quedan muy bien reflejadas en su producción literaria, de la que nos han llegado algunas obras que podrían llamarse de entretenimiento, unos cuantos himnos y varios escritos hagiográficos, como la Vida de los santos egipcios Ciro y Juan y algunos fragmentos de una biografía del Patriarca alejandrino Juan el Limosnero, compuesta junto a San Juan Mosco.

El mismo año de su muerte, 638, vio con inmenso pesar como la Ciudad Santa caía en manos de los musulmanes, por obra del Califa Omar.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_sofronio_de_jerusalen.htm

Urbano I

Pontificou de 222-30, data de nascimento desconhecida; morreu em 23 de Maio de 230. De acordo como o “*Liber Pontificalis*”, Urbano era romano e o nome de seu pai era Pontianus. Depois da morte de Calixto I (14 de Outubro de 222), Urbano foi eleito Bispo de Roma, de cuja Igreja foi a cabeça por oito anos, de acordo com Eusébio (*Hist. eccl.*, VI, 23). O documento chamado catálogo Liberiano dos papas situa o início de seu pontificado no ano 223 e o término no ano 230. A dissensão produzida na Igreja de Roma por Hipólito continuou a existir durante o pontificado de Urbano. Hipólito e seus partidários persistiram no cisma, e foi provavelmente durante o pontificado de Urbano que Hipólito escreveu sua “*Philosophumena*”, no qual atacou o Papa Calixto severamente. Urbano manteve a mesma atitude em relação ao grupo cismático e seu líder que seu predecessor adotou. As autoridades históricas não dizem nada sobre nenhum outro problema na vida da Igreja de Roma durante essa era. Em 222 Alexandre Severo tornou-se imperador de Roma. Sua mãe, Julia Mamammaea, era amiga do professor alexandrino Orígenes, a quem convocou para Antioquia. Hipólito dedicou sua obra sobre a Ressurreição a ela. O resultado da opinião favorável ao cristianismo sustentada pelo imperador e sua mãe foi que os cristãos desfrutaram uma completa paz nas coisas imprescindíveis, apesar do status legal não ter mudado. O historiador Lampridius (*Alex. Sever.*, c. xxii) diz enfaticamente que Alexandre Severo não criou problemas para os cristãos: “*Christianos esse passus est.*” Indubitavelmente, a Igreja de Roma experimentou os felizes resultados daquelas intenções gentis e não foi importunada durante o reinado do imperador (222-235). Ele até mesmo protegeu cristãos romanos numa disputa legal sobre a propriedade de uma porção de terra. Quando eles desejaram construir uma Igreja numa porção de terra em Roma que também foi reivindicada por taverneiros, o assunto foi trazido à corte imperial, e Severo decidiu em favor dos cristãos, declarando que era melhor que Deus devesse ser adorado naquele local (*Lampridius*, “*Alex. Sever.*”, c. xlix).

Nada se sabe a respeito dos trabalhos pessoais do Papa Urbano. O aumento na extensão de várias Catacumbas Romanas na primeira metade do terceiro século prova que os cristãos cresceram grandemente em número durante esse período. Os lendários Atos de Santa Cecília vinculam a santa, e também o seu marido e cunhado, com Urbano, quem acredita-se que os tenha batizado. Essa narrativa, no entanto, é puramente lendária, e não tem qualquer valor histórico que seja; o mesmo vale para os Atos do martírio do próprio Urbano, que são de data ainda mais posterior que a lenda de Santa Cecília. A declaração no “*Liber Pontificalis*” segundo a qual Urbano converteu muitos com seus sermões, se

baseia nos Atos de Santa Cecília. Outra declaração da mesma autoridade, segundo a qual Urbano teria ordenado que se fizessem vasos litúrgicos de prata, é somente uma invenção do editor posterior da biografia no início do sexto século, que arbitrariamente atribuiu a Urbano a produção de tais vasos, incluindo alguns para vinte e cinco igrejas titulares de seu próprio tempo.

Os detalhes da morte de Urbano são desconhecidos, mas, a julgar pela paz de sua era, ele deve ter morrido de morte natural. O “*Liber Pontificalis*” afirma que ele se tornou um confessor no reinado de Diocleciano; a data adicionada não tem autoridade. Seu nome não aparece no “*Depositio Episcoporum*” do quarto século no “*Kalendarium Philocalianum*”.

Duas afirmações diferentes são feitas pelas primeiras autoridades sobre a sepultura de Urbano, das quais, no entanto, só uma refere-se ao papa com esse nome. Nos Atos de Santa Cecília e no “*Liber Pontificalis*” é dito que o papa Urbano foi sepultado na Catacumba de Praetextatus na Via Apia. Os Itinerários do sétimo século às sepulturas dos mártires romanos mencionam todos a sepultura de Urbano vinculada com as de alguns mártires que foram sepultados na Catacumba de Praetextatus. Um dos Itinerários dá a esse Urbano o título de “Bispo e Confessor”. Consequentemente, a partir do quarto século, toda a tradição romana venerou o papa com esse nome no Urbano da Catacumba de Praetextatus. Escavando uma câmara dupla da Catacumba de São Calixto, De Rossi encontrou, no entanto, um fragmento de um sarcófago que trazia a inscrição OUPBANOCE [bispo]. Ele também provou que na lista de mártires e confessores na Catacumba de São Calixto, preparada por Sixto III (432-40), o nome de Urbano foi encontrado. O grande arqueólogo De Rossi chegou então à conclusão de que o Urbano em São Calixto era o papa, enquanto o santo de mesmo nome em São Praetextatus era o bispo de outra sé que morreu em Roma e foi sepultado nessa catacumba. A maioria dos historiadores concorda com essa opinião, que é, no entanto, fundada principalmente nos Atos de Santa Cecília. As letras do supramencionado epitáfio de um Urbano em São Calixto indicam um período posterior, como a comparação com dos epitáfios papais nas criptas papais provam. Na lista preparada por Sixto III e mencionada acima, Urbano não é citado na sucessão dos papas, mas aparece em meio aos bispos estrangeiros que morreram em Roma e foram sepultados em São Calixto.

Portanto, parece necessário aceitar o testemunho de que o Papa Urbano foi sepultado na Catacumba de Praetextatus, enquanto o Urbano em São Calixto é um bispo de uma data posterior de alguma outra cidade. Essa visão reconcilia-se melhor com as

declarações do “*Martyrologium Hieronymianum*”. No dia 25 de Maio (VIII kal. Jun) é encontrado o aviso: “*Via nomentana miliario VIII natale Urbani episcopi in cimiterio Praetextati*” (“*Martyr. Hieronym.*”, ed. De Rossi- Duchesne, 66). A catacumba na Via Nomentana, no entanto, é a que contém a sepultura do Papa Alexandre, enquanto a Catacumba de Praetextaus é na Via Apia. Duchesne provou (*Lib. Pontif.*, I, xlvi-xlvii) que na lista de papas de que essa nota é tirada falta uma linha, que originalmente declarava que a sepultura do papa Alexandre estava na Via Nomentana, e a do Papa Urbano na Via Apia, na Catacumba de Praetextatus. Consequentemente 25 de Maio é o dia do sepultamento de Urbano em sua catacumba . O mesmo martirologio contém, no dia 19 de Maio (XIV kal. Jun.) uma longa lista de mártires encabeçados pelos dois mártires romanos Calocerus e Partenius, que foram sepultados na Catacumba de São Calixto, incluindo Urbano, esse Urbano aparentemente o bispo estrangeiro de mesmo nome que foi sepultado na mesma catacumba.

Fonte: <http://www.newadvent.org/cathen/15209a.htm>

Taciano, o Sírio

Taciano el Sirio, nacido de una familia pagana y en Siria, seguramente en la zona cercana al imperio persa («nacido en tierra de asirios», dice de sí mismo), y con una gran antipatía hacia todo lo griego, se convirtió quizá en Roma, donde acudió a la escuela de Justino; como su maestro, había llegado al cristianismo después de una larga búsqueda de la verdad entre los filósofos. Pero a diferencia de Justino, Taciano rechaza completamente no sólo la filosofía de los griegos, sino toda su cultura y sus costumbres. Regresó a Oriente hacia el 172, y dio origen a una secta rigorista, llamada de los encratitas, que proscribía el matrimonio, el comer carne y el beber vino, hasta el punto de que en la misma Eucaristía lo substituyó por agua.

De sus obras sólo dos se conservan. Una, que al parecer era la más importante de todas y que se puede reconstruir con las traducciones que tenemos, es el Diatessaron; se trata de una concordia de los cuatro evangelios, hecha con objeto de presentarlos en un solo relato continuo; parece que fue muy utilizado, incluso en la liturgia, durante un largo tiempo; su traducción al latín fue posiblemente la primera versión latina del Evangelio.

La otra obra es el Discurso contra los griegos, una apología que, más que una defensa frente a los paganos, es un ataque virulento y desmesurado contra todo lo griego, al que añade la exposición de algunos puntos de la religión cristiana: Dios, el Logos, el pecado original, los demonios y su actividad, la posibilidad de que el hombre se haga inmortal si sabe rechazar completamente la materia, el misterio de la encarnación, la conducta de los cristianos; la religión cristiana, dice, es la más antigua de todas, pues Moisés es anterior a cualquier pensador griego.

ENRIQUE MOLINÉ

Fonte: <http://www.mercaba.org/TESORO/427-12.htm>

Teodoreto de Ciro

Teodoreto de Ciro, que murió hacia el 466, había nacido en Antioquía hacia el 393. En el 423 fue elegido obispo de Ciro, ciudad cercana a Antioquía; aunque se había resistido a ser obispo, cumplió bien con sus obligaciones. Sin ser nestoriano, atacó la doctrina de Cirilo de Alejandría y del concilio de Éfeso, contra los que escribió; fue depuesto por su oposición al monofisismo de Eutiques; más adelante, después de hacer una declaración contra Nestorio, participó junto a los autores ortodoxos en el concilio de Calcedonia de 451; sin embargo, cien años después, el concilio II de Constantinopla (553) condenó aquellos escritos suyos dirigidos contra Cirilo y contra Éfeso. Su obra literaria fue ingente. Se conservan algunos de sus *tratados dogmáticos, comentarios a las Escrituras, algún sermón y cartas*. Su *Curación de las enfermedades griegas* se suele considerar la última apología y una de las mejores, y está dedicada a refutar el paganismo; incluye citas de más de cien autores paganos.

Teodoro da Mopsuéstia

Teodoro de Mopsuestia había nacido en Antioquía, donde estudió y estableció una amistad duradera con San Juan Crisóstomo; esta amistad le indujo primero a entrar en un monasterio y luego, después de haberlo abandonado muy pronto, a regresar a él. El año 392, cuando llevaba ya nueve años de sacerdote, fue consagrado obispo de Mopsuestia, en Cilicia. Murió el 428, rodeado de gran fama.

Teodoro es el autor más famoso y más representativo de la escuela de Antioquía. Con sus numerosas obras ha pasado sin embargo lo mismo que con las de su maestro Diodoro de Tarso; últimamente se han podido recuperar algunas a través de sus traducciones a lenguas orientales, y junto con los fragmentos existentes de otras permiten hacer una reconstrucción aceptable de su teología. Así, por ejemplo, cita a menudo las cláusulas del símbolo bautismal, de manera que es posible rehacer éste y, de paso, darse cuenta de que es bastante diferente del que le atribuyeron sus enemigos.

En exégesis, parece que comentó casi todos los libros de la Escritura, siguiendo con gran rigor científico el método histórico y filológico propio de la escuela; escribió una obra *Contra los alegóricos*, en contra de Orígenes, cuyo título señala su posición frente a la exégesis alejandrina. Tiene también 16 Homilías catequéticas, recuperadas el año 1932; unas siguen el símbolo niceno y van destinadas a los catecúmenos y otras versan sobre el padrenuestro, el bautismo y la Eucaristía y se destinan a los neófitos, de una manera que recuerda la obra semejante de Cirilo de Jerusalén. Entre sus escritos dogmáticos destaca su obra *Sobre la encarnación*; tiene además una *Disputa con los macedonios*, una refutación *Contra Eunomio*, otra *Contra Apolinar* y otra *Contra los defensores del pecado original*, que parece que sostenían que éste había corrompido la naturaleza humana. Son también obras suyas un escrito *Contra la magia* y otro, el *Libro de las perlas*, que posiblemente fuera una colección de cartas.

Fonte:

http://www.mercaba.org/Moline/teodoro_de_mopsuestia.htm

Teódoto de Ancira

Teodoto fue obispo de Ancira, una población situada en Galacia, en el Asia Menor. Amigo personal de Nestorio, fue, sin embargo, uno de sus principales adversarios, cuando el Concilio de Efeso del año 431 condenó las doctrinas de aquél como heréticas. Nestorio afirmaba la existencia de dos personas en Jesucristo, negando el título de Madre de Dios a la Virgen Marta.

Teodoto alcanzó un gran prestigio como teólogo y defensor de la ortodoxia; junto a San Cirilo de Alejandra, representó un papel de primer orden en la confutación de los errores nestorianos. Adentrándose en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, expuso con claridad y defendió con firmeza la verdad de la existencia de dos naturalezas en la única persona de Cristo y exaltó de modo especial la maternidad divina de Santa Marta, junto a su perpetua virginidad. Su muerte tuvo lugar en torno al año 446.

Entre sus obras merecen especial mención las dos homilías sobre el nacimiento del Señor. Pronunciadas en Ancira, fueron leídas en el Concilio de Efeso e introducidas en sus Actas.

Se recoge a continuación un pasaje de una de estas homilías. Con un estilo de argumentación muy típico de la época, Teodoto explica cuál es la lección fundamental que nos enseña la pobreza del Nacimiento de Nuestro Salvador: asumiendo nuestra naturaleza humana en medio de una gran indigencia, nos hizo partícipes de la riqueza de su divinidad.

Teófilo de Antioquia

Bispo de Antioquia. Eusébio, em sua Crônica, situa o nome de Teófilo junto ao do Papa Soter (169-77), e o de Maximinus, sucessor de Teófilo, junto ao nome de Eleutherus (177-93). Isso não significa que Maximinus tenha sucedido Teófilo em 177, mas apenas que Teófilo e Maximinus compuseram suas obras mais elevadas respectivamente nos tempos de Soter e Eleutherus. Lightfoot e Hort mostraram que Eusébio, sem ter dados cronológicos precisos sobre os bispos de Antioquia como os tinha dos bispos de Roma e Alexandria, situou os nomes dos bispos de Antioquia junto ao dos bispos romanos contemporâneos (Lightfoot, “*St. Ignatius*”, etc., II, 468 sq., e “*St. Clement*”, etc., I, 224 sqq.). Quando, portanto, encontramos no terceiro livro de Teófilo, “*Ad Autolyicum*”, que o escritor estava vivo após a morte (180) de Marco Aurélio, disso não se segue, como supõem até mesmo autores como Harnack e Bardenhewer, que Eusébio tenha cometido um erro cronológico. O “*Ad Autholyicum*”, o único escrito restante de Teófilo, é uma apologia do Cristianismo. Consiste de três livros, trabalhos efetivamente separados, escritos em diferentes épocas, e corresponde exatamente à descrição dada por Eusébio de “três trabalhos elementares” (*Hist. eccl.*, IV, xxiv). O autor fala de si mesmo como um convertido do paganismo. Trata de assuntos como a idéia cristã de Deus, o relato da Escritura da origem do homem e do mundo comparado aos mitos pagãos. Em algumas ocasiões ele se refere (vinculado aos primeiros capítulos do Gênesis) a um trabalho histórico composto por ele próprio. Eusébio (*op. cit.*) fala das refutações a Marcião e Hermógenes, e de “livros catequéticos”. A estes São Jerônimo (*De vir. illust.*, xxv) adiciona comentários aos Provérbios e aos Evangelhos. Ele fala dos comentários de Teófilo aos Evangelhos no prólogo de seus próprios comentários, e também de sua epístola “*Ad Algasiam*”, na qual aprendemos que Teófilo comentou sobre um Diatessaron ou Evangelho da Harmonia composto por ele próprio (“*Teophilis... quattor Evangelistarum in unum opus compingens.*”). Uma longa citação da mesma epístola é tudo o que resta desse comentário, pois a tentativa de Zahn de identificá-lo com um comentário em Latim atribuído a alguns manuscritos de Teófilo não encontrou partidários.

Fonte: <http://www.newadvent.org/cathen/14625a.htm>

Tertuliano

A atitude polêmica em relação à filosofia assumida por Quinto Setímio Florêncio Tertuliano foi muito mais forte. Nascido pouco depois da metade do século II em Cartago, tem como o grande destaque de suas obras o *Apologético*. Outras obras suas interessantes por vários aspectos são: *O testemunho da alma*, *Contra os judeus*, *As prescrições contra os heréticos*, *Contra Marcião*, *Contra os valentinianos*, *o Tratado sobre a alma*, *A carne de Cristo* e *A ressurreição da carne*, entre outras.

Depois de ilustrar no *Apologético* a contraditoriedade dos filósofos e sua imoralidade, Tertuliano contrapõe os filósofos aos cristãos do seguinte modo: “Em seu conjunto, que semelhança pode-se perceber entre o filósofo e o cristão, entre o discípulo da Grécia e o candidato ao céu, entre o traficante de fama terrena e aquele que faz questão de vida, entre o vendedor de palavras e o realizador de obras, entre quem constrói sobre a rocha e quem destrói, entre quem altera e quem tutela a verdade, entre o ladrão e o custódio da verdade?” Em outras obras, Tertuliano reafirma que Atenas e Jerusalém nada têm em comum, como também a Academia e a Igreja. O cristão extrai seus ensinamentos do Pórtico de Salomão, que ensina a “procurar o Senhor com simplicidade de coração”. Tertuliano rejeita qualquer tentativa de fazer do cristianismo “uma contaminação de estoicismo, platonismo e dialética”: com efeito, a fé torna inútil qualquer outra doutrina. Para ele, os filósofos são os patriarcas dos heréticos. Como a fé em Cristo e sabedoria humana se contradizem, ele escreve na *Carne de Cristo*: “O Filho de Deus foi crucificado: não me envergonho disso, precisamente porque é vergonhoso. O Filho de Deus morreu: isto é crível, porque é uma loucura. Foi sepultado e ressuscitou: isto é certo, porque é impossível.” As expressões “*prorsus credibile est, quia ineptum est*” e “*certum est, quia impossibile est*” tornaram-se muito famosas, tendo sido condensadas na célebre fórmula “*credo quia absurdum*” que resume muito bem o espírito de Tertuliano.

Para chegar a Deus, basta uma alma simples: a cultura filosófica não ajuda, até atrapalha. No *Testemunho da alma*, podemos ler: “Mas não me refiro àquela alma que se formou na escola, que se treinou na biblioteca, que se empanturrou na Academia e no Pórtico da Grécia e agora dá os seus arrotos culturais. Para responder, é a ti que chamo, alma simples, ainda no redil, não manipulada ainda e privada de cultura, assim como és naqueles que só têm a ti, alma íntegra que vens dos ajuntamentos, das ruas, da fiação. Preciso da tua ignorância, porque ninguém confia em quatro noções de cultura.” E, no *Apologético*, Tertuliano escreve: “*O testimonium animae naturaliter christianae!*”

Apesar dessa viva antifilosofia, Tertuliano, em certa medida, revela-

se um estóico em ontologia. Para ele, o ser é “corpo”: “nihil enim, si non corpus”, “nihil est incorpórale, nisi quod non est”. Ele deve ter absorvido essas teses sobretudo de Sêneca, a quem muito admirava. Deus é corpo, embora *sui generis*, assim como a alma também é corpo. O seu *De anima*, como construção ontológica de fundo, representa a antítese exata do *Fédon*.

A Tertuliano cabe o mérito de ter criado a primeira linguagem da teologia latino-cristã e de ter denunciado muitos erros da heresia gnóstica.

GIOVANNI REALE



Los datos biográficos que conocemos de Quinto Septimio Florencio Tertuliano nos han llegado a través de San Jerónimo. Sabemos que pasó la mayor parte de su vida en Cartago, donde nació hacia el año 155. Se convirtió hacia el año 193, quizá durante sus años en Roma, donde se dedicaba al ejercicio de la abogacía. Desde entonces puso al servicio de la Iglesia su formación jurídica y una notable habilidad retórica. Fue el primero en emplear la lengua latina en la exposición teológica. Lamentablemente, al final de su vida, cayó en los errores del montanismo, una herejía de corte rigorista. Por esta razón no se le cuenta en el número de los Padres, aunque tiene gran importancia en la historia de la Iglesia. Murió en torno al año 225.

En su época católica defendió con eficacia la fe frente a los paganos y frente a diversas herejías, y escribió obras teológicas y de carácter disciplinar y moral. Quizá el libro más conocido sea el Apologético: un valiente escrito dirigido a los gobernadores de las provincias romanas, para mostrarles la rectitud de vida de los cristianos, totalmente ajenos a los delitos que se les atribuían. Ya en una obra precedente, A los gentiles, había hecho otra enérgica defensa del cristianismo, dirigiéndose al mundo pagano en general. En el Apologético sigue un programa mejor delineado y más sistemático. Se propone presentar a los cristianos como ciudadanos comunes, como cualesquiera otros, cumplidores ejemplares de todas sus obligaciones cívicas, interesados por la cosa pública como el que más, dignos de todo el aprecio que los gobernantes deben tener por los súbditos buenos y leales.

De gran importancia son otros dos tratados: uno acerca de la oración, y otro sobre la penitencia, de los que a continuación se recogen algunos párrafos. El tratado Sobre la oración es el primero que aborda este tema en la literatura cristiana. En Sobre la penitencia es testigo de la práctica penitencial de la Iglesia y de la necesidad de confesar los pecados cometidos después del Bautismo.

JOSÉ ANTONIO LOARTE

Vicente de Lérins

Escritor eclesiástico del sur de la Galia del siglo V; se celebra el 24 de mayo.

Su obra es más conocida que su vida. Casi todo lo que sabemos de él está recogido en “De viris illustribus” (lxiv) de Genadio. Ingresó en el monasterio de Lérins (llamada hoy Isla de San Honorato), donde, bajo el pseudónimo de Peregrino, escribió su “Commonitorio” (434). Murió antes del 450, probablemente poco después del 434. San Eucherio de Lyon habla de él como de un hombre santo, reputado por su elocuencia y sabiduría. No hay pruebas evidentes que identifiquen a Vicente con Mario Mercator, pero sí es probable, si no cierto, que Vicente sea el autor contra el que Próspero, el amigo de San Agustín, dirige sus “Responsiones ad capitula objectionum Vincentianarum”, ya que Vicente era semipelagiano, y por ello, contrario a la doctrina de San Agustín.

Hoy se considera que [Vicente] empleó contra San Agustín su principio básico: “debe considerarse como cierto aquello que ha sido creído por todos, siempre y en todas partes”. Dado que vivía en un lugar profundamente influido por el semipelagianismo, los escritos de Vicente muestran varios puntos doctrinales cercanos a Casiano y a Fausto de Riez, que se convirtió en abad de Lérins en la época en la que Vicente escribió el “Commonitorio”, y usan expresiones técnicas muy parecidas a las empleadas por los semipelagianos contra Agustín; pero, como observa Benedicto XIV, eso ocurrió antes de que la Iglesia decidiese la controversia.

El “Commonitorio” es la única obra de Vicente que se ha conservado cuya autoría se le atribuye con certeza. Las “Objetiones Vicentianae” sólo las conocemos a través de la refutación de Próspero. Parece probable que colaborara —o al menos las inspirara— en las “Objetiones Gallorum”, contra las que Próspero también escribe en su libro.

La obra contra Potino, Apolinar, Nestorio, etc, que pretendía emprender (Commonitorio, xvi), si alguna vez la llegó a escribir, no ha llegado a nuestros días. El “Commonitorio”, escrito por su autor como un libro de apuntes que le sirviera de recordatorio, ayuda y guía en la fe siguiendo la tradición de los Padres, comprendía dos “commonitoria” diferentes, de los cuales el segundo no se conserva, salvo por el pequeño resumen que aparece al final del primero, hecho por el propio autor, que se queja de que alguien se lo ha robado. Ni Genadio, que escribió hacia los años 467-80, ni ninguno de los manuscritos que hoy conocemos han permitido hallar ninguna otra huella de él.

Es difícil determinar exactamente en qué se diferenciaba el

segundo “commonitorium” del primero. En el que se ha conservado desarrolla (capítulos i-ii) una regla práctica para distinguir la herejía de la verdadera doctrina: básicamente la Sagrada Escritura, y, si ello no bastara, la tradición de la Iglesia Católica. Aquí se halla el famoso principio que fue fuente de tanta controversia durante el Concilio Vaticano II: “Magnopere curandum est ut id teneatur quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est”. Cuando alguna nueva doctrina surja en el seno de la Iglesia —donatismo, por ejemplo— habrá que adherirse con firmeza a la creencia de la Iglesia Universal; y suponiendo que la nueva doctrina fuera de tal naturaleza que llegara a contaminarla casi por completo, como ocurrió con el arrianismo, habrá que aferrarse a la doctrina de más antigüedad; si incluso en ella hallamos algún error, sostendremos lo establecido por los Concilios generales, o en su defecto, lo aprobado por aquellos que en diferentes épocas y lugares se mantuvieron siempre firmes en la unanimidad de la fe católica (iii-iv).

Estos principios han sido aplicados por San Ambrosio y los mártires en la lucha contra donatistas y arrianos, y por San Esteban, que luchó contra el rebautismo; también los hallamos en San Pablo (viii-ix). Si Dios permite que nuevas doctrinas heréticas o desviadas sean enseñadas por hombres distinguidos como Tertuliano, Orígenes, Nestorio, Apolinar, etc. (x-xix), no es sino para ponernos a prueba. El católico no admite ninguna de estas novedosas doctrinas, como vemos en I Tim., vi, 20-21 (xx-xxii, xxiv). Sin por ello negar toda oportunidad de progresar en la fe, sino antes bien para que ésta crezca como el grano y la semilla o en el mismo sentido y en el mismo pensamiento, “eodem sensu ac sententia”, aquí es donde viene el conocido pasaje sobre el desarrollo dogmático: “crescat igitur. . .” (xxiii). El hecho de que los herejes usen la Biblia lo les libra en absoluto de ser herejes, ya que la usan para un mal fin, que les hace merecedores del demonio (xxv-xxvi). El católico interpreta las Escrituras según las reglas arriba enumeradas (xxvii-xxviii). A continuación concluye con una recapitulación de todo el “Commonitorium” (xxix-xxx).

Todo esto, escrito en un estilo literario, plagado de expresiones clásicas, pero con una línea de desarrollo discursivo fácil y hasta familiar, con digresiones a cual más comunicativa que se multiplican una tras otra. Las dos ideas clave que más llaman la atención de todo el libro son la que concierne a la fidelidad a la tradición (iii y xxix) y al progreso de la doctrina católica (xxiii). La primera, llamada a menudo el canon de Vicente de Lérins -que Newman consideraba más adecuado para determinar lo que no es que lo que es Doctrina católica- ha sido a menudo objeto de controversias. Según su autor, este principio debería decidir el valor de un nuevo punto doctrinal antes de que la Iglesia emita su juicio sobre él. Vicente lo propone como medio para poner a

prueba las novedades que puedan surgir respecto a un punto doctrinal. Este canon ha sido interpretado de diferentes maneras; algunos autores creen que su verdadero significado no es el que Vicente pretendía cuando lo usó contra las ideas de Agustín. No puede negarse que, a pesar de lo lúcido de su formulación, la explicación del principio y su aplicación a hechos históricos no siempre es fácil; incluso teólogos como de San y Franzelin, cuyos puntos de vista suelen coincidir, están en desacuerdo en esto. Vicente muestra claramente que su principio debe ser entendido en un sentido relativo y disyuntivo, y no de una manera absoluta uniendo los tres principios en uno: “ubique, semper, ab omnibus”; antigüedad no debe entenderse en sentido relativo, sino en el sentido de un relativo consenso de la antigüedad. Cuando habla de las creencias generalmente admitidas es más difícil establecer si se refiere a creencias implícita o explícitamente admitidas; para las segundas, el canon es verdadero y aplicable en ambos sentidos: afirmativo (lo que es católico) y negativo o exclusivo (lo que no es católico); para las primeras, el canon es verdadero y aplicable en sentido afirmativo, pero ¿puede decirse lo mismo en su sentido negativo o exclusivo sin poner a Vicente en contradicción con todo lo que él mismo afirma sobre el progreso de la doctrina revelada?

El “Commonitorium” ha sido abundantemente traducido y publicado. Señalaremos aquí la primera edición de Sichardus, de 1528, y las de Baluze (1663, 1669, 1684, París), de las cuales la mejor es la última, que aún el contenido de los cuatro manuscritos que se conservan. Éstos fueron usados también para la edición de Rauchsen en su nueva y cuidada selección (“Florilegium patristicum”, V, Bonn, 1906). De uso académico son las de Julicher (Friburgo, 1895) y Hurter (Innsbruck, 1880, “SS. Patrum opuscula selecta”, IX), con útiles notas.

BARDENHEWER-SHAHAN, *Patrology* (St. Louis, 1908), 520-2; Kiln, *Patrologie*, II (1908), 371-5; KOCH, *Vincent von Lérins und Gennadius in Texte und Untersuchungen*, XXXI, 2 (1907); BUNETIERE, and DE LABRIOLLE, *S. Vincent de Lérins; La pensee chretienne* (Paris, 1906).

J. DE GHELLINCK

Transcrito por Barbara Jane Barrett

Traducido por Alejandra G. Bonilla

Vitorino de Petávio

Victorino de Petavio, que murió mártir en el 304, fue obispo de Petavio, en Panonia, a la orilla del Drava, y posiblemente era natural de Grecia. Escribió obras de exégesis, siendo el primero de los latinos en hacerlo; se conserva su comentario al Apocalipsis, en el que muestra su milenarismo.

Zeferino

(Reinó durante 198-217).

Se desconoce su fecha de nacimiento. Murió el 20 de diciembre de 217. Luego de la muerte del Papa Víctor en 198, Zeferino fue electo y consagrado como sucesor. Este papa es descrito por Hippolytus en "Philosophymena" (IX, xi) como un hombre simple, sin educación.

La anterior apreciación se comprende al saber que Zeferino no tuvo altos estudios y que se había dedicado a la administración práctica de la Iglesia, no así al aprendizaje teológico. Inmediatamente, luego de su elevación en la Sede de Roma, Zeferino llamó a Roma al Confesor Callistus, quien vivía en Antium y recibía una pensión del Papa Víctor, para instruir, a fin de que se hiciera cargo de la supervisión del cementerio.

Era evidente que un poco antes de esto, la comunidad cristiana de Roma había, bajo el mandato de Víctor, tomado posesión de un lugar para entierros en la Vía Appia, y Zeferino, colocó a Callistus para su administración. El nombre que se dio al cementerio fue precisamente Callistus. Este último personaje fue hecho Diácono de la Iglesia romana por el Papa Zeferino.

Fue consejero confidencial del Papa, a quien llegó a suceder en su cargo. Las posiciones de los cristianos fueron favorables, al principio de los tiempos del Emperador Septimus Severus (193-211); pero luego se fueron empeorando, y en 202 ó 203, apareció edicto de persecución y se prohibía la conversión a la cristiandad, con severas penalidades. No se conoce mucho de la ejecución de este edicto en Roma, ni de los mártires que se tuvo en este era.

Lo que sí está más documentado son las disputas que existían en la Iglesia Romana en términos de la Trinidad. Los adherentes a las enseñanzas heréticas de Teodotus, habían sido excomulgados junto a su líder, por el Papa Víctor. Ellos llegaron a formar una comunidad herética independiente en Roma, la que fue gobernada por otro Teodotus, el cobrador, y Aselepodotus.

Estos hombres persuadieron a un confesor en Roma, llamado Natalis, quien había reconocido su fe, sin sufrir torturas, a fin de que se le nombrara obispo de la secta a cambio de un pago mensual de 170 denarios. Natalis, sin embargo, recibió muchas advertencias por medio de sueños.

Al principio no prestó mucha atención a estas visiones, pero en una ocasión creyó haber sido severamente torturado por los ángeles y a partir de ello, empezó a ponderar el asunto. Al inicio de

la mañana, se colocó ropas penitenciales, se cubrió de cenizas, y se lanzó llorando a los pies de Zeferino.

Le confesó lo que estaba haciendo mal y le rogó que le recibiera de nuevo en la comunión de la Iglesia, la que le fue dado nuevamente (Eusebio, "Hist. Eccl.", V, xxxii). En la misma era, los adherentes de Montanus también trabajaron con gran energía en Roma. Los montanistas de Próculus (o Proclus) publicaron un trabajo en defensa de las nuevas profecías.

Una refutación de Proclus en forma de diálogo, fue escrita por un instruido y rígido cristiano romano de gran ortodoxia, llamado Caius. Se hace referencia aquí a la tumba de San Pedro en la colina del Vaticano y a la de San Pablo en la Vía Ostiensis. Caius rechazó el Apocalipsis de San Juan, el cual adjudica como un trabajo herético de Cerinthus. En oposición a Caius, Hippolytus, escribió su "Capita Contra Caium" (cf. Eusebio, "Hist. Eccl.", III, xxvIII; VI, xx).

Hippolytus fue el más importante teólogo entre los presbíteros romanos de la época. Fue un fiel adherente de la doctrina del Divino Logos. Pensó que el Divino Logos, llegó a ser hombre en Cristo, que el Logos difiere en todas las cosas de Dios, y que es el intermediario entre Dios y las criaturas del mundo.

Esta escuela, establecida por Hyppolitus y sus seguidores, hizo emerger muchas dudas, y otra escuela teológica apareció como opositora. Esta última escuela estaba representada en Roma por Cleomenes y particularmente por Sabellius. Ellos fueron rígidos oponentes de Theodotians, pero no estaban dispuestos a aceptar la encarnación del Logos, y enfatizaron la monarquía absoluta, unitaria, de Dios.

Ellos enfatizaron que la Encarnación de Cristo era otra manifestación (modus) de Dios en Su unión con la naturaleza humana. Consecuente de ello, fueron llamados modalistas o patripasianistas, debido a que profesaban que no era el Hijo de Dios, sino Dios Padre, quien había sido crucificado. La gente común cristiana, se mantuvo firme en la Unidad de Dios y al mismo tiempo en la verdad sobre la relación con Dios, por parte de Jesucristo.

Originalmente no existió una actitud de desconfianza respecto a esta doctrina. El Papa Zeferino no interpuso su autoridad entre las dos escuelas. La herejía de los modalistas no fue inicialmente identificada, y la doctrina de Hippolytus ofrecía muchas dificultades en relación con la tradición de la Iglesia.

Zeferino indicó que se debía reconocer simplemente la existencia

de un Dios, y que el Señor era Jesucristo, pero que fue el Hijo y no el Padre, Quien había muerto. Esta era la doctrina de la tradición de la Iglesia. Hippolytus urgió a que el Papa aprobara un dogma distinto, según el cual se representara a la figura del Hijo como diferente de la del Padre y que condenara las perspectivas diferentes que tenían los monarquistas y patripasianistas.

Sin embargo, Zeferino no consintió este requerimiento. El resultado fue que Hippolytus se fue tornando, de manera creciente, más y más irritado y colérico con el Papa, y en particular con el Diácono Callistus. A este último le hacía responsable por la resistencia del pontífice, debido a que era su consejero. Cuando luego de la muerte de Zeferino, Callistus fue consagrado como Obispo de Roma, Hippolytus rompió con la Iglesia y al separarse, junto a sus seguidores, creó un cisma. Se nombró a sí mismo como un obispo rival del nuevo pontífice.

Zeferino fue sepultado en una cámara sepulcral en el cementerio de Calistus en la Vía Appia (cf. Wilpert, "Die papstgruber und die Suciliengruft in der Katakomben des hl. Kallistus", Freiburg, 1909, 91 sqq.). El "Liber Pontificalis" le atribuye dos decretos a Zeferino; uno sobre la ordenación de clérigos y otro sobre la Liturgia Eucarística, en las pequeñas iglesias de Roma. El autor de la biografía ha adscrito estos decretos al Papa, de manera más bien arbitraria, sin bases históricas.

J.P. KIRSCH

Transcripción de Michael T. Barrett

Traducción al castellano de Giovanni E. Reyes

Dedicado a la memoria del Papa Zeferino.

Fonte:

<http://www.enciclopediacatolica.com/p/papasanzeferino.htm>

Zenão de Verona

Nacido en Mauritania, pasó casi toda su vida en el Norte de Italia. Fue obispo de Verona, ciudad que hoy le venera como Patrono, y se distinguió por la lucha llevada a cabo contra el ya decadente paganismo, contra la herejía arriana y contra ciertos abusos que se habían infiltrado entre los cristianos.

Dedicó todas sus energías al cuidado de sus fieles. Así lo atestiguan sus vibrantes sermones—recopilados después de su muerte, acaecida hacia el año 371—, en los que expone las verdades centrales de la fe y exhorta a la práctica de las virtudes cristianas. Muchos están dirigidos a los catecúmenos, como preparación inmediata al Bautismo. En estas homilias se revela gran orador, con un conocimiento profundo de las letras cristianas y paganas.

Entre los sermones breves—o *tractatus*—merece particular atención el dedicado a las tres virtudes teologales. Es una de las primeras obras sistemáticas de la literatura eclesiástica sobre la fe, la esperanza y la caridad. San Zenón enseña de manera clara y escueta que las virtudes teologales se hallan en la base de la vida cristiana y que no han de separarse unas de otras, pues constituyen la trama de nuestra unión con Dios.

Fonte:

http://www.mercaba.org/TESORO/san_zenon_de_verona.htm